

FELIPE II

Y EL CÓNCLAVE DE 1559

I

LA intervención extranjera en Italia desde los primeros siglos de la Edad Media, la política constante de la Santa Sede de combatir la consolidación de un poder preponderante en la Península, y el prestigio y autoridad que consigo llevaba el apoyo de los Pontífices, habían producido como resultado natural é inevitable el que los codiciosos invasores encaminaran todos sus esfuerzos á tener siempre en Roma un Papa que, lejos de oponerse á sus ambiciones y á sus miras, los auxiliara en sus empresas. Á la dominación de los Reyes Carlovingios sucedió en el suelo italiano la de los Emperadores de Alemania, y con la posesión de los nuevos territorios pasó también á estos últimos el interés y la importancia que para los primeros había tenido la elección de los Papas. Más tarde, cuando, desde el Pontificado de Alejandro VI, Francia y España comenzaron á ejercer gran influjo en la política de Italia y en los destinos de los pequeños Estados italianos, los Pontífices volvieron á poner en práctica la idea tradicional del Vaticano, de restablecer á todo

trance el equilibrio y la independencia de la Península, colocándose á la cabeza de las Ligas para expulsar de ella, ahora á los franceses con ayuda de los españoles, y más tarde á los españoles con el auxilio de los franceses. Pero estas veleidades de los Papas, no ciertamente arbitrarias y caprichosas, sino impuestas por la necesidad de salvarse y resistir, despertaron, como no podía menos de acontecer, el empeño por parte de los nuevos dominadores de combatir en sus raíces la hostilidad de la Santa Sede, esforzándose por elevar á la Cátedra de San Pedro á hombres de su amistad y devoción.

Las rivalidades de Francia y España bajo Carlos VIII y Fernando el Católico, Francisco I y Carlos V, no habían menguado un punto con el último cambio de Monarcas: Enrique II y Felipe II continuaron, más encarnizadamente si cabe, la sangrienta lucha con que aquellos Soberanos habían traído agitada por tanto tiempo la Europa entera; y la Santa Sede, lejos de procurar restablecer la paz entre las dos grandes potencias católicas, para volver sus huestes contra la herejía que se alzaba en todas partes, alentó sus rencores, terciando con las armas en la contienda. Esta intervención armada del Pontificado á favor de Francia, y en contra de los españoles, había contribuído eficazmente, de una parte, excusado es decirlo, á aumentar el interés de ambos rivales en las elecciones pontificias; y de otra, fuerza es confesarlo, al mayor desenvolvimiento del luteranismo y del calvinismo en Europa. Atento á los cuidados de la política, á las vicisitudes de la guerra, á la defensa de Roma, á cuyas puertas llegaron las banderas del Duque de Alba, Paulo IV no había podido oponer sus fuerzas y su autoridad á las nuevas conquistas de la herejía. En estas condiciones, la elección de un Pontífice había de envolver necesariamente, no ya sólo para Francia y España, sino para la Europa entera y para la misma Sede Apostólica, excepcional gravedad.

La lucha entre el Pontificado y la Reforma, comenzada en tiempo de León X, había llegado á su período más álgido. Á pesar de los enérgicos esfuerzos de Paulo III, de la

gran reacción católica en su época iniciada, de la creación de nuevas órdenes religiosas, como la de los Jesuitas, los Teatinos, los Barnabitas y los Trinitarios, y la reforma de otras, como la de los Camaldulenses y Franciscanos, destinadas todas ellas á combatir por doquiera la herejía y á afirmar la fe en los dogmas católicos; á pesar de las predicaciones de los discípulos de Loyola en España, en Lombardía y Toscana, Nápoles y Sicilia, la Alta y la Baja Alemania, Francia é Inglaterra; á pesar de los rigores del Santo Oficio; á pesar de las declaraciones del Concilio de Trento; á despecho, en fin, de las armas del Emperador Carlos V, que las persiguió sin tregua ni descanso, las doctrinas protestantes habían hecho rapidísimos progresos. Durante el Pontificado de Paulo IV, las nueve décimas partes de Alemania habían quedado definitivamente separadas de la Iglesia Romana. Los continuos ataques de los turcos, el desvío y la mala voluntad que la Casa de Habsburgo siempre había hallado en Roma, la convicción, por último, de que sin ganar á los luteranos no conseguiría jamás desterrar de sus dominios las guerras civiles, habían obligado al Emperador Fernando á solicitar la amistad de los príncipes protestantes, los más poderosos del Imperio, y á tolerar también la religión reformada en sus Estados hereditarios; en Bohemia, en Austria, en Hungría, la mayoría de los nobles y de los burgueses profesaban ya las nuevas creencias. Un país vecino, la Polonia, no tardó en acoger en su seno á los sectarios de Calvino; Segismundo II, Príncipe guerrero, pero sin convicciones religiosas, sin nobleza en su vida privada, sin dignidad en su conducta pública, dejó franca la entrada en su Reino á la herejía. Juan de Lasko y Pedro Vergezio, antiguos Obispos católicos que habían renunciado la mitra para contraer matrimonios sacrílegos, y renegado de una religión cuya pureza repugnaba sus infames pasiones, fueron allí sus apóstoles más celosos.

Las predicaciones de éstos y el ejemplo del Rey y sus Ministros contribuyeron eficazmente á que los nuevos errores fueran acogidos en los castillos, penetrasen en las cabañas, se implantaran en las ciudades y debilitasen en todas

partes el imperio de la fe (1). La muerte de María Tudor, restauradora del Catolicismo en Inglaterra, y la subida al trono de su hermana Isabel en 1558, acababan de demostrar que la restauración operada por María no había alcanzado á destruir los antiguos gérmenes de hostilidad contra la Santa Sede que fermentaban desde hacía tantos años en la patria de Wicleff; la ambición y el orgullo de la nueva Reina bastaron á sustraer para siempre la nación inglesa á la supremacía pontificia y á la religión católica. Esta revolución arrebató al mismo tiempo la Escocia á la obediencia de Roma (2). Los lansquenets alemanes habían propagado entretanto la herejía en Francia y en los Países Bajos. Los rigores de Enrique II alejaron por algún tiempo de su pueblo las luchas religiosas con que los hugonotes lo amenazaban; pero consagrado por entero á los preparativos militares y á los intereses políticos, no pudo impedir, en cambio, la propaganda secreta de los discípulos de Calvino. Á despecho de la severa vigilancia de Felipe II, los Países Bajos comenzaban á ser el palenque en que todas las sectas reformadoras pugaban por sobreponerse á la Iglesia establecida. Los Estados generales, rechazando con empeño cuantas reformas, así políticas como religiosas, meditaba el Monarca, favorecían grandemente la difusión del protestantismo en Flandes. En cada innovación intentada por Felipe, los flamencos veían una tentativa para someter al pueblo al régimen inquisitorial que imperaba en España (3).

La unión política establecida entre Alemania y España, por la elevación de Carlos I á la dignidad de Emperador, y el comercio intelectual que aquella unión había creado entre los dos países, hizo desde un principio inevitable la entrada de las doctrinas reformadas en la Península ibérica. La pro-

(1) *Histoire du Concil de Trente*, Lyon, 1851, tomo I, pág. 401.

(2) Philippson, *La contre-révolution religieuse au XVI^e siècle*, Bruxelles, 1884, pág. 421.

(3) Por este tiempo escribía Granvela al Rey: «Hase con industria persuadido á los pueblos que V. M. quiere poner aquí, á mi instancia, la Inquisición de España, so color de los nuevos obispados.» — *Papiers d'Etat du Cardinal de Granvelle*, tomo VI, pág. 554.

paganda de estas ideas fué, por fortuna, en nuestra patria lenta y penosa, porque ante ellas se alzaba amenazador y terrible el tribunal de la Inquisición. Sin embargo de esto, Paulo IV había visto también formarse en la católica España tres grandes centros de las nuevas doctrinas: Sevilla en el Sur, y en el Norte Valladolid, entonces capital del Reino, y Zamora, una de las ciudades más importantes de la Península. Entretanto, Suiza era el foco principal de los secuaces de Calvino: la mayoría de sus cantones había abrazado el calvinismo, y su apóstol había puesto cátedra en Ginebra, desde donde su doctrina se transmitía al Occidente y los pueblos latinos, como desde Wittemberg pasaba la de Lutero al Oriente y los pueblos germánicos. La voz de la Reforma, en fin, había traspuesto también los Alpes, y se dejaba oír hasta en el mismo recinto del Vaticano. En Roma, sin embargo, gracias á la severidad de Paulo IV, comenzaba á reflejarse ya, bien claramente por cierto, la gran contrarrevolución religiosa. Luigi Mocenigo, Embajador de la Señoría de Venecia cerca de la Santa Sede, decía en 1560 al Senado: «El ejemplo y los rigores del Papa regularon de tal suerte la familia y toda la Corte pontificia, que en verdad Roma, comparada con la de los tiempos de otros Pontífices, se podía reputar como un honesto monasterio de religiosos; así, aunque se pecaba, se hacía de la manera más secreta y oculta posible, á diferencia de otras épocas en que todos procedían licenciosamente, incluso los Obispos y los Cardenales, y sin el más pequeño respeto» (1).

Mas la relajación de las costumbres era en todas partes demasiado profunda; los embates y los golpes que venía recibiendo el Catolicismo, demasiado rudos; los interesados en

(1) *Le relazioni degli Ambasciatori veneti al Senato*, publicadas por Albèri, serie II, tomo IV, pág. 48 «...rigolò talmente la famiglia e tutta la corte (dalli nepoti in fuori, che senza timore fecero sempre una vita licenziosa), che veramente, per il detto d'ognuno, Roma a parangone delli tempi degli altri Pontefici si poteva riputar come un onesto monasterio di religiosi; di modo che se pur si peccava, si facevan le cose più secrete ed occulte che si potesse, mentre in altri tempi il tutto procedeve licenziosamente anco fra vescovi e cardinali senza alcuno pur minimo rispetto.»

buscar remedio á tantos males, demasiado numerosos; la autoridad del Pontífice, demasiado escasa, para que se esperara sólo de la Santa Sede una enérgica y eficaz reformatión; lejos de ello, todos los buenos católicos estaban de acuerdo en proclamar que, si no se satisfacían los votos ardientes de las naciones cristianas con una buena y verdadera reforma del clero y de la disciplina, con una clara definición de los dogmas, con un Concilio general, en fin, el Catolicismo estaba amenazado de total ruina (1). El mismo Embajador veneciano que dejamos citado, Luis Macenigo, expresaba probablemente al Senado de su país la opinión que sobre tan importante materia predominaba en Roma, al escribir en 1560. «El poder espiritual del Pontífice está de tal modo disminuído, que si por la sola vía de un Concilio convocado con el consentimiento de todos los Príncipes, las cosas de la religión no se mejoran, habrá motivos para prever los más grandes males» (2) De esta misma opinión participaban también los Monarcas de Francia y España, los potentados italianos y los Príncipes católicos del Imperio, los cuáles habían declarado, en la Dieta de Augsburgo de 1559, que la única esperanza de salvación para el Catolicismo estaba en la reunión de un Concilio general (3).

León X y Clemente VII se habían opuesto por consideraciones meramente políticas á la reunión de un Concilio que Carlos V pedía con insistencia; Paulo III se había resistido también largo tiempo, por el temor de que la augusta Asamblea absorbiera la autoridad de la Santa Sede; pero, cediendo al fin á la presión del Emperador, la había convocado. Siete años después, á principios del de 1552, las exageradas pretensiones de los protestantes, la agitación po-

(1) Philippson, *La contre-revolution religieuse*, pág. 424.

(2) Relación de 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, pag. 24: «. . questa potenza spirituale del Pontefice è talmente diminuita, che se, por la sola via d'un Concilio convocato per volontà di tutti li principi, le cose della Religione non si mettono in migliore stato, si può dubitare con gran fondamento di male assai.»

(3) Bucholtz, *Geschichte Ferdinand des Ersten*, tomo IX, pag. 564 y siguientes.

lítica y religiosa de Alemania y la rebelión de Mauricio de Sajonia contra el Emperador, determinaron la suspensión del Concilio, sin que ni Julio III ni Carlos V viesen realizadas sus piadosas esperanzas. La continuada lucha sostenida por las dos grandes naciones católicas, Francia y España, bajo el Pontificado de Paulo IV, y la intervención armada del Pontífice en la contienda, habían hecho imposible la reanudación del Concilio general y ecuménico de Trento, que reclamaban imperiosamente las necesidades de la Iglesia. La paz de Câteau-Cambrésis, que en la primavera de 1559 puso término á tan desastrosa guerra y que venía á unir á tan poderosos Monarcas en la firme intención de combatir, de común acuerdo, en sus propios Estados y en los demás países la herejía, facilitaba la solución del problema; pero aquel Pontífice apenas tuvo tiempo para dar comienzo á las negociaciones preliminares. Pocos meses después de la conclusión de la paz, quedaba vacante la Silla de San Pedro.

II

Tales eran las graves circunstancias por que atravesaban la Cristiandad y la Europa, al acaecer la muerte de Paulo IV. Las contrariedades y disgustos que le había proporcionado la desastrosa guerra con España; los arranques de violenta cólera y la constante tensión de espíritu que le produjeron las traiciones é imposturas de sus sobrinos, sobre todo las del favorito, el Cardenal Carlos Caraffa; el enojo y melancolía que había engendrado en su alma el destierro á que él mismo los condenara (1), comprometieron gravemente

(1) M. de Noailles, obispo de Ax, y Embajador de Francisco II en Venecia, al Cardenal de Lorena, 1.º de agosto de 1559, en Ribier, *Lettres et mémoires d'Etat des Roys, Princes, Ambassadeurs, et autres Ministres sous les régnes de François Ier, Henry II et François II*. Blois, 1666, tomo II, pág. 824. «L'ennuy et mélancholie qu'il a nouvellement acquise pour l'éloignement de ses neveux, dont il est demeuré si chagrin, si estonné et si confus en tout ce qu'il fait et dit qu'il semble un homme à peu près hors de sens.»

la salud del Pontífice. Tres meses después de la partida de sus sobrinos, en Mayo de 1559, cayó enfermo, pero su compleción fuerte logró triunfar de este primer ataque. En el mes de Agosto tuvo una recaída, y entonces se vieron en él síntomas claros de enfermedad incurable: repugnábale toda comida, y bebía con exceso para apagar su sed ardiente. El 11 comenzó á quebrantar su cuerpo abrasadora fiebre, y el 18 empeoró de modo que al día siguiente, convencido de que su fin estaba próximo, convocó á todos los Cardenales, para exhortarlos á ponerse de acuerdo sobre la elección futura, y especialmente para recomendarles el Santo Oficio de la Inquisición, como único sostén del Catolicismo que amenazaba ruina. Momentos después, congregábanse los Cardenales con objeto de adoptar las oportunas medidas, así para el sostenimiento del orden, como para el gobierno del Estado eclesiástico en sede vacante. Los Cardenales Saracino y Vitelli propusieron llamar á Carlos Caraffa del destierro, y aunque muchos lo contradijeron, la mayoría estimó que su presencia podía ser necesaria en la Corte pontificia (1). Entretanto, y mientras el Papa estaba en la agonía, sus familiares se entregaban en el Vaticano al bandidaje y al saqueo. Alfonso Caraffa, Cardenal de Nápoles y sobrino de Paulo, apoderábase de las joyas y dinero que el Pontífice guardaba en su misma cámara, por cuyo hecho, después de pasar largo tiempo en un castillo, fué condenado á pagar cien mil escudos á título de restitución; de acuerdo con el propio Cardenal de Nápoles, expidióse un Breve, expedido el mismo día de la muerte de Paulo IV, por el cual daba el Papa al Cardenal Scipione Rebiba los espolios de un cierto Nofri Bartolino, su antecesor en el arzobispado de Pisa: Breve que tras prolija discusión fué reputado subrepticio (2). Treinta mil escudos que el Papa había dejado en

(1) Véase en el tomo XII del *Archivio storico italiano*, entre los documentos que siguen á la *Guerra degli Spagnuoli contro Papa Paolo IV*, de Norés, la Relación de la muerte de Paulo, escrita por un contemporáneo; y Pallavicino, *Istoria del Concilio di Trento*, libro XIV, cap. X.

(2) Norés, *Guerra degli Spagnuoli, contro Papa Paolo IV*, en el ARCHIVIO

Sant-Angelo, fueron distribuídos también entre varios Cardenales, los cuales comenzaban á disponer de todo, cargos y tierras, como si fueran dueños absolutos y no meros conservadores de lo que pertenecía al Pontífice futuro (1). La ambición y la codicia estallaban brutalmente en la mansión augusta de los Vicarios de Cristo.

Fuera del Vaticano, el pueblo daba rienda suelta á sus rencores. Al circular por la ciudad las primeras noticias de la muerte próxima del Papa, reúnen en el Capitolio las turbas, y desde allí, con las armas en la mano, se reparan por las calles de Roma, fuerzan las puertas de las cárceles inquisitoriales, incendian el edificio y ponen en libertad á los prisioneros; asaltan el célebre convento de la Minerva, habitado por frailes dominicos, guardadores y encargados del Santo Oficio de la Inquisición, é injuriándolos como espías y reveladores de confesiones, aparéjanse á reducir á cenizas aquel venerando lugar y á arrojar á los monjes por las ventanas; pero la autoridad de Julián Cesarini logra evitarlo (2). Los oficiales de la Inquisición piden favor al Obispo de Angulema, Embajador de la Corte de Francia; mas cuando el Obispo, seguido de buen golpe de arcabuceros, llega al palacio inquisitorial, no es ya éste más que un montón de escombros (3). Animado por la impunidad y fiado siempre en el temor y desconcierto que reinaban en el Colegio de los Cardenales, el populacho vuelve al Capitolio,

STORICO ITALIANO, tomo XII, pág. 276«E prima il Cardinal di Napoli fu imputato d'aver levato tutte le gioie e gran quantita de'denari, che il Papa conservava nella stessa sua camera: imputazione per la quale stette lungo tempo in castello, é n'usci condannato in sentomila scudi; si presuppose ancora, che di consenso é saputa del medesimo Cardinale di Napoli si formasse un breve, spedito il giorno medesimo della morte del Papa, a favore del Cardinal de Pisa, nel quale il Papa donava lo spoglio di Nofri Bartolino, suo predecessore nell'Arcivescovado di Pisa; il qual breve fu per ciò, dopo lunga discussione, reputato surretizio.»

(1) El Obispo de Angulema, embajador de Francia, al Cardenal de Lorena, de Roma, á 11 de Septiembre de 1559, en Ribier, II, pág. 828.

(2) Pietro Norés, págs. 276 y 277.—Pallavicino, libro XIV, cap. IX.

(3) El Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, á 18 de Agosto de 1559, en Ribier, II, pág. 827.

donde se alzaba la estatua de Paulo IV, erigida pocos meses antes por el Municipio mismo de Roma, en celebración del destierro á que el Pontífice había condenado á los Caraffa. La estatua es derribada y hecha pedazos. Un judío arranca frenéticos aplausos al cubrirla con su gorro amarillo, distinción infamante que un edicto de Paulo IV acababa de imponer á todos los israelitas (1). La cabeza rueda varios días por las calles de la ciudad, siendo objeto de los más escandalosos ultrajes, y por último, es arrojada al Tíber (2). Entretanto, el Cardenal Carlos Caraffa entra en Roma, seguido de una buena escolta; el pueblo lo sabe, quiere asesinarlo y arrastrarlo, por haber sido él el verdadero causante de tantos males como en los últimos cuatro años habían afligido al Estado de la Iglesia; pero el Cardenal se refugia en el Vaticano. Sin dar tregua á sus iras ni á sus rencores, el pueblo, reunido en asamblea, publica un decreto declarando traidor é infame, y amenazando con quemarle la casa, al que no se apresure á quitar y romper las armas que «por acaso tuviese de la familia Caraffa, tan tiránica y enemiga del pueblo de Roma» (3). Un segundo decreto priva á los sobrinos de Paulo IV de la ciudadanía romana, y condena nuevamente á perpetuo destierro á los dos hermanos seglares, el Marqués de Montebello y el Conde de Montorio, no comprendiendo también á los Cardenales por respeto á la dignidad de que se hallaban investidos (4).

Mientras tanto, el Sacro Colegio no osaba contrastar el torrente, por considerarlo en aquellos primeros momentos insuperable. Además, había motivo para creer que animaban secretamente á las turbas los Barones romanos que habían sido ofendidos en sus personas, en sus bienes y en su honra

(1) Pietro Norés, pág. 277.

(2) Carta del Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, de 15 de Septiembre de 1559, en Ribier, II, pág. 828.

(3) Pallavicino, libro XIV, cap. IX. Carta del Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, de 15 de Septiembre de 1559, en Ribier, II, pág. 828, y Norés, pág. 278.

(4) Pallavicino, libro XIV, cap. IX.

por el Pontífice y su privado (1). Uno de ellos, Marc'Antonio Colonna, antiguo señor de la fortaleza de Paliano, había sido desposeído de su feudo por Paulo IV, para engrandecer con él á su sobrino el Conde de Montorio. Al saber la muerte del Papa, Colonna se presenta en Paliano, expulsa á los ministros del nuevo duque, y recobra su antiguo Estado. El Cardenal Caraffa acude al Embajador de Francisco II, para que reclame ante el Sacro Colegio del despojo de que había sido víctima su hermano, aliado de Francia, y ofrecéle mostrarse verdadero servidor del Rey Cristianísimo en el próximo Cónclave; pero el Embajador, que no cree que pueda hacer nada en interés de su Rey, se niega á formular semejante reclamación (2). Amedrentados, en el ínterin, los Cardenales y temiendo que el cuerpo del Pontífice pudiera ser objeto de nuevos y más graves ultrajes, habían resuelto no exponer públicamente el cadáver en la Basílica de San Pedro, como era costumbre; sino, rodeado de buen número de arcabuceros, sepultarlo de noche y á gran profundidad, porque era el peligro manifiesto de que fuese sacado y descuartizado por el populacho (3).

Tan deplorables escenas duraron hasta el 1.º de Septiembre. Mas, aun después de haberse calmado el pueblo, la ciudad ofrecía el espectáculo de la más espantosa confusión. Favorecidos por el desorden, habían acudido á Roma tantos bandidos y asesinos, que no se oía hablar más que de crímenes y desafueros. Los *bravi* ofrecían sus servicios por ocho, seis y aun por cuatro escudos, de tal suerte que en pocos días hubo centenares de asesinatos, unos por odios y enemistades, otros por pleitos, y muchos por recoger las he-

(1) Relación de Luigi Macenigo al Senado de Venecia en 1560, en *Le relazioni degli Ambasciatori veneti al Senato*, publicadas por el Car. Eugenio Albèri.—Firenze, 1857, serie II, tomo IV, pág. 38.

(2) Carta del Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, á 15 de Septiembre de 1559, en Ribier, II, pág. 828: «Je crois qu'il est difficile qu' il fasse rien qui vaille, ny pour luy mesme, ny pour nous.»

(3) Carta del Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, á 15 de Septiembre de 1559, en Ribier, II, pág. 829; y Relación de Luigi Mocenigo, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 38.

rencias. Las casas de los Cardenales, Embajadores y demás nobles estaban defendidas por fuertes guardias. De día, pocos eran los que se aventuraban á salir solos, y de noche ninguno andaba por las calles de Roma, que no fuese protegido por buen golpe de hombres armados (1).

Fué Paulo IV, Pontífice de costumbres y vida tan puras y ejemplares, que aun sus mismos enemigos no hallaron nunca en él tacha alguna; pero el mal suceso de la guerra con España; el llamamiento de los franceses á Italia; los innumerables perjuicios y daños que ambas cosas trajeron al Estado eclesiástico; la tiranía de sus sobrinos; sus exagerados rigores, llevados hasta el punto de maltratar á los principales Barones de Roma y confiscarles, sin causa legítima, tierras y castillos; el proceder con harta rigidez y autoridad en los asuntos de la Inquisición y en otros muchos que había encomendado al Santo Oficio; el absoluto aislamiento del pueblo de Roma en que vivió, y el cual imposibilitaba á todo ciudadano de poder querellarse de cualquier injuria recibida: todo esto junto, le había hecho de tal manera odioso, que, según testimonio de un Embajador veneciano, apenas había alguno que no le deseara la muerte y toda clase de males (2); y si bien con expulsar á sus sobrinos de tierra de Roma se reconcilió en cierto modo con el espíritu popular, el odio y el recelo habían echado ya tan profundas raíces, que á nadie sorprendieron las escandalosas turbulencias de que fué seguida su muerte. Bajo el imperio de tan graves disturbios, comenzó el Cónclave que había de dar sucesor á Paulo IV.

(1) Relación de Luigi Mocenigo, de 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, página 39.

(2) Luigi Mocenigo. Relación de 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, página 47: «Restava anco malle satisfatto ciascuno di quella corte e del popolo per non poter aver adito quasi mai di parlare alla Santità sua, vedendosi massime serrata la strada di poter risentirse e querelarsi di qualche ingiuria ricevuta; di modo che quasi ognuno gl'imprecava la morte, e gli desiderava ogni gran male.»

RICARDO DE HINOJOSA

(Se continuará)



RELACIÓN SUMARIA

SOBRE

LOS CODICES Y MANUSCRITOS DEL ESCORIAL

POR D. FÉLIX ROZANSKI, PRESBITERO

Conclusión (1)

X

SIGLOS XVII, XVIII Y XIX

1.º Hemos llegado á las épocas generalmente conocidas: entrar, pues, en su bosquejo detallado y más extenso, me parece cosa superflua. Desaparecieron ya los tiempos patrísticos—pasó la Edad Media,—murió el feudalismo, y en las ruinas de aquellas colosales obras, después de muchas y sangrientas luchas, se formaron naciones y potencias independientes con un nuevo orden de vida social, y sus hogares propios. Como se ha observado, cada época tuvo su propio carácter, con sus virtudes, y vicios y errores, sus bajas y alzas, su saber é ignorancia; pero nadie puede decir que la humanidad se hubiese estacionado en su adelanto progresivo. De

(1) Véase la pág. 187 de este tomo.

la fe sencilla, pura, íntegra, pasó por exceso de celo á la superstición y extravío, de la superstición al escrutinio escolástico, de éste á la Reforma, y por fin al volterianismo y á lo que tenemos en nuestros días. El dominante sistema para regir y ordenarlo todo por la potencia de nuestra razón, abstracta de las revelaciones, hunde al mundo en una incontinencia de su vida pública y religiosa, en un indiferentismo egoísta, ensimismado, y ateísmo adornado de sofismas. No tengo en estas frases presente al vulgo que sigue lo que se le da de arriba, sino á los que le dirigen política y religiosamente. La Reforma del siglo XVI, con orgulloso vilipendio de todo lo antiguo, originó en el hombre un sentimiento de importancia personal «por el cual hasta los más ignorantes quieren fiarse en su prudencia, aquella confianza en el progreso del mundo, aquel dirigirse á un objeto elevado sin medir el camino para llegar á él... Aquel siglo es, pues, el padre y precursor del nuestro; en él aparecieron y se discutieron todas las cuestiones, que hoy mismo trastornan la Europa... ¿Quién sabe si al presente no amenaza también una guerra de los treinta años, y así, como entonces, los furiosos morirán en la fatiga y la postración?...» (1) No obstante, en el siglo XVII el progreso llegó á la altura tan culminante, que lo admira hasta el célebre Bossuet († 1681) obispo de Meaux, exclamando: «Yo no hago mucho caso de los conocimientos humanos: pero confieso que no puedo mirar sin asombro los grandes descubrimientos hechos por la ciencia para penetrar la naturaleza, y tan bellas invenciones del arte para acomodarla á nuestros usos. El hombre casi ha cambiado la faz del mundo... se ha elevado hasta los cielos: para viajar con más brevedad, enseñó á los astros á guiarle en sus viajes para medir más exactamente su camino; obligó al sol, digámoslo así, á que le diera cuenta de todos sus pasos... Pero ¿cómo hubiera podido adquirir tanta superioridad una criatura tan débil, si no tuviese en su mente una fuerza superior á toda la naturaleza visible, un hálito inmortal del espíritu de Dios, un rayo de su

(1) Cés. Cantú, Hist. Univ. V, 429.

faz, un rasgo de su semejanza?» (1) Bossuet acaso sólo abarcó un punto de tan vasta escena de su tiempo: «la acción de Dios sobre la nación escogida, á la cual subordinó los *imperios*,»—y como la considera relativamente al pueblo hebreo, así se presenta: «la grandeza de los siglos modernos por un himno al Dios que desde lo alto de los cielos empuña las riendas de todos los reinos»—(2). Y, en efecto, abarcando el proceso progresivo de toda la humanidad, se siente una mano invisible, omnipotente y providencial, que todo lo ordena y rige. El hombre, con todas sus perfecciones é insuficiencias en este admirable y harmónico teatro que se llama mundo, es un instrumento, un actor, cuyo supremo director es Dios. Ya sé yo que hay muchos contra mi opinión, y que tengo por un artículo de fe;—ya sé yo que siguen, contra su propia conciencia, la doctrina de Thomas Hobbes (1588 † 1679), filósofo de Oxford (3), que creía en la existencia de los demonios (4), y negaba la de Dios; empezó por la materia, y concluyó por adorar al diablo (5). Grandes filósofos y eminentes teólogos, insignes literatos y célebres poetas, artistas, etc., tuvo el siglo XVII (6), de los cuales se podría presentar aquí una larga nomenclatura, pero sin objeto, porque la colección escurialense de Manuscritos no los contiene; mas, entre los impresos reunidos sobre todo en la llamada *Biblioteca de Juanelo*, que son libros en su mayor parte prohibidos, algunos se encon-

(1) Bossuet, Sermón IV. Viernes de Cuaresma. Comp. Kirchen-Lex. sup. cit. II, 123-130.—Cantú, l. cit., p. 852, col. 2.

(2) Cantú, lib. cit., p. 833, col. 2.

(3) Comp. Kirchen-Lex. cit., V. 221-223.—Index Libr. Prohib. prohibe: *omnia opera* de Hobbes. en su Decret. de 4. Martii 1709.

(4) Cantú, l. cit., p. 853, col. 2.

(5) Leo Taxil. Leo Frères, Trois-Points. París. Tom. I. *Preliminaires*, p. 4. «Que la Franc Maçonerie c'est donné la tache de détruire tous les principes de moral... commençant par la glorification de la matière pour finir par l'adoration de Satan.»—Y no se crea que Taxil se expresa aquí en un sentido figurado y alusivo á la moral y costumbres: no, lo entiende en el sentido literal, y demuestra que el último fin de la Francmasonería es: odio de Dios, y adoración real y culto de Satán.

(6) Véase su descripción y doctrinas, Cés. Cantú. Tom. V, p. 341-421.

trarian (1). Unas trece decenas de Manuscritos de esta época, nos presentan más un fárrago de múltiples materias, que obras separadas, y tanto es que desde la invención de la imprenta hasta fines del siglo XVIII, si se clasificasen las materias y tiempos en que se escribieron, tendríamos que aumentar mucho el número de manuscritos según los últimos siglos. En

(1) En cuestión de la Biblioteca de Juanelo que se convirtió en sala de estudios, como en algunas otras relativas á la Real Biblioteca de San Lorenzo del Escorial, me siento obligado á presentar en este lugar las siguientes noticias. Desde el 29 de Septiembre de 1875, hasta el 27 de Mayo de 1884, desempeñé el cargo de Jefe en la expresada Biblioteca. Al tomar la posesión me puse sin demora, con el Inventario de 1859 en la mano, á verificar libro por libro la verdadera existencia de aquel establecimiento, y á colocar todas las obras en su lugar correspondiente, que sufrieron trastorno en el último incendio. El resultado de este trabajo durante todo el invierno junto con mi dependiente, y ambos con las manos hinchadas de frío, me demostró, que tanto de los impresos como manuscritos, faltaban 97 volúmenes, y 758 no figuraban en el Inventario. Al mismo tiempo gestioné la restauración de la Estantería de la Biblioteca Principal, que con hachazos en el mencionado incendio, sufrió grandes averías. Después de muchas insistencias conseguí su composición que existe hoy día, y si la memoria no me engaña, los gastos de la restauración han subido á 30.000 r. v. Corría también á mi cargo la Biblioteca del Seminario que fundó el Sr. arzobispo, D. Antonio Claret, de santa memoria, y que encontré sin Inventario, ni la más ligera lista siquiera de su contenido. Ésta más tarde, ha sido incorporada por una Rl. orden, y á mi propuesta, á la Principal. Entre tanto varios literatos nacionales y extranjeros acudían: unos por correspondencias, otros personalmente, de modo que sólo en unos dos años, según las papeletas de pedidos, se han servido y estudiado ó consultado más de 2.500 volúmenes de manuscritos y algo de impresos. El personal para obviar á todos los servicios y la administración fué reducido *al minimum*, puesto que lo componían el Jefe y su un solo dependiente; ocupado éste en acompañar á los viajeros visitantes de la Biblioteca Principal, aquél con los literatos en la sala de estudios, servía de Jefe, corresponsal, consultor, servidor y criado, buscando y colocando las obras que los interesados pedían. Lo que trastornaba más este servicio de esfuerzos fué el deplorable sistema en otorgar licencias por la Rl. Intendencia sin límites, de que aprovechándose la gente, pedía obras tras obras, y sin escuchar las razones en estos casos, se me contestaba: «Estoy en mi derecho de pedir lo que me conviene.» De allí originaron vejaciones, abusos, amenazas insolentes y groseras, como la *de limpiar el comedero* &, y luego quejas á la superioridad, y calumnias hasta en los periódicos. No teniendo servicio suficiente, cada uno quiso andar por la Biblioteca como por su casa... Abrumado hasta no poder más, gestioné la cuestión de un reglamento de la Biblioteca, oportuno á las circunstancias, y un aumento

suma, la expresada colección conserva bastantes piezas para la historia, tanto del tiempo del Rey D. Felipe II, como contemporáneo. Vidas: de s. Juana de la Cruz, de s. Jerónimo, de fray Marcos de Herrera, de la Ven. Sor Luisa de Jesús de Madrid, y otras. Además, historia política & colección de Bu-

del personal, y se dió Real orden en 1.º de Mayo de 1876, para que se haga, y lo hice yo solo y presenté á la Intendencia en 22 de Septiembre de 1880, con una detallada *Relación*, de la cual estoy sacando las presentes noticias. Se me preguntará acaso: ¿Cómo, desde 1876, hasta 1880, no tenía V. tiempo para hacerlo más pronto?... Sin duda que había tiempo, pero sépase que tenían que hacerlo tres individuos designados en la Rl. orden, de los cuales uno siempre faltaba, y los dos no podían solos resolver la cuestión. Desesperado por fin, yo lo hice solo, y lo presenté á la aprobación, que no conseguí nunca, y se quedó allí donde lo entregué, á pesar de haberme servido de varias influencias que pueden certificarlo. Por fin, en medio de serias dificultades, de que hago también mención en los preliminares de este trabajo, un año antes de salir del Escorial, se me aumentó el personal de servicio en un portero inútil, y un celador, pero se entiende, sin reglamento nuevo, y el viejo fué inaplicable. De todas mis propuestas, como cambiar la vieja Estantería de Manuscritos, poner otro suelo y quitar el de ladrillos de mala calidad que desprendía polvo rojo y perdía los libros &, he conseguido el aumento de personal, más para salirse de compromisos que otras cosas, y el cambio de la Biblioteca de Juanelo en la sala de estudio en el invierno, cuyo contenido de libros trasladé á la última sala vacante en la parte de manuscritos, colocándolos en una Estantería que recogí de la Biblioteca del Seminario. Juanelo se arregló á mis instancias, entarimado y con una estufa en medio, tal como existe hasta hoy día, y no por mi sucesor interino, como lo publicaron algunos periódicos. Tuve el gusto de trabajar en ella un invierno, con mi ayudante ú oficial, encargándole hacer papeletas de los impresos procedentes de la Biblioteca del Seminario, con la intención de formar un Inventario. No pocas, aunque bajo mi dirección, necesité hacer yo mismo, y sin embargo dando á este trabajo una importancia que no tenía, cubriendo su verdadera significación de ambigüedades, se dió la noticia á las altas esferas de que el encargado de papeletas hacía un Catálogo de Manuscritos... lo que se me hizo sentir no una vez, preguntando á mi subalterno en mi presencia: «N. ¿cómo sigue el Catálogo?» Contestación subrepticia y fugitiva: «Ya sigue - ya sigue...» Hay gente, por más que sea ignorante, que sabe edificar su castillo en las ruínas de su próximo; — ¿será sólido?... Yo sí, presenté en 20 de Diciembre de 1876 á la Intendencia Real un fuerte Catálogo de materias históricas, y otro en 30 Diciembre de 1878, de correspondencias, compuestos con objeto de facilitar el encuentro de lo que me pedían los interesados, y que el autor de: «Ensayo de una biblioteca española con los apuntamientos...» publicado en 1866, criticó oficialmente (!); pero desde la contestación *al Ensayador*, no he visto mi trabajo más.

las relativas á España, cartas y correspondencias autógrafas, relaciones, comunicaciones, partes de historia jeronimiana, un Catálogo de todos lugares de Cataluña, noticias sobre Sicilia, máximas políticas de Antonio Perez, varias cosas sobre el Rey D. Felipe II y Carlos V, relaciones de algunos Nuncios apostólicos, una historia *Unionis ultrajectanæ*, origen de la verdadera historia, Crónica *Galliarum*, Causas de la sublevación de los Países-Bajos, De rebus Reginis Decades duæ, de la guerra de los Turcos, descripción de Toledo &.—Hay también sermones, exposiciones de varios lugares de la Escritura Sagrada, de Leyes, formularios de escribanos, de medicina, anatomía, un diccionario en árabe-castellano &. Entre ellos llama la atención la traducción del Korán del árabe en latín, por fray Dominico Germano de Silesia, que vamos á examinar.

Ms. I—L—3

Es un Ms. en papel folio (mm. 313/214), escrito hacia principios del siglo XVII, en latín, de letra clara, con caracteres de la germánica y algunas notas en árabe y latín. No me cabe duda que no sea autógrafo, excepto el Prólogo, fol. 2-3. con las sentencias que siguen después hasta el fol. 6. El título de esta obra, fol 1, tampoco es de letra autógrafa. Sobre el autor, fray Dominico de Silesia, de la Orden de San Francisco de Asís, hay noticias incompletas (1), y se concede bastante importancia á la traducción que hizo del Korán (2).

(1) *Journal Asiatique* (París 1883), en un artículo por M. Marcel Devic, hay noticias sobre el autor y su traducción del Korán, que se tiene por inédita. Qué motivos habrán llevado á este misionero apostólico de Persia al Escorial, y en qué año, no he podido saberlo. Lo cierto es que fué intérprete del rey D. Felipe IV, residió allí más de siete años y luego desapareció, se ignora la causa y dónde habrá fallecido. En el Escorial dejó varios manuscritos autógrafos que, según mi relación, enumera M. Devic en el *Journal Asiatique*. Fuera del cargo de intérprete, acaso enseñó á los monjes escorialenses las lenguas orientales, y sobre todo el árabe.

(2) Comp. otro ejemplar del mismo traductor. Ms. IV—&—8. En el Ms. III—ç—2. fol. 55, hay una *Receta* suya.

Emp. fol. 1. «Interpretatio Alcorani Litteralis, cum Scholiis ad mentem authoris, ex propriis domesticis ipsius expositibus germane collectis.—Per P. Fr. Dominicum Germanum de Silesia, Episcopatus Wratislaviensis, ex oppido Schurgast, Ordinis Minorum, Provinciæ Romanæ Reformatae, S. Theologiæ Lectorem, et linguarum orientalium Magistrum; Provinciæ suæ, ac totius ordinis Patrem, et olim S. Sedis Apostolicæ autoritate, missionis Tartariæ magnæ Præfectum. In Regio Conventu Sancti Laurentii Escurialensis, Ordinis RR. PP. S. Hieronymi, Ecclesiæ Doctoris Maximi.»—Luego fol.º sigue: «Novi malum non ad malum, sed ut fugiam illud...» sin texto árabe.—Fol. 2. «Præfatio. Non male me otium...» y term. fol. 3º: «me totum suplex submetto.»—Fol 4. «Sententiæ Alcoranistarum superius allate, contra nos Christianos.—I. Ahhmed Eltoraphi.»—Faltan estas sentencias en principio, y carecen del texto árabe, y después siguen *Nomina precipuorum discipulorum* &, hasta el fol. 6, y después hojas en blanco hasta: Fol. 14 «Textus Proemialis. In nomine Dei miseratoris misericordis.—Laus Deo domino seculorum, Miseratori misericordi, Dominatori diei Judicii. Te colimus et imploramus opem tuam...» Scholium «Hunc textum vocant matrem quia est, ajunt, fæcunda prole multorum arcanorum Dei...» Continúa *Textus Primus*, subdividido en *Textus XXV*, con sus *Scholios*.—Fol. 68. «Textus secundus. De familia Aamran.—In nomine Dei miseratoris misericordis... aleph... lam... mim... Hic est Deus præter quem nullus alius est Deus...» Está subdividido en XI *Textus*, con sus *Scholios* correspondientes.—Fol. 90. «*Textus Tertius*. De Mulieribus. In nomine *ut supra*. O vos homines! timete Dominum vestrum, qui creavit vos, ex anima mea...» Consta de XIII *Textus* y sus *Scholios*.—Fol. 111º. «*Textus Quartus*. De Mensa. In nomine *ut sup*. O vos qui recte creditis...» Este *Texto* llega á la subdivisión de su *Textus* II. fol. 113, sin continuar más adelante, quedándose en blanco.

a Fol. 122. Repite: «Præfatio. Non male me otium...» ut. sup., luego: *Sententiæ Alcoranistarum* con el texto árabe; *Textus Proemialis Primus, Secundus, Tertius* y *Quartus* que se interrumpió en lo anterior, aquí continúa, y contiene VIII

Textus, y otros tantos *Scholios*. (1).—Fol. 242. sigue: «*Textus Quintus*. De animalibus. In nomine *ut sup.* Laus Deo qui creavit cælos...» Consta de IX *Textus*, con sus *Scholios*.—Fol. 255. «*Textus Sextus* De limitibus paradisi et inferni. In nomine *ut sup.* Aleph. lam. mim, schad. Hic est liber cœlitus datus tibi...» Se subdivide en VI *Textus* y sus *Scholios*.—Fol. 274^{vo} «*Textus Septimus*. De spoliis dividendis. In nomine *ut sup.* Percunctabuntur te quidem de Spoliis...» Tiene V. *Textus*, y sus sus *Scholios*.—Fol 285: «*Textus Octavus*. De Pœnitentia. Hæc est inmunitas omnino absoluta, Dei et apostoli eius.»—Consta de XI *Textus*, y de sus *Scholios*.—Fol. 306: «*Textus Nonus*. De Jona. In nomine *ut sup.* Aleph, lam, re, sunt hæc litteræ argumentum...» Tiene IV *Textus* y *Scholios*.—Fol. 314: «*Textus Decimus*. De Hud. In nomine *ut sup.* Aleph, lam, re. Hic liber...» Este llega á su *Textus* n.º III, y se interrumpe.—Las hojas 320-332. quedan en blanco. Los fol. 333-336 contienen el *Titulo* de la obra, y *ad Lectorem*: Semper fuit, est. et erit: hæc novatorum et tyrannorum conditio...» Term. «excusatum habito. Vale.» Después: «Admonitio ad eundem. Mirari desine Optime Lector. Videns me in hac litterali interpretatione alcorani, quæ hoc ipso titulo præsagiare videbatur...» y term. fol. 335^{vo} «generi humano exhibere medicinam. Amen, fiat, fiat, fiat.»

2.º En el siglo XVIII no existían ya los «tiempos deplorables en que las promesas ó las amenazas de la vida futura, dirigian el movimiento de la máquina social,» como se expresa Botta (2), pero sin amenazas de la futura vida, la razón del

(1) Es un segundo ejemplar en el mismo volúmen, tan autógrafo como el primero, que no es más que copiado en limpio del segundo, pero no concluído, y con lugares claros para añadirle el texto árabe. La letra del segundo es clara hasta el fol. 230, y después más cursiva, algo descuidada, con ligeras enmiendas, y hasta algunos borrones, lo que me prueba que es un borrador. Todo este ejemplar tiene citaciones, extractos y notas marginales en árabe; por consiguiente, aunque sin conclusión, vale mucho más que el primero. A ambos falta el Prólogo *ad Lectorem*, que por fin se añadió en los últimos fol. 333-336, y además el *Proemio* de letra agena: «Non male me otium...» suelto entre los fol. 153-156, sin embargo, á pesar de otra mano que lo copió, es también obra de fray Dominico.

(2) Lib. 47.—Comp. Cantú cit. VI, 317.

hombre inconstante y desenfrenada, se sentó en el trono del racionalismo, naturalismo y panteísmo, y redujo todo al grado de una descarada vulgaridad. «La literatura bajó al terreno de polémica cotidiana, perdió la delicadeza que tenía en el siglo precedente. En las salas resplandecientes de espejos, molduras, dorados medallones y guirnaldas, se ostentaba la incredulidad para reanimar con su befa el gusto cansado y enervado; en ellas la blasfemia era bien acogida con tal que viniese en traje elegante y florido, y mas si se presentaba revestida de cierta sal maligna y delicada. Se hacia objeto de estas burlas á Moisés y á los profetas; burlábanse de la Biblia entre los vapores del vino; y las orgias eran mas bulliciosas y escandalosas en los dias que la Iglesia consagra. Fuera del ingenio nada quedaba, ni fe, ni entusiasmo, ni amor á la verdad, ni afecto á la patria; haciéndose de todo mofa—apoyándose únicamente en la propia razon.»—Botta podía éstar contento, pero de ninguna manera la humanidad, ni los tiempos venideros. Fué una época de disolución general: «prelados y reyes, nobles y plebeyos, se precipitaban en la orgia, arrojaban las coronas en el fango, rompian como ridiculos juguetes, coronas, tiaras, bastones de mando, que los pueblos solian respetar en sus manos» (1). Todo fué decadencia, caos, nada en el siglo XVIII. En medio de todo esto surge Voltaire con sus numerosos secuaces y enciclopedistas, á quien un día dice Hérault, director de policía: «Aunque os empeñéis, no lograréis destruir la religion cristiana.—Lo veremos;»—contestó Voltaire. Sin embargo Voltaire (1694 † 1778) no fué ateista sino deista. «Escéptico fué, no cabe duda, *pero religioso*, pues que fué deista,—escéptico para destruir, deista para preparar» (2)—¿Para preparar, qué?—la destruccion del Cristianismo, y edificar en sus ruinas el fango. Confieso que no comprendo á un deista, á menos que su dios fuese la naturaleza, que sea del carácter de Voltaire; deista es el mahometano—deista el judío, y sin embargo no enseñan el libertinaje, ni nadan en la disolucion de sus costumbres. Relajada fué la época en que nació,

(1) Cantú, cit. X, 465. col. 2.

(2) Ibid. p. 470. col. 2.

escribió sus *cien* obras, y murió—es cierto; pero un filósofo, ¿puede justificarse, aunque nacido en circunstancias desfavorables, aumentando la relajación y libertinaje, con la intención de establecer un muy sospechoso deísmo, y destruir el cristianismo?... Y que tal fué su intención, la mayor parte de sus obras lo comprueban (1). Voltaire ridiculiza todo, inventa mentirosas historias, pervierte y relaja las costumbres, mina constantemente la moral pública y privada, ataca lo más sagrado del hombre, adula miserablemente á los déspotas, les aconseja no sólo una bárbara severidad, sino hasta crueldad, y se nos hace creer que fué religioso, porque fué deísta. De este punto de vista se pueden justificar todos los bandoleros, asesinos, gente de mal vivir, &, porque todos creen en Dios, y muchos se confiesan cristianos. No sin fundamento, pues dijo De Maistre que: «París le coronó, Sodomía le hubiera desterrado.» El autor de: «L'infame—il faut écraser l'infame,» es decir el Cristianismo no merece mejor epitafio (2), cuya grandeza consiste en hacer mal, y preparó los tiempos de Mirabeau y de sus semejantes, y para concluir este artículo redondamente, las doctrinas de Voltaire sirven de principios hoy día para las revoluciones, descomposición social y religiosa. No corresponde á mi objeto el enumerar á los predecesores y sucesores de Voltaire, que tenía á muchos competidores y adversarios, tanto entre el clero como legos, porque sus obras no se hallan en la colección escurialense, de la cual, así como de la del siglo presente, vamos á examinar los siguientes manuscritos.

1.º Ms. III—J—10

Es un Ms. en papel 4.º, escrito hacia fines del siglo XVIII, en castellano y de muy buena letra cursiva; tiene el título de:

(1) Ritter, cit. II, 465-6, y 481, 593. «Voltaire.., bedinte sich des frivolen Scherzes und des beissenden Satyre, um die-geoffenbarte Religion herabzuwürdigen &.»—Muchas obras de Voltaire están prohibidas. Vid. Ind. L. Proh. p. 338.

(2) Ces. Cantú, Tom. VI, p. 41-72, y 189-198 trata extensamente de los escritores de aquella época.

El Siglo ilustrado, que consta de un Prólogo y XVIII Capítulos. Su autor anónimo, con el nombre de *D. Justo Vera de la Ventosa*, hace una acerba crítica de la filosofía contemporánea, dirigiéndose á otro anónimo, *Don Guindo Zerezo*: «fautor de antimaniacos, director de civilidad, defensor de marcialidades y buen gusto, perseguidor de los olgazanes, que habitan en los claustros, maestro del verdadero patriotismo, y capaz de destruir en una hora quanto edificaron en doce siglos los Padres de la Iglesia—acreedor de Voltaire.» ¿Fué este *Zerezo* un individuo, ó representa la época? Lo ignoro, pero su adversario no le ahorra burlas picantes y sin disfraz. Además, no es extraño, porque se conforma con la literatura de su época.—Emp. fol. I. con: «Tabla de los Capítulos» que term. fol. II: «Soy de Matheo Martin», acaso su autor.—fol. III «El Siglo ilustrado.—Vida de Don Guindo Zerezo, nacido, educado, instruído, sublimado y muerto, segun las Luces del siglo presente. Dada á Luz para seguro Modelo de Costumbres, por Don Justo Vera de la Ventosa.—Fol. IV: «Prólogo. Escribir la vida de un heroe, digno de haver nacido al otro lado de los Montes (Pirineos?), era asunto propio de una pluma francesa»... Pág. 1. «Cap. 1. Padres, Nacimiento, y Crianza de Don Guindo»... Term. pág. 174, con: «Epitafio á la sepultura de D. Guindo Zerezo»... que concluye: «Finis hujus Operis.»—Pág. 177-181^{vo} siguen: «Adiciones á el Escrito anónimo, intitulado Don Guindo Zerezo, escrito por otro anónimo con motivo de Pasquas.»—

2.º Ms. II—H—22

Es un Ms. en papel folio mayor, escrito en el Escorial año de 1805, de primorosa letra, en castellano y árabe. Empieza fol. 1. en árabe y luego sigue: «Vocabulista castellano arabigo, compuesto y declarado en letra y lengua castellana por el M. R. P. Fray Pedro de Alcala del Orden de San Geronimo.—Corregido, aumentado, y puesto en caracteres arabigos por el P. fr. Patricio de la Torre de la misma Orden, Bibliotecario y Catedrático de la lengua Arabiga—erudita en el Real Mo-

nasterio de San Lorenzo del Escorial, y profeso en el Año de 1805.»—Fol. 2: «Al Lector. Por el año de 1798»... con una: «Dedicatoria del Autor» fol 6.; segundo *Prólogo* «Al Lector» fol. 7, que term. fol. ^{vo}. Fol. 8. sigue el *Vocabulario* y empieza con la letra castellana P. «Pesadilla», y concluye por Z. «Zurron», en su últ. fol. 139.

Ἀρχὴ σοφίας, φόβος Κυρίου.

Tarragona 8 de Marzo de 1888.





LOS MALES DE LA PATRIA

INTRODUCCIÓN



ADA cual entiende el patriotismo á su manera. Unos, que todo lo ven de color de rosa, cantan las excelencias del país en que nacieron, evocan sin cesar las glorias de los tiempos pasados, por todas partes adivinan en lontananza bellos horizontes; y si, rara vez, descubren algunas nubes, no las creen precursoras de las tormentas, sino espléndidos adornos de la sabia Naturaleza para animar el florido paisaje. Otros, en cambio, que sólo podemos mirar á través de vidrios ahumados, vemos todas las cosas con tintes sombríos; hasta los pájaros y las flores se nos figuran de siniestros contornos; á cada instante vemos un peligro y en todo objeto una señal de espantosas catástrofes. Sería racional situarse en un juicioso término medio, y mirar las cosas con diáfanos cristales, sin que nada apareciera más chico ni más grande de lo que es, y con diferentes colores de los que tiene.

Pero España es uno de los países donde más rige la pasión que el raciocinio, donde todo amor es sublime y todo rencor implacable; donde lo prosaico se desdeña, y donde á todo, hasta lo más humilde y sencillo, es forzoso adornar con las ricas y brillantes galas de la poesía. No sabemos vivir sin pasar de una exageración á la contraria. Ó somos enteramente optimistas, ó pesimistas del todo

Las mayores ventajas están y estarán siempre del lado de los optimistas. Les acompañan constantes la satisfacción y la alegría. Para ellos son los aplausos de los que creen vivir en el mejor de los mundos posibles, y junto á ellos está la inmensa mayoría de los habitantes de un país de tanta *fantasía* como España.

En medio de nuestro pesimismo, queremos alejarnos de toda exageración, de toda intransigencia de escuela y de todo espíritu de partido. Queremos juzgar á la patria de hoy puestos los ojos en la patria de mañana, como la juzgaría un extranjero enteramente imparcial, ó como nos juzgará la historia dentro de medio siglo. Sin más esperanza que en Dios, y con escasa fe en las cosas humanas, séanos permitido impugnar fatales preocupaciones, muy arraigadas aún en el país, hijas de la *fantasía* nacional y origen de crasos errores, constantemente opuestos á toda suerte de adelantos.

Cuando en el curso académico de 1880 á 1881 se discutía en la Sociedad Geográfica de Madrid el problema de la división territorial de España, oímos de muy respetables individuos pareceres contrarios á nuestro modo de pensar. Publicamos, para combatirlos, el folleto titulado *Proyecto de una nueva división territorial de España*, que por su insignificancia y sus muchos defectos, pasó casi enteramente inadvertido. Para justificar y ampliar nuestro modo de discurrir, dimos más tarde al diario *El Progreso* la serie de artículos titulados *Causas físicas y naturales de la pobreza de nuestro suelo*, que merecieron la honra de ser discutidos en la citada Sociedad Geográfica.

Á la sazón no éramos muchos ni muy creídos los que asegurábamos que nuestro país es más pobre de lo que generalmente se supone; pero de entonces á hoy el malestar va en aumento, los temores de graves sucesos arrecian, la situación de la Europa entera no mejora y el clamoreo por remediar tantas desdichas sube de punto. Pasó recientemente la Información agrícola; y al ojear los documentos impresos con tal motivo, observamos que crece el número de las personas penetradas de la triste verdad de que nuestro país es pobre.

Por aflictiva que sea, la verdad debe sobreponerse al engaño; y bien merecen cumplidos plácemes los ilustres estadistas

de muy diversas escuelas económicas y políticas que, con motivo de sus predicaciones por todas las comarcas, van llamando la atención de las gentes acerca de las desfavorables condiciones en que se halla el trabajo nacional.

Como punto de partida de esta Memoria, reproducimos, con pequeñas variaciones, lo expuesto en años anteriores respecto á las *Causas físicas y naturales de la pobreza de nuestro suelo*, por ser pobreza tanta el origen de mayores males. Nos hacemos cargo después de los *Defectos del carácter nacional*, que tratamos extensamente, quizás con sobrada insistencia. Brevemente discurrimos luego acerca de la *Pérdida de la fe religiosa*, dejando á enemigos encarnizados de toda creencia que escriban lo que quieran respecto á la superstición y al fanatismo, oscuras nieblas de otro tiempo; algo decimos respecto á la *Centralización y al Regionalismo*; páginas más largas dedicamos al *Desbarajuste administrativo*; y sin entrar en extensos detalles, hablamos, por fin, de otros males de índole diversa.

Si en este humilde escrito alguna frase resulta dura y, sobre todo, no es justa, considérese retirada, ya que sólo el amor á la patria y los vivos deseos de verla feliz nos mueven á publicar nuestras ideas. Ante todo, huímos de la moda corriente de acumular citas históricas y de señalar nombres propios; y tal es nuestro propósito de no mortificar á persona alguna, que declaramos no aludir á alguien, como no sea para alabarle.

I.—LA POBREZA DE NUESTRO SUELO

Tan arraigada se halla en España la creencia de que vivimos en un país muy rico y de muchos recursos naturales, que no sin cierto encogimiento nos permitimos decir algo en contrario, pidiendo ante todo perdón á los que desde el comienzo nos tachen de pesimistas. Que los recursos de nuestro suelo se pueden acrecentar en gran proporción, y para alimentar mayor número de habitantes que los que actualmente viven, es cosa indudable. ¡Medradas estarían las generaciones

venideras, si se hubieran de encontrar todo el campo segado y espigado! Pero también firmemente creemos que el desarrollo en tal aumento no puede ir tan á prisa como nuestros deseos y conveniencias, y ni siquiera al compás del aumento de población; de donde es natural resulten incesantes corrientes de emigraciones, en las cuales ya vemos las primeras señales de la *pobreza* de nuestro suelo.

Oscila alrededor de 25.000 almas la cifra anual de emigrantes. Las provincias del litoral cantábrico, desde Galicia hasta Irún, la de Navarra y las del litoral de Cataluña, se desangran por un gran número de habitantes que se embarcan para América; de las fronterizas de Huesca, Lérida y Gerona traspasan anualmente los Pirineos más de seis mil jornaleros, que los franceses emplean con ventajas económicas en sus obras públicas y en sus faenas del campo; las provincias del litoral de Levante, sobre todo las de Alicante y Almería, pierden periódicamente centenares de familias completas que abandonan, quizá para siempre, sus hogares, y van á fundar otros nuevos á la Argelia, afrontando los rigores del clima y la fiereza de los africanos, porque más fiera y más rigurosa es el hambre. En las provincias interiores, aunque en menor escala, no deja de haber corrientes de emigración á los puntos mencionados.

¿Y por qué emigran nuestros compatriotas? — se pregunta con verdadera congoja. — ¡Por la pobreza de nuestro suelo, nada más que por la pobreza de nuestro suelo! Pues para nadie hay tierra más hermosa que aquella donde vió la luz primera.

Estas incesantes corrientes de emigración responden á un hecho general. Doquiera en este mundo hay fuentes de riqueza, allá acude en tropel una gran masa de habitantes ansiosos de disfrutarlas, y créase de seguida un centro de atracción; y donde, por el contrario, son escasos los productos ó las fuentes se agotan, hay otro centro de dispersión que no cesa. En este segundo caso se hallan varios países de Europa, la Irlanda sobre todo, y muchas provincias españolas.

Pudiéramos sostener que éste es un hecho general de imposible remedio; pero al considerar que en España apenas

pasa de 1.000 habitantes por legua cuadrada la población relativa, y ésta se halla comprendida entre 2.000 y 3.000 en las Naciones más adelantadas y ricas de Europa, se afirma nuestra creencia de que España es un país más pobre de lo que parece.

Sabido es que Bélgica tiene 200 habitantes por kilómetro cuadrado; en Holanda, Inglaterra é Italia pasan de 100; hay más de 70 en Alemania, Francia y Suiza; existen más de 50 en Austria, Dinamarca y Portugal, y más de 40 en Rumanía y Servia. En la estadística de densidad de población de Europa se halla España en los últimos lugares, con 33 habitantes por kilómetro cuadrado solamente.

Hay siete provincias interiores, Ciudad Real, Cuenca, Albacete, Soria, Cáceres, Teruel y Guadalajara, y dos fronterizas, Huesca y Badajoz, que no llegan á 20 habitantes de población relativa; otras trece con menos de 30, y son Huelva, Palencia, Toledo, Segovia, Zaragoza, León, Salamanca, Ávila, Burgos, Lérida, Zamora, Córdoba y Navarra, y únicamente Barcelona, Pontevedra, Guipúzcoa y Vizcaya pasan de 80. Si el país no fuese realmente más pobre de lo que se cree, el exceso de población de estas cuatro provincias y de otras menos pobladas afluiría á las veintidós notoriamente poco habitadas; no se daría el caso de que en el censo de 1877 acusara el Instituto Geográfico disminución de habitantes en las de Lérida, Lugo, Álava, Huesca, Gerona, Palencia, Guadalajara, Burgos y Logroño, ni tampoco se registraría en la Reseña recientemente publicada por dicho Centro que en el septenio de 1878 al 84, «en treinta capitales de provincia decreció la población en vez de acrecer, y el aumento en las restantes alcanzó proporción tan exigua que sólo San Sebastián y Bilbao lo presentan aceptable».

En vista de este dato oficial, ó se admite que España es un país pobre, ó que su situación es por otros conceptos muy lastimosa.

Siendo los agrícolas los fundamentales recursos de una Nación, en ellos hemos de fijarnos desde luego. ¿Qué país habría en el orbe tan privilegiado como el nuestro, si toda la Península se pudiera llamar la Vega de Granada, la Huerta de Va-

lencia ó la Campiña de Sevilla? ¿En dónde habría región más deliciosa, si España toda estuviese hecha como la Tierra de Barros ó la de Campos, los jardines de Aranjuez, las orillas del Ebro, en la Rioja y Zaragoza, los viñedos de Jerez y los olivares de Montoro? ¿En dónde se hallaría otro Paraíso terrenal comparable á nuestra patria, si entre esos y otros territorios verdaderamente ricos no mediasen muchas leguas de mal camino? El promedio, desgraciadamente, se aparta mucho de tan brillantes excepciones que, por un amor patrio mal entendido, elevamos á reglas generales. La inmensa mayoría del país hace deplorable contraste con tan singulares comarcas.

Antes de tratar de las causas físicas y naturales de la pobreza de nuestro suelo, hemos de hacer notar las señales de nuestra decadencia.

¿Qué idea queréis que se forme de la riqueza de nuestro país el extranjero que circule por casi todas las vías férreas? Si penetra en España por Irún, en cuanto pasa el Ebro, á sus ojos se presenta Castilla la Vieja, tan seca y tan desarbolada, que más fundado hallará el nombre de *vieja* por lo decrepita y poco florida que por haber sido viejo y primitivo baluarte contra la morisma invasora. Adivinará, sin penetrar en sus sombríos lugares, que allí se albergan rudos labriegos obligados á sobriedad perpetua; habrá de reparar que entre Burgos y Madrid sólo una ciudad de alguna importancia se levanta; verá en Ávila un lúgubre fantasma de la Edad Media; y penetrando en Castilla la Nueva, echará de menos, ya no frondosos verjeles, sino un país algo placentero, como las provincias vascas. Por fin se acerca á Madrid, y no le anunciarán la proximidad á la capital de la Nación ni grandes fábricas y talleres, ni lindas aldeas, ni graciosas casas de campo cercadas de flores, ni bosquecillos, arroyuelos, isletas, caídas de agua, parques, estanques, alamedas, como las que embellecen las cercanías de tantas ciudades extranjeras.

La línea de Madrid á Zaragoza ofrece á la vista un país pobre, si se exceptúan las vegas del Jalón, que son asaz estrechas; y si el viajero continúa su marcha desde Zaragoza hasta Barcelona, á poco de dejar las orillas del Ebro, entre Zuera y Lérida, ó sea en el trayecto de 160 kilómetros, sospecha

con fundamento que la provincia de Huesca es de una sequedad y aridez extraordinarias.

No encontrará mucho más ricos ni floridos países por las llanuras de la Mancha, ni siguiendo las márgenes del Tajo hasta Portugal, ni en grandes trayectos del NO., dirigiéndose por las provincias de Palencia, Zamora y León hacia Asturias ó Galicia, ni en varias secciones de la línea de Ciudad Real y Badajoz, ni en su entrada á Valencia por Almansa.

Y por todas partes, sea labriego ó artesano, el bracero español se halla peor vestido, peor alimentado y peor albergado que cualquier otro europeo de igual condición social. Dejemos, por ahora, las miserias, las privaciones, las grandes congojas de la clase menesterosa, que oculta sus angustias entre los esplendores y el fausto de las grandes capitales.

Veamos el aspecto de nuestras aldeas. Muchas están abiertas en las rocas ó en la tierra, como si fuesen cuevas ó madrigueras, con una sola abertura para su acceso y un agujero en lo alto para la incompleta y torpe salida de los humos y miasmas; otras tienen sus chozas formadas de lajas de pizarra ó de losas puestas en seco, á veces de tan exiguas dimensiones que cuesta trabajo el admitir sirvan de albergue á almas nacidas; otras tan decrepitas y desquiciadas se sustentan, que más bien parecen montones de ruinas. Muchas son las regiones de España en que las aldeas se confunden con los peñascos desgajados de las crestas de los montes, cuyos colores y contornos remedan, y entre los cuales desordenadamente se esparcen.

Siendo muy pocas las capitales de España donde se observe siquiera el aseo y policía que en cualquiera aldea del extranjero, á nadie ha de maravillar el espantoso abandono y la incuria de nuestros pueblos, ahogados entre muladares y otros focos de infección, y cuyas causas, para muchos, es el atraso, para nosotros, la pobreza, á las que van siempre unidas la dejadez y el desaseo.

Fuera de las temporadas en que las faenas del campo exigen alimentación copiosa, casi todo el año los jornales de nuestros labriegos en pocas provincias llegan á dos pesetas, y en muchas no pasan de cinco reales. ¿Qué indican tan mezqui-

nos salarios sino pobreza insigne? En los departamentos franceses fronterizos, que no son, ni con mucho, los más ricos de la vecina República, no baja de tres francos en invierno el precio de los jornales que ganan nuestros compatriotas, y con frecuencia exceden de cuatro francos.

Nosotros, que hemos viajado por una gran parte de España, que tantas sierras, tantos barrancos, tantas sendas hemos cruzado, ¡cuántos pobres pastores, cuántos pobres labriegos hemos visto que sólo tenían en su zurrón unos mendrugos de pan de centeno, duro, negro y de sabor desagradable, como único alimento para todo el día!

En las provincias del NO. las tres cuartas partes de los habitantes no prueban el pan, ni la carne, ni el vino; su pan es borona, su carne son patatas, berzas y castañas, su vino es el suero de la leche, el agua del arroyo ó la sidra, no siempre que se quiere.

En las provincias del Mediodía y de Levante hemos visto miles de veces á los campesinos reducir su frugal cena á un plato de gazpacho ó á unas rajadas de naranjas aderezadas con sal y aceite.

Y para acallar nuestra conciencia y para no acongojar nuestro corazón á la vista de tantas privaciones, se llama sobriedad á la miseria, y efectos del clima á la flojedad de estómago; se dice que es un sol abrasador la causa de tantos semblantes enjutos y de una desnudez harapienta, y no se quiere ver en una alimentación insuficiente el motivo de tantas caras famélicas. Somos indolentes por naturaleza, se dice, en vez de confesar que estamos anémicos por carencia de recursos. ¿Qué queréis que haga el pobre bracero, dichoso si llega á conseguir un jornal de cinco reales para sustentar á cinco de familia? ¿Qué fuerza ha de tener la sangre que corra por sus venas? ¿Qué energía, qué actividad ha de mostrar su desgraciada esposa para arreglar su ajuar con el esmero que habéis soñado? ¿Os extraña que ella y sus hijos estén envueltos en un montón de andrajos y de remiendos? ¡Pues así viven más de la mitad de los españoles!

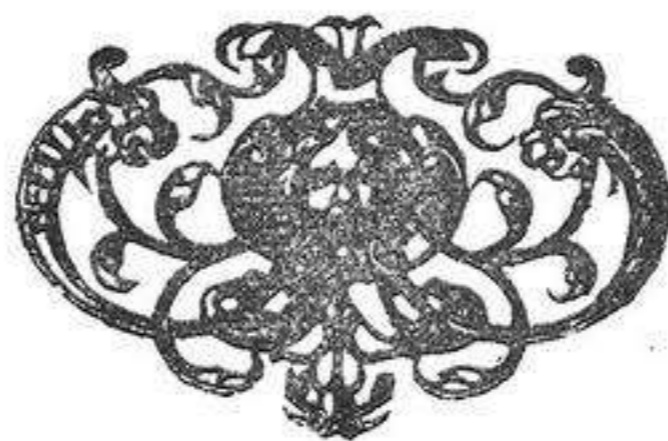
Miremos en torno nuestro, penetremos en los dorados salones de las familias mejor acomodadas; todos los signos de ri-

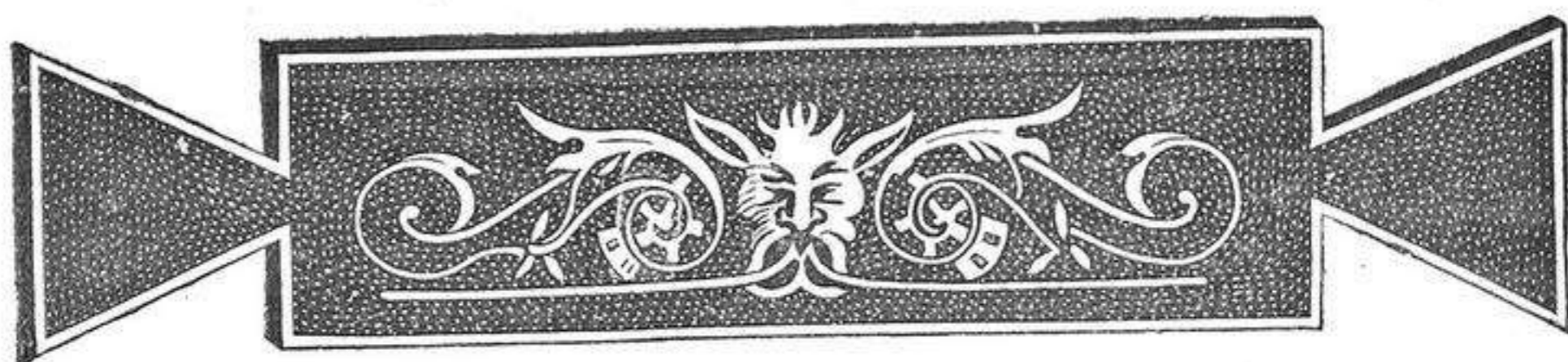
queza, todo lo que es magnificencia, todo lo que denota un trabajo caro y bien recompensado, todo ello es extranjero. Paños, telas, muebles, adornos, utensilios perfeccionados, herramientas bien construídas, todos son extranjeros. ¿No es esto ya una doble señal de nuestra pobreza? ¿Ó vamos á suponer que se fabrican donde menos uso se hace de ellos?

En el movimiento intelectual de Europa, ¿no vemos que nuestra España marcha bastante embarazosa y rezagada en casi todas las ciencias? Pues para nosotros, en último resultado, éste es otro signo de pobreza.

LUCAS MALLADA

(Se continuará)





EL CAFÉ Y SUS PROPIEDADES

Continuación (1)

II

ACCIÓN TOXICOLÓGICA

Al ocuparme de la acción toxicológica del café, no he de hacerlo, como pudiera deducirse de esta palabra, á la manera que se estudian por lo general los agentes que tienen la propiedad de destruir indefectiblemente la vida, causando trastornos en el organismo aun á dosis relativamente pequeñas, que son incompatibles con esa vida. No; en realidad el café no es veneno sino cuando se quiere hacer; el café, como creo haber demostrado al estudiar sus efectos fisiológicos, no ocasiona alteraciones de consideración sino cuando se abusa de él en las dosis, y estas dosis son frecuentes; el café, por último, es un arma de dos filos, que si se sabe manejar ningún inconveniente acarrea, al contrario, pueden sacarse de su uso muchísimas ventajas para la salud. Pero hé aquí la dificultad: este arma no siempre la empleamos para nuestra defensa, sino que, sin saberlo, echamos mano de ella (en la mayoría de los casos, por desgracia) para herir nuestro propio cuerpo, y entonces sí que el café es nocivo; entonces, si no nos lleva solo y

(1) Véase la pág. 148 del tomo anterior.

como por la mano al sepulcro, se constituye en elemento principal de destrucción y aniquilamiento, facilitando el camino que conduce á nuestro fin.

Y se comprende, porque si el café encierra en su interior cuerpos nocivos que no se descomponen, que no se alteran en la economía, sino que circulan por ella en toda su energía y poder, el café ha de producir á la larga, si su uso es continuo y á pesar de la rapidez con que se elimina, un estado de cosas que se revelará por síntomas especiales, fiel reflejo de la antipatía con que nuestros tejidos, órganos y aparatos soportan la presencia pesada de tal huésped.

Hé aquí la explicación del por qué muchos autores asignan á este agente propiedades tóxicas.

Dujardin (1), hablando del café en las enfermedades del corazón, dice: ...«aun en el estado fisiológico, produce el café en las personas que de él abusan un estado de angustia del corazón debido al aumento de sus contracciones.....» y poco después añade: «Los tónicos del corazón (entre ellos coloca al café) presentan dos aspectos distintos: si la dosis es mesurada, buenos efectos terapéuticos; si se sobrepasa, la escena cambia, la acción tóxica aparece....» Hahucmann lo coloca entre los venenos más activos (2), y Paume ha visto un caso de cardialgia horrible á consecuencia del abuso del café en una joven de temperamento nervioso.

El café tomado en grandes cantidades y durante mucho tiempo, produce, según un autor citado ya al tratar de los efectos fisiológicos de esta bebida, gastralgia intensa que se acompaña, después de algún tiempo, de una sensación de frío y de temblor en el lado izquierdo del pecho; peso incómodo en la región esternal, dispnea y excitación general, cuyos caracteres son parecidos á los de la embriaguez incipiente. Si el uso de esta bebida se lleva á un extremo muy exagerado, aumenta el malestar, los pies y las manos son invadidos de un frío glacial y de un sudor frío que siente también en la región frontal: existe cefalalgia continua y más ó menos intensa, hormigueos

(1) *Clínica terapéutica*, tomo I, pág. 68.

(2) *Estud. de M.^a hameop.*

en casi todo el cuerpo, pero especialmente en el cuero cabelludo, perturbaciones de la vista, vértigos, alucinaciones, marcha vacilante; el pulso es pequeño, débil, irregular, la fatiga aumenta.....» En una palabra, se llega á un estado de abatimiento extremo, en el que el individuo vive artificialmente, haciéndosele, por lo tanto, insoportable la existencia. «El dolor del estómago produce espasmos violentos; los movimientos del corazón se hacen dolorosos y fuertes; algunas veces, por el contrario, aparecen tan débiles, que sobreviene el síncope. Además el intoxicado por el café se hace desde el principio irritable, perezoso y hasta cobarde, teniendo miedo por cualquier cosa.» Trousseau, Marchaud, Chichaud, Mase, Meplaine, se encuentran conformes en admitir estos efectos. Mr. Cottereau, en su *Diccionario de estudios médicos* (1), se expresa de esta manera: «He visto á jóvenes que han tomado café en dosis considerables para activar sus trabajos, caer momentáneamente en el embrutecimiento, perder el apetito y enflaquecer de una manera notable.» L'Ondé manifiesta también que el café tomado por mucho tiempo produce, con particularidad en los sujetos nerviosos, palidez de la piel y de las mucosas, y una delgadez tan extrema que llega á la consunción.

¿Qué más? Yo mismo, aun cuando mi humilde parecer no tenga importancia alguna en medio de las opiniones de tanto hombre ilustre como ha estudiado el asunto, he podido ver en experimentos que tuve ocasión de ejecutar en conejos, y que luego relataré, la acción tóxica del café de una manera tan clara que no dejaba lugar á duda.

El café, por lo tanto, puede llegar á ser un veneno, pero un veneno cuya acción no se deja sentir sino á consecuencia de fuertes dosis continuadas por mucho tiempo; porque las sustancias que de él forman parte y que le dan esta propiedad son rápidamente eliminadas, y las huellas que dejan en los tejidos desaparecerían pronto si nuevas cantidades no vinieran á ayudar á las primeras en sus trabajos destructivos.

¿Cuáles son los elementos que tienen más influencia en la

(1) Tomo III, pág. 8.

acción tóxica del café, y cómo obran para producir ésta? Esto es lo que debo explicar á seguida.

Recordando lo que se ha dicho respecto de la composición química y de la acción fisiológica del café, se podrá averiguar sin gran trabajo la primera parte de la pregunta. En efecto, si entre los elementos que constituyen la semilla seca y tostada del *coffea arabica* son su alcaloide y su materia volátil la cafeona los que dan á este cuerpo las propiedades que en el artículo anterior he estudiado, fácil es comprender también que ellos mismos serán los que prestan al café aquellos otros caracteres por los cuales se viene en conocimiento de su acción venenosa; porque ésta, como se deja comprender por lo ya iniciado, no es otra cosa que la duración de los síntomas más ó menos exactos que forman el cuadro inserto anteriormente, ó por mejor decir, aun cuando repito la idea, la revelación por parte de la economía de los trastornos que en ella se verifican á consecuencia de la manera de obrar especial que los citados agentes, cafeina y cafeona, tienen sobre el elemento anatómico. Ahora bien: ¿por qué sólo éstos y no otros de los componentes del café le dan su especificidad nosohémica?

En primer lugar, porque la unanimidad de los pareceres de los hombres que han tratado esta materia lo declara de una manera terminante, sin manifestar ningún género de duda, pues las divergencias que se han visto en estos pareceres han versado única y exclusivamente en la preferencia de acción de uno ú otro de los dichos componentes, que por esto se llaman activos, y nunca sobre la intervención de ninguno de los otros cuerpos que entran á formar parte de la composición del café, los cuales jamás han sido insinuados ni una sola vez para explicar los signos que constituyen la fase morbosa á la cual doy el nombre de envenenamiento.

En segundo lugar, y esto viene en apoyo de lo dicho en el párrafo precedente, que los demás cuerpos que acompañan, ó los que han llamado activos, tienen una historia bien conocida, tanto en lo que respecta á su análisis químico como á su modo de obrar en los organismos, ó sea á su acción fisiológica y terapéutica, y por lo mismo no pueden confundirse con

ninguna sustancia, y mucho menos con las que son el objeto de la presente investigación.

Queda desde luego probado, sin necesidad de haber hecho grandes esfuerzos para ello, que la cafeína y cafeína son los verdaderos agentes activos del café en lo que atañe á su manera de obrar toxicológica.

Pero ésta parece, por lo que se deja comprender de todas mis palabras, que sólo puede tener lugar de una manera lenta ó crónica. Efectivamente, no admito más que el envenenamiento crónico del café, porque el agudo rara vez, por no decir nunca, se presenta en el hombre, y si en algún caso se presentase, sería pasajero, pues es imposible que se llegue á tomar en una sola dosis, por muy grande que sea, cantidades suficientes para producir no ya la muerte, sino nada que se le aproxime.

Las razones que tengo para pensar así, las fundó en su composición química. La cafeína entra en muy pequeña proporción á formar parte del café, pues según se ha visto en el cuadro de M. Payeu, sólo contiene en estado de libertad un 0,8 por 100 de alcaloide; la demás se encuentra combinada con el cloro y la potasa, formando la sal que se ha llamado cloroginato de potasa y cafeína. Esta sal no se descompone por completo en el estómago; por manera que no puede dejar libre todo el alcaloide que de ella forma parte, y así no puede tampoco ser absorbido más que una pequeña cantidad que, aun cuando mayor relativamente que la que el café contiene en libertad, no llega ni con mucho á ser suficiente, unida á ésta, para producir trastornos de consideración en el organismo que la reciba, pues sabido es que dicha sal entra en la proporción de un 3 ó 5 por 100.

La cafeína se halla en el café en muchísima menos proporción aún que la cafeína; el mismo análisis señala solamente un 0,002 por 100 de esta sustancia.

Pues bién, la infusión que generalmente se usa está preparada á lo sumo con 20 ó 25 gramos de café; estos 20 ó 25 gramos contienen por término medio 0,2 de cafeína libre y 0,30 á 1,25 de cloroginato de potasa y cafeína; de la última cantidad se absorbe próximamente la mitad, esto es, 0,15 á 0,75,

que, descompuesta en cafeína y añadida á la que el café tiene en libertad, forma un total de 0,12 á 0,20 gramos próximamente, lo cual no hace más que pasar con mucha rapidez por el organismo, sin tener tiempo apenas para hacerse notar.

En la misma cantidad de infusión se toma medio miligramo de cafeína, cantidad excesivamente pequeña para producir ni el más ligero cambio en el funcionalismo orgánico, que pueda dar sospecha de su acción.

Así, pues, aun cuando la infusión de café estuviera más cargada, lo cual no sucede sino muy rara vez y con el fin de llenar una indicación terapéutica, jamás produciría otra cosa que los síntomas de excitación propios de la acción de la cafeína; no puede, pues, llegarse con una sola dosis de café á producirse los síntomas de postración que son principalmente los que caracterizan su toxicación. Luego queda sentado: que el envenenamiento agudo producido por la sustancia que ahora estudio no se presenta en el hombre, porque las dosis generalmente empleadas no contienen en cantidad suficiente para producirlo los materiales responsables de la acción tóxica.

No sucede lo mismo en los organismos inferiores, pues sabido es que en ellos el café tomado de una sola vez puede envenenar, como lo prueban los experimentos llevados á cabo en los conejos. La razón de esto se deja comprender por lo que acabo de decir.

Si el envenenamiento crónico del café se produce en el hombre fatalmente, siempre que concurren las causas que he manifestado en más de una ocasión, y ese envenenamiento se debe á lo que se llama sus cuerpos activos, ¿cómo obran éstos para producirle? Es decir, y para adaptarme mejor á la idea que encierra la pregunta que he dejado sin contestar: ¿de qué manera se portan esos cuerpos en la economía para dar lugar á la única clase de intoxicación que presenta el café en la especie humana? Bien sencillo es demostrarlo.

La acción continua y casi permanente de la cafeína y de la cafeína sobre el endarterio produce en él, al cabo de algún tiempo, un estado particular de anormalidad morbosa, que viene á ser como la base de los futuros desórdenes discrásicos. En efecto, las membranas internas de los vasos, así como el en-

docardio, se hallan constituídas por una capa epitelica de células pálidas, filiformes, de aspecto raro, pues unas veces se yuxtaponen entre sí, y otras adoptan una implantación completamente diversa. Estas células constitutivas de la primera capa del endarterio se encuentran implantadas en una sustancia homogénea, puramente granulosa, transparente y amorfa, que completa la túnica interna vascular. Tanto la primera como la segunda capa de esta túnica están constituídas por materiales caducos, representantes de un tejido rudimentario ó en su primer grado de vitalidad, desprovisto de vasos, porque los *vasa-vasorum* no llegan hasta él: se nutre, por consiguiente, por imbibición y no puede llegar á inflamarse, sino como lo hacen los tejidos que no se riegan por la sangre: la córnea, por ejemplo.

Esta disposición, que como es natural debe encontrarse en armonía con la clase de funciones que lleva, le hace poco á propósito para resistir cualquier género de ataques, y así no es difícil presumir que los dos cuerpos activos del café, actuando una vez y otra sobre ese tejido que, según expresión de un sabio médico francés, más bien vegeta que vive, produzcan, en razón de su acción local irritante, la completa destrucción de sus elementos formativos.

¿Qué sucede entonces? Que el endarterio se arruga, se deforma, pierde la poca vitalidad que tiene y se imposibilita para llenar debidamente la misión que le está encomendada: de aquí un trastorno mayor ó menor en la circulación sanguínea, trastorno que se extiende por toda la economía y halla eco en todos ó casi todos los órganos y aparatos; trastorno que, traduciéndose por un estado de apatía, de debilidad orgánica, constituye lo que se ha llamado diátesis (1) cafeica. Entonces es cuando la cafeona, y sobre todo la cafeina, encuentran medio apropiado para llenar cumplidamente sus deseos, cebándose esta última en la fibra muscular, que es su terreno favorito,

(1) «Entiendo por *diátesis*, no un ridículo ente de razón que se apodera del organismo como un enemigo, sino una especie de *temperamento patológico*, es decir, una debilidad nativa general del organismo, etc.» — Peter, *Clínica Médica*.

y actuando con menos obstáculos la primera sobre el sistema nervioso, que forma su elemento predilecto. En este estado las cosas, lo que se origina no es ya simplemente un estado discrásico, sino una verdadera caquexia: lo que con más propiedad debe llamarse *caféismo*, es decir, el envenenamiento real.

El proceso es igual al verificado para producir cualquiera otra discrasia, incluso la vejez, que no es más que una discrasia ocasionada por los años.

El veneno discrásico (sifilítico, reumático, escrofuloso, alcohólico, nicotínico, etc.) entra en la cavidad de los vasos y se pone en contacto seguidamente, y más si circula en libertad, con la parte epitelica de la túnica interna de los órganos circulatorios; esta túnica nota sus perniciosos efectos primero que ningún otro tejido, y de ahí su desgaste progresivo y su inflamación; de manera que, cuando recae la acción de los venenos diatésicos sobre los diferentes tejidos á que muestran especial predilección, se encuentran el endarterio y endocardio así por completo destruidos, y los desórdenes circulatorios, de que he hecho mención, muy adelantados. Siguiendo el proceso, se notan más adelante desarreglos nutritivos, por no poder verificarse los cambios moleculares con la normalidad debida; desarreglos secretorios, por no llegar la sangre al tejido glandular en proporción correspondiente con respecto á su cantidad y calidad; inflamaciones, causadas por la retención que ocasiona el mal repartimiento sanguíneo, y desquiciamientos generales: por último, en todas las funciones, que hacen pasar al organismo del estado de flojedad y pereza al de inercia completa, mejor dicho, del estado discrásico al caquético. Esta última etapa se encuentra ayudada siempre por la acción particular del veneno discrásico.

Así se explica que la diátesis reumática llegue á producir la caquexia cardiaca con todas sus consecuencias; la diátesis alcohólica conduzca á la caquexia hepática, ó sea á la inflamación y degeneración de este órgano, etc., etc.

En la ancianidad, que, como acabo de decir, no es más que una diátesis como otra cualquiera, puesto que produce en el organismo ese estado de debilidad y de propensión á

enfermar que ocasiona la escrófula, la sífilis, etc., el veneno se encuentra representado por los años. Así es, en efecto, porque el ejercicio continuado de los órganos en general, y el ocasionado en el interior de los vasos por el roce continuo de la sangre sobre un tejido que no tiene mucha resistencia, desgasta ó inutiliza estos órganos, y particularmente el tejido que forma el endarterio, por su menor vitalidad. De otro modo, no se da cuenta de esas artritis ateromatosas y esos embolismos que se presentan siempre en la vejez, y cuya causa no se alcanza si se va á buscar por otro lado.

El viejo es, pues, diatésico y hasta caquéctico en un grado avanzado de edad. Duran-Fardels, dedicado muchos años á las prácticas de las enfermedades propias del último período de la vida, manifiesta que las alteraciones cardio-vasculares es la regla en los ancianos, y su falta la excepción. Claro está que en esto ha de influir también el género de vida anterior que los viejos hayan tenido, y así se comprende bien que en el verdadero sentido de las frases no puede fijarse edad para la vejez, puesto que unos serán viejos antes que otros, según el trabajo que los excesos le hayan producido en sus órganos.

Pues bien: el cafeísmo, como el alcoholismo y el nicotismo, son discrasias cuya manera de empezar y de desarrollarse son lo mismo que la vejez, es decir, son cada una de ellas «una vejez prematura,» una vejez que se presenta antes de tiempo, porque la vida se ha corrido muy de prisa y el desgaste ha sido muy grande.

Para explicarme con más claridad, transcribo unos párrafos de Peter, que hago míos en cuanto al café puedan referirse. Dicen así: «El alcoholismo crónico (y para mí la diátesis cafeica) no es otra cosa en realidad que una vejez prematura. El camino de la vida ha sido recorrido rápidamente, y los excesos han constituido las etapas.

»En efecto, el exceso báquico produce una sobreactividad momentánea de las funciones, una especie de exaltación de la vida; de esto resulta que el hábito de beber parece como que multiplica la existencia; el hombre en estado de embriaguez incipiente, el pulso tiene más amplitud y frecuencia, la respiración es más fuerte y el calórico momentáneamente exu-

berante (1) (á no ser que se trate de la borrachera-colapso, en cuyo caso no está el hombre embriagado, sino envenenado) (2); su imaginación, su continuo y loco movimiento, forja las quimeras más fantásticas, las extremidades no dejan de moverse hasta en los cortos instantes del sueño que puede gozar. De este modo el ebrio condensa una larga existencia en un corto período, vive de priesa y envejece con rapidez. ¿Qué de extraño tiene que entonces sea un joven envejecido, cuya senelidad se descubra por el temblor de sus manos y el círculo prematuramente grasiento de sus córneas? ¿Qué de extraño, en fin, que se encuentren en él las mismas alteraciones orgánicas que en el verdadero viejo, lentamente gastado por los años?»

Hé aquí muy bien expresado lo que sucede con el bebedor de café, y así es como llega á producirse la diátesis cafeica, es decir, el primer grado de la intoxicación crónica. Después de esto, ó lo que es lo mismo, después de producirse ese estado de endeblez orgánica que caracteriza á la dicha diátesis, es cuando se presenta la caquexia, ó envenenamiento completo; es cuando aparece la última figura del cuadro, cuando verdaderamente existe peligro de muerte porque encontrando la cafeína abiertas las puertas que le conducen hasta el elemento en que ejerce su acción, en él hace presa y la hace ya no pasajeramente y en cantidad infinitesimal, como la que normalmente puede pasar de los vasos á los tejidos, sino de un modo más duradero y en dosis igual á la que se absorbe. De aquí que el corazón propiamente dicho, esto es, su fibra muscular formativa, no ya la membrana que encierra, se haga asiento de inflamaciones, de degeneraciones y de toda clase de trastornos que, alterando su estructura, imposibiliten su función y las de los órganos que con él se encuentran relacionados.

En este estado, también la cafeona puede obrar directamente, y por muy pequeña que sea la cantidad, sobre el tejido nervioso, ocasionando en él las alteraciones específicas que se reflejan luego por síntomas especiales.

(1) Los mismos síntomas que en el café.

(2) El envenenamiento de que se trata aquí es el agudo, el cual ya he dicho no puede ser ocasionado por el café.

La cuestión es muy fácil; sin embargo, para mayor claridad, voy á contestar por adelantado á una objeción que pudiera hacérseme respecto á la manera de obrar directa de los dos agentes venenosos del café sobre los tejidos. ¿Cómo es, pudiera decir alguno, que no estando destruída más que una parte del tabique vascular, pueden esos agentes obrar directamente, el uno sobre la fibra muscular y el otro sobre la nerviosa? Muy sencillo. Para la cafeína no se necesita demostrar nada, puesto que si se sabe que la segunda capa de los vasos se encuentra formada por músculos (y lo mismo el corazón), es claro como la luz que, destruída la primera, la sangre, y lo que con ella circula, tendrá que ponerse en contacto directo con esos músculos. Respecto á la cafeína es otra cosa: el contacto no es tan directo, mirado á primera vista; pero si se profundiza algo, se verá que puede serlo tanto como el de la cafeína. En efecto, si se quiere que esta sustancia salga de los receptáculos vasculares por rigurosa exosmosis, la cosa no favorece mi opinión; pero como no sucede esto, como la exosmosis, lo mismo que la endosmosis, no pueden ser normales, en primer lugar porque las membranas no se encuentran íntegras en su textura, que es una de las condiciones físicas necesarias para esta función, y en segundo lugar, las estancaciones sanguíneas, reteniendo líquido cargado de mala sustancia y ocasionando presiones intravasculares, fuerzan á dar salida, junto con el nuevo, á todos ó casi todos los materiales que le acompañan, resulta que la cafeína, retenida también, no solamente no circula como debiera, sino que sale casi en su totalidad de los vasos para obrar especialmente sobre los centros de acción nerviosa.

Resumiendo todo lo dicho en el presente artículo, viene á resultar:

- 1.º El café puede llegar á ser venenoso.
- 2.º Esta acción sólo se presenta cuando se abusa de él en cantidad y se toma muy cargado.
- 3.º Los componentes que le dan su propiedad tóxica son la cafeína y la cafeína.
- 4.º El envenenamiento agudo del café no existe en el hombre.

5.º Para producir el envenenamiento crónico, los agentes activos del café obran primeramente sobre la túnica interna de los vasos con una acción local irritante, no de una manera específica.

6.º Esta acción local da entrada á los síntomas de intoxicación, que no son otra cosa que manifestaciones de una enfermedad, de una diátesis parecida á las otras, que pone al organismo en un estado muy semejante á la vejez y que se llama diátesis cafeica.

Y 7.º La diátesis cafeica engendra el *cafeísmo*, es decir, la caquexia ó el envenenamiento real por efecto de la acción específica ulterior de los dichos agentes.

Voy á describir, antes de acabar el presente artículo, los síntomas de la intoxicación que me ocupa.

La divido, como queda dicho, en dos períodos: diátesis cafeica y caquexia cafeica ó cafeísmo. En el primero pueden notarse síntomas de todas las funciones en general, sin particularidad morbosa que lo distinga, viniendo á consistir estos síntomas en la falta de energía con que se cumplen cada uno de los deberes encomendados por la naturaleza á los aparatos que componen nuestra organización. Así, el individuo afecto de la *diátesis cafeica* se siente incómodo, pesado, sufre con frecuencia vahídos y cefalalgias periódicas; tiene dispnea, poco marcada al principio, más intensa luego, y á medida que el tiempo pasa y que los esfuerzos aumentan, tos seca, dolor en el epigastrio, que se exaspera por la presión; borborismos, cólicos secos y á veces con exudación intestinal abundante; anorexia, sed intensa, sudores fríos, pulso frecuente y débil, coloración roja de la piel de la cara, particularmente en las mejillas, más pálidas que en el estado normal en las mucosas de los labios y conjuntiva; dolores en las articulaciones y en los músculos, que se asemejan á los que ocasiona el reumatismo y dificultan los movimientos hasta el punto de llegar á imposibilitarlos, lo cual trae consigo la atrofia y deformación de estos órganos. Por último, al final de este período se presenta la insensibilidad y la falta de calor normal en las extremidades, que con las convulsiones parciales y generales constituyen la vanguardia de la caquexia cafeica.

Todos estos síntomas acentuados forman con la gangrena de las extremidades, que se añade á ellos para constituir un signo patognomónico, el segundo período de la intoxicación cafeica.

De manera que el cafeísmo tiene una especificidad, una facies propia que le distingue de las caquexias tóxicas ocasionadas por el abuso del alcohol y del tabaco, siendo la gangrena de las extremidades la señal que indica la enfermedad, como el *angor pectoris* y el *delirium tremens* indican á su vez respectivamente el tabaquismo (1) y el alcoholismo (2).

Esta opinión, que me parece soy el primero en señalar, la tengo basada en observaciones tan claras y precisas que, en mi concepto no dejan lugar á dudas de ningún género, y si bien es verdad que existe sinnúmero de dificultades en esta materia, y que es arriesgado el hacer una afirmación de un modo tan resuelto y decidido, sin embargo, no tengo temor alguno en ello, estando como estoy escudado en los siguientes casos de mi práctica particular.

De 96 tomadores empedernidos de café, más de 37 (cerca de la mitad) presentaron la gangrena en las extremidades, con intensidad mayor ó menor. De ellos, aunque fumaban en su mayoría (53), no puede decirse que abusaban del tabaco más que una parte relativamente pequeña, 19. Ninguno era anciano, y alcohólicos solamente 7. Perteneían á distintas clases sociales, y á pesar de predominar la trabajadora ú obrera, ninguno era habitante rural ni habían hecho uso en su alimentación del pan de centeno.

Estos casos no parecen estar, por otra parte, en contradicción (y su patogenia se encuentra aquí basada) con los efectos locales señalados más arriba á los agentes activos del café, pues siendo entre el elemento vascular los capilares más débiles que las otras partes circulatorias, natural es que en ellos obre la cafeina y cafeona, con sus acciones respectivas, para producir la gangrena, por alteraciones del movimiento y composición de la sangre.

(1) Beau. — Discurso leído en la Academia de Ciencias de París. 1862.

(2) Jaccuand.—P. M., t. 3.

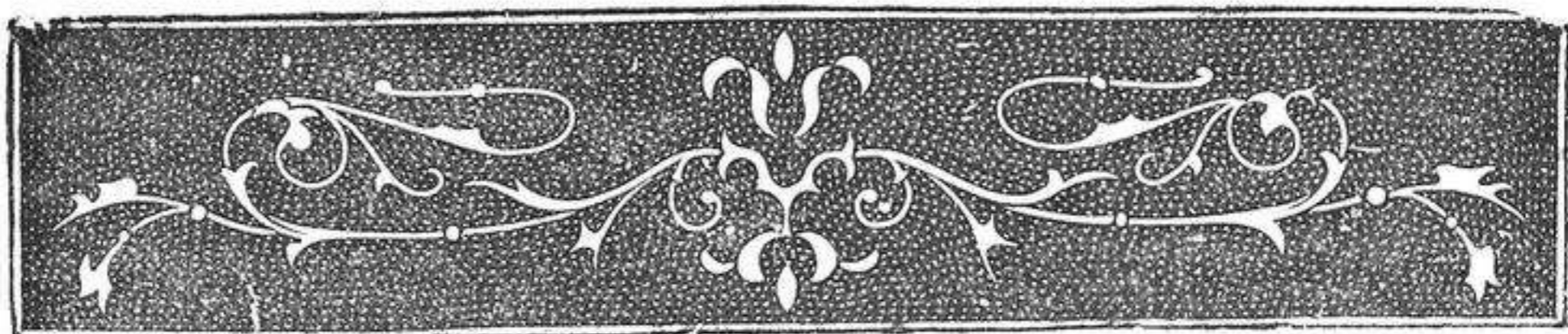
El cuadro siguiente, que para facilitar el estudio de los síntomas de la intoxicación cafeica inserto, dará fin á esta parte de mi trabajo.

Síntomas de la intoxicación del café.....	Primer período.—Diatesis cafeica.	Cefalalgia periódica, apatía intelectual, falta de memoria, somnolencia, anestesia, endeblez general, anemia, palidez de las mucosas, coloración de las mejillas, demacración, ojos hundidos, anorexia, sed, lengua roja, algunas veces saburrosa; dolores epigástricos, cólicos, diarrea ó estreñimiento, tos, disnea, estertores catarrosos, matidez precordial, otras veces timpanismos, sudores, poliuria, flujos, hemorragias, dolores en las articulaciones y en los músculos, convulsiones parciales (reflejas), pulso débil y frecuente.
	Segundo período.—Caquexia cafeica.—Cafeísmo.	Los mismos que el anterior, mas vómitos, convulsiones generales, alucinaciones, delirio, parálisis reflejas, hiperestesia exagerada, que se presenta después de la sensibilidad del período primero. Por último, <i>gangrena de los miembros.</i>

DR. JOSÉ G. GONZÁLEZ DEL VALLE

(Se continuará)





GINÉS PÉREZ DE HITA

Continuación (I)

CANTO IV

En este cuarto canto, que consta de diez y siete octavas, relata el poeta la victoria insigne que ganó Lorca y su Alcaide el Infante Sancho Manuel, hijo de D. Manuel y sobrino de Alonso décimo, al famoso capitán granadino Andalla, que con los insignes de Baza, Guadix y otros lugares, fueron muertos ó mal heridos, abandonando el campo, y con los despojos militares la enseña, guión ó estandarte granadino.

El historiador D. Juan Tamayo, á quien, además de Morote siguen otros autores, supone que el ejército de Andalla se componía de diez mil infantes y tres mil caballos, reunidos de diversas poblaciones y Alcaidías moras, con los que, después de descansar Vera, última ciudad mora por esta parte de la frontera oriental del reino granadino, se desbordó como un torrente con sus huestes sobre los campos de Lorca, Cartagena y Murcia, apoderándose de muy rica presa y haciendo terrible tala y horrible estrago.

Á la vuelta de esta famosa expedición militar ó algarada, y en el sitio sobre el camino por el cual retrocedía Andalla,

(I) Véase la pág. 146 de este tomo.

apostándose hacia la sierra, que llaman de Velillas, fué donde el infante D. Sancho con tropa de Lorca, y todos sus caballeros con los que formó un escuadron de setenta caballos, previo el consejo de guerra, acometió y destrozó en un desordenado asalto al ejército moro, valiéndose de las astucias militares y demás medios que refiere Pérez de Hita.

Cascales, en sus *Dicursos Históricos de Murcia y su reino*, refiere también este hecho de armas diciendo: «No holgaban en este tiempo los de Murcia, estando como se les había mandado por el Rey siempre con las armas en las manos velando é inquiriendo nuevas del enemigo, que como Mahomad, Rey de Granada, había mandado á su gente de esta comarca, que mientras el andaba en el cerco de Tarifa, hiciesen ellos por acá todo el daño posible, salieron á correr nuestras tierras, y un cautivo cristiano, que se había escapado de ellos, vino derecho á Murcia, y dió aviso como Moros de entre Guadix y Baza estaban resueltos de bajar á este reyno, y que era cosa cierta, pero que no sabía á que lugar principalmente llevarian la derrota. Quando esto supo D. Sancho Manuel, adelantado por D. Fernando y alcaide juntamente de Lorca, dexando aquí la Ciudad muy apercebida, y guardada, se puso en Lorca en un día, y halló la Villa muy descuidada deste peligro: mando recoger los ganados y aprestar la gente con mucha brevedad para lo que pudiera suceder; y apenas mandó hacer esta diligencia, cuando sin haberse dado lugar á recoger el ganado, vinieron pastores corriendo á Lorca; diciendo habian corrido el campo mas de tresmil ginetes moros, y de diezmil de apié, y que venian con mucha presa de ganado vacuno, y muchos cautivos Cristianos, y que se bolvian para su tierra con esta cavalgada aunque habian echo alto en un lugar allí cerca que solian llamar los cabezos de *Vilillas*, y aora los llaman de don Juan. D. Sancho Manuel apresto su gente de á cavallo y de apié, dexando guarnicion bastante en Lorca, y salió con ella á prima noche, marchando muy poco á poco, porque habia embiado algunos ginetes á reconocer el enemigo. Certificado por los reconocedores de lo que los pastores habian dicho (como cuenta Diego Rodriguez de Almela, en sus batallas Campales) hizo aligerar el paso, y cerrada ya la noche,

cerró con ellos, y los desbarató de manera, que les robó el ganado, y quito los Cristianos cautivos, habiendo muerto y herido muchos moros, y ahuyentado á los otros á toda prisa»

«Con esta nueva vino el mismo D. Sancho á Murcia victorioso, donde todos se alegraron del buen suceso y mucho mas de otra mejor nueva, que al punto llegó de la victoria del Salado.....»

Esta batalla del Salado tuvo lugar en el año de 1340, reinando Alfonso XI, por lo que la victoria de las *Velillas* ó *Villillas* coincidió con la memorable batalla librada por los ejércitos de los moros *benimerines* y granadinos, y los cristianos castellanos y portugueses. Consta efectivamente que era adelantado de Murcia y alcaide de Lorca en aquel tiempo el infante D. Sancho Manuel, hijo de D. Juan Manuel (1), segunda vez adelantado Mayor por el mismo Rey D. Alonso, é hijo del infante D. Manuel, hermano de D. Alfonso el Sabio. Nos detenemos muy especialmente en fijar la fecha de este suceso porque en el «Canto» de Pérez de Hita de que vamos ocupándonos observamos que los versos de la cuarta octava que dicen:

«tambien sacó de allí tres mil peones
el que lo escribió vien podia contallo
que tambien se halló envuelto en las cuestiones»

han hecho suponer al ilustrado anónimo de nuestro manuscrito, en una nota, que Pérez de Hita se encontró en esta victoria, lo que no es posible porque aún no había nacido (2).

Lo que de ello se desprende es que este escritor oyó la narración de los hechos, ó la copió de relación escrita por persona presencial y asistente ó «envuelta en las cuestiones.» Así es muy fácil explicar el sentido del poeta, haciéndose como que está presente en la batalla por la fe que tenía en la veracidad del que estando en ella la transmitió y puso en los archivos de la gran ciudad de Marte, como repetidas veces la llama Hita, de donde él la sacó.

(1) Cascales dice que Sancho Manuel era hermano de D. Juan y no hijo.

(2) Nació unos doscientos años después.

Se observa en la quinta octava el verso séptimo que dice:

«con ánimo muy valiente y muy subido»

y entiendo debió decir:

«con ánimo valiente y muy subido»

El quinto de la octava octava

«Nada en efecto los moros percibieron»

sería probablemente:

«Nada de esto los moros percibieron»

En el manuscrito, el séptimo verso de la novena se lee:

«estaba todo punto reposado»

y desde luego se echa de ver que debe finalizar con *reposando*.

El primero de la octava once,

«los moros aunque están dormijosos»

es indudable que suena mejor:

«los moros aunque estaban dormijosos»

En la trece y quinto verso se lee

«rompióse la malla y fino peto,»

y para que resulte completo es preciso, ó dividir el diptongo, diciendo:

«rompió-sé la malla y fino peto»

ó

«rompióse allí la malla y fino peto»

En el cuarto verso de la quince, para que resulten los acentos en su lugar, es preciso decir

«habiendo allí dejado su estandarte»

y no

«habiendo dejado allí su estandarte»

El quinto de la misma octava resulta corto por faltarle tal vez una *Y* al principio.

El canto en general tiene algunos rasgos dignos de un buen poema; en la descripción de la batalla se observa rapidez y algún que otro resplandor del fuego con que el poeta nos hace recordar alguna vez á la *Araucana*.

El poema, en general, no nos cansaremos de repetir que no es de muy subida importancia literaria, explicándonos esto porque tal vez no se haya publicado antes de ahora, ni su autor lo pretendiera, ó que, de pretenderlo, se lo negasen; pero es indudable que en él se reflejan las dotes de Hita, demostradas en la impetuosidad de sus años juveniles (1), siendo, así y todo, por mucho tiempo guía de Morote, Suárez y otros muy graves historiadores que han plagado sus libros no sólo con citas, sino que con largas copias de nuestro manuscrito, que indudablemente conocieron, y muy especialmente el P. Morote, que fué su especial propagandista, copiándole casi servilmente desde la pág. 327 á la 419 de su parte 2.^a, lib. 3.^o, capítulo 2.^o de su lib. «Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca,» etc.

CANTO CUARTO

QUE TRATA DE LA BATALLA DE VELILLAS QUE LOS DE LORCA
TUVIERON CON LOS MOROS DE GRANADA

- (1) Grandes hazañas grandes ardimientos
de Lorca contare grandes prohezas,
batallas grandes, muy grandes reencuentros
que hubieron con los Moros y grandezas,
Tubieron los de Lorca mil contentos
biendose pues gozar de mil franquezas:
con esta presuncion tan valerosa
hacian y emprendian cualquier cosa.
- (2) El Reyno de Granada que ha savido

(1) Casi podíamos decir aquí de nuestro poeta lo que el Sr. Martínez de la Rosa del autor de la *Araucana*: «.....pero no podía esperarse una obra maestra de un poeta de pocos años, que sólo escribía retazos de su poema en los ratos que robaba al preciso descanso.»

- que és el Pueblo de Marte velicoso,
y ha de ser en el mundo tan temido,
queda de su valor muy embidioso:
El gran valor de Lorca es tan subido,
y en arte militar tan poderoso:
y asi el Rey de Granada determina
de darle cruda guerra á la continua.
- (3) El Rey mandó llamar al Moro Andalla,
pues hera el mas valiente y esforzado:
dícele se prepare á una batalla,
y aliste un campo grande y concertado;
y que marche á crujir muy bien la malla
de aquel Pueblo de Marte tan nombrado
hablandole por Lorca valerosa,
que en caso de las armas es famosa.
- (4) Tomó tresmil Andalla de acaballo
tambien sacó de allí tresmil peones
el que lo escribió bien podia contallo
que tambien se hallo envuelto en las cuestiones
quiso si por estenso bien mirallo,
por que no haya despues mil divisiones;
con esta gente Andalla muy furioso,
corria el campo de Lorca tan famoso.
- (5) En el ganado hace muy gran presa,
quedo cualquier pastor amedrantado
con Lorca salió luego muy depriesa
el buen D. Juan Manuel adelantado
quitar quiere á los Moros tal empresa,
como varon muy grande y esforzado
con animo muy valiente y muy subido
de su Gefe siguió Lorca el partido.
- (6) Hubo sus pareceres y opiniones
al tiempo de salir de la batalla;
Alferez no quisieron ni pendones
salir quieren iguales en su malla:
Acuerdan ir de noche los varones
mejor tiempo ni hora no se halla
de blancos camiones van bestidos
por ser en la batalla conocidos,
- (7) D.ⁿ Juan Manuel quedo bien informado
dó estaba el bando moro en tal manera

que el se mostrará allí regocijado,
 viendose acercar ya lo que se espera;
 como estaba, le dicen, el ganado
 que llevaban los Moros hacia Vera
 con este informe todos concertaron
 el como habia de hacerse, y caminaron.
 Seiscientos de á caballo se salieron
 de parte de la noche y con la bruna
 cuando ya con los moros estubieron
 comenzaba á salir la clara luna.

Nada en efecto los moros percibieron
 ni sintieron de aquesto cosa alguna
 encienden los cristianos lumbre y luego
 y en el punto se emprende un grande fuego

- (8) Quemaron muchas barbas de cabrones
 por que las bacas partan luego huyendo
 en oliendo el ganado los tizonas
 y el humo de las barbas estúpido:
 las bacas huyen á los escuadrones
 del ejercito Moro que durmiendo
 estaba todo junto reposando
 del trabajo pasado descansando.
- (9) Por medio del ganado se han metido
 los Moros recordaron espantados
 asómbranse de oír aquel ruido
 y andan sin saber donde, atolondrados
 esto que los cristianos han sentido
 arremetieron todos esforzados
 hacen pues en los Moros grande estrago
 diciendo á grandes voces; Santiago!
- (10) Los Moros aunque estan dormijosos
 desde luego conocen el asalto:
 presumen que Cristianos valerosos
 les causan aquel fiero y grande esmalto;
 á la batalla vuelven animosos
 y nadie de valor se mostró falto
 El Capitan Andalla que es valiente
 á los suyos anima diligente.
- (11) Los Moros ya que estaban recogidos
 á la batalla vuelven esforzados
 las lanzas, los arneses van rompidos

tambien ya los escudos van quebrados
 Resuena todo el campo de alaridos
 y estaban los almetos ya abollados:
 caballos y sus dueños de tal suerte
 andaban, que ya gustan de la muerte.

- (12) Allí se muestra ya cruel efecto,
 andaba la batalla con ruina;
 pero el valor de Lorca es mas perfecto
 con que el morisco bando desatina:
 rompiose la malla y fino peto,
 desmaya la canalla granadina:
 Audalla Capitan allí fué muerto,
 y andaban ya los Moros sin concierto.
- (13) Andaba la batalla tan bravosa
 que en Lorca se hoye bien el grande estruendo,
 la gente de á peon muy velicosa;
 acuden al asalto muy corriendo,
 de refresco llegó, mas tan furiosa,
 que ya ben á los Moros hir huyendo
 ibanles los Cristianos al alcance,
 destrozando é hiriendo á todo trance
 Algunos escaparon temerosos
 de ver tan gran destrozo y crudo Marte;
 caminan para Vera mal gozosos,
 habiendo dejado allí su estandarte
 vuelven los de Lorca victoriosos
 ricos con el despojo en cada parte
 que seis dias duró el llevar las cosas
 riquísimas, muy altas y precíosas.
- (14) Velillas quedó allí toda poblada
 de Moros destrozados crudamente,
 con fama quedó Lorca aventajada;
 por caso principal y tan valiente.
 en adelante fué mas estimada
 por el levante todo y el poniente
 En Africa temblavan los paganos
 del gran valor de Lorca y sus Cristianos.
 Nuestro Sancho Manuel por la victoria
 que de tan gran batalla habian habido,
 construyo allí una Torre por memoria
 de un hecho memorable y tan subido

por cierto digno fué de que en historia
tan grande hecho fuese así esculpido;
De esta batalla el canto es acabado
pongamosle otro luego al otro lado.

Ilustraciones de este canto cuarto

- (1) Narrativa de las hazañas de Lorca.
- (2) Envidia de los moros de Granada contra Lorca.
- (3) Mandato del Rey Moro.
- (4) Entra el Capitán Moro Andalla á correr la tierra de Lorca. El autor se halló en esta batalla.
- (5) Presa por Andalla. Salió de Lorca.
- (6) Consejo de Guerra. Encamisada.
- (7) Aviso dado al Capitán de Lorca D. Juan Manuel.
- (8) Astucia.
- (9) Confusión de los moros, y Santiago dado por los lorquinos.
- (10) Andalla anima á los suyos.
- (11) Batalla.
- (12) Muerte de Andalla.
- (13) Victoria. Alcance.
- (14) Á dos leguas de Lorca se dió esta batalla, en la parte que dicen de Velillas.

NICOLÁS ACERO Y ABAD

(Continuará)





EXPEDICIÓN Á GOROR

EN LAS CAROLINAS OCCIDENTALES

(FRAGMENTO DE UNA CARTA)

No todo ha de ser hablarte de los disgustos y temores de Manila, donde la existencia era insoportable para los buenos españoles, que cuando yo salí casi tenían puesta su última esperanza en la próxima llegada del General Weyler. Voy á hablarte ahora de una curiosísima expedición que acabo de hacer á la isla de Goror, que los alemanes llaman *Cruuvv*, situada en el extremo Sur de esta isla, y que es la primera de un pequeño grupo que forman Truedzepel, Laracong, Pililin y Argaur, designadas en el mapa bajo el nombre genérico de las islas Pelin. Dista Goror de Yap como unas cinco millas inglesas.

Al día siguiente de nuestra llegada nos prometió el Gobernador proporcionarnos ocasión de ver los bailes más característicos de los naturales, organizando al efecto una expedición á dicho pueblo, que, por lo visto, es el riñón de esta tierra, como Toledo de Castilla (en caricatura por supuesto). El Gobierno de las Carolinas occidentales no tiene más que una canoa inútil á su disposición, y hubo que pedir prestado un bote á uno de los comerciantes alemanes aquí establecidos, Mr. Frilander, que los libros últimamente publicados en Ma-

drid, como el de Montero Vidal, llaman Friedlander. Es comisionista de la acaudalada casa de Hamburgo Herstein y Compañía, que, con otras dos ó tres, entre inglesas y americanas, explotan la escasa riqueza de este país, dejándonos íntegro el honor de costearles un Gobierno y sufrir percances como el del pobre Posadillo. El barco de Mr. Frilander nos fué muy útil, por su poco calado, mucha capacidad, mucho andar y buen aparejo. Nos embarcamos un poco después de la pleamar y salimos del pantalan de la casa de Gobierno en el referido bote, componiéndose la expedición del Gobernador, el Comandante del *Velasco*, seis Oficiales, el Médico de la división y tres criados que cuidaban de las municiones de boca.

Con viento bonancible del NE., y echando el bote chuletas, como se dice entre nosotros los marinos, ladeamos la isla navegando por encima del banco de coral que la rodea por completo, y que tiene de ancho una milla, por término medio. En poco más de cuarenta y cinco minutos llegamos enfrente de la Casa-misión establecida en Goror. Como el agua sólo sube próximamente un metro sobre el banco, y habíamos salido cuando la marea empezaba á bajar, no pudo el bote llegar á la playa, y con los zapatos en la mano y el pantalón remangado hasta la rodilla trasbordamos á una balsa de caña, que nos condujo á tierra, donde nos esperaba el padre franciscano allí establecido.

Después de los saludos reglamentarios, y rodeados de una infinidad de chiquillos en el vistoso traje de Adán, sin excluir la hoja de parra, reemplazada en estas latitudes por una tira de lanilla, que suele ser roja (llamémosla taparrabo, que es su verdadero nombre), fuimos á visitar la casa de la Misión mientras se preparaba la comida. Construída por un hermano lego, que no lo es en construir casas, está situada á orillas del mar, rodeada de altos cocoteros y hecha á estilo filipino sólo que, como aquí no abundan las cañas, las paredes y pisos son de bonga y los techos cubiertos de nipa, traída de Manila. Consta de planta baja y un desván, que sirve para lo que todos ellos; en la planta baja existen dos habitaciones para el Padre y el lego, una capillita y otra habitación habilitada para sacristía, todo ello respirando limpieza, cosa rara, como sabes, en Fili-

pinas, y más en las casas conventuales, donde los pobres párrocos tienen que valerse de criados indios, que suelen ser, por regla general, sucios y desaseados.

Después de descansar un rato, fuimos á ver al Pilung (reyezuelo) de Goror, que se encontraba enfermo á causa de su avanzada edad y achaques, y rodeado de la indispensable turba multa de chiquillos; atravesamos una corta extensión de bosque, encontrándonos, después de haber salvado una valla de cañas que limita el término de la propiedad particular de S. M. piluna, frente á su casa, situada en una plazoleta empedrada no muy toscamente. Como las casas de estos indígenas no tienen puerta, penetró el Padre por la ventana á anunciar á S. M. nuestra visita. Asomamos también nosotros las narices, y después de acostumbrada la vista á la oscuridad que reinaba en la habitación, distinguimos á un hombre desnudo, sentado en su trono (quiero decir en el santo suelo), de cara simpática y gran perilla de un blanco sucio. Se rió estrepitosamente al vernos, como si fuera saludo cortesano, y nos preguntó con ansiedad si venía el médico, porque quería ver si le quitaba unos pellizcos que sentía en el costado y una disentería que se lo llevaba por la posta. Por lo pronto, aquí tienes una prueba de cultura que no suelen dar nuestros indios, tan refractarios á la medicina científica que prefieren que los mate un mediquillo á que les tome el pulso un español. Entró, pues, nuestro médico, lo reconoció, le recetó unas cosas de que no entiendo, que se le aplicaron inmediatamente (pues el Gobernador había llevado, por fortuna, un sanitario y su botiquín), y diciéndole *calul* (hasta mañana), nos largamos viento en popa, porque el estómago nos indicaba que era tarde.

Sentados en la plazoleta que digo arriba, vimos al salir varios canacas y una canaca (nombres de estos indígenas) en los trajes que en mi carta anterior te dije usaban, y en la posición siguiente: traseros en tierra, piernas extendidas y la espalda apoyada en unas piedras planas sujetas verticalmente en el suelo. Tales son las butacas, los cojines de este país. En la plazoleta existen bastantes piedras de éstas, que, según nos dijeron, eran para los concurrentes á las nocturnas tertulias

que tienen todos los pilines. Alrededor de la casa, apoyado en los cocos ó extendido por el suelo, se hallaba el tesoro de S. M. carolina, como quien dice la caja real, el arca de tres llaves, que aquí no hay peligro de que la roben, como que son unas inmensas piedras redondas, semejantes á las de los molinos, y que constituyen..... iba á decir la moneda, pero mejor diré sendos rollos de billetes fantásticos de un Banco más fantástico aún. Si tiene esto alguna semejanza con lo que llamamos en Europa valores fiduciarios, tú lo dirás mejor que yo; pero me parece que el que compra acciones ú obligaciones de algunas empresas, bien podría llevarse á su casa estas ruedas de molino.

En el convento nos encontramos la mesa puesta al aire libre, una mesa de unos treinta centímetros de ancho, y con los platos de cada comensal puestos en zig-zag, porque enfrente unos de otros hubiéramos tenido que cortarnos las piernas para poder sentarnos.

Yo no soy romántico, ya lo sabes; pero nunca se me olvidará aquella comida, condimentada con la mejor salsa del mundo, el apetito, á la sombra de cocos gigantescos que, allá entre sus copas, dejaban ver pedazos de cielo azul salpicado de estrellas, la luz de la luna alumbrándonos de balde, el ruido de las olas que se estrellaban en la playa haciendo veces de orquesta, y por acá y por allá, desparramados á respetuosa distancia, salvajes verdaderos, sí, no indios filipinos medio vestidos con camisa europea, sino salvajes auténticos, como los de África y América, con su encrespado pelo, su peineta en el moño y su piel pintarrajeada, y por encima de todo, el dulce recuerdo de la madre patria, que á cada momento nos traía aquella dulcísima lengua en que hablábamos. ¡Deliciosos momentos, deliciosos! Hubiera querido ver entre nosotros á mi paisana Emilia Pardo Bazán, para que describiese aquel cuadro con el primor que isabe hacerlo, único modo de que mis lectores participasen del lánguido sopor que todos sentíamos. Terminada la comida, empezaron los preparativos para el baile de hombres. Según nos explicó el capuchino, y pudimos comprobar por indicios posteriores, los hombres bailan solos, y cuando lo hacen, no suelen aproximarse

á verlos las mujeres, como los hombres tampoco se aproximan cuando bailan ellas. Los primeros suelen bailar de noche, á la luz de las hogueras, según dicen porque lucen más que de día, y las mujeres, por igual motivo, prefieren la luz del sol. De esta última razón no quedamos muy convencidos, sospechando que el fraile recelaba no poder impedir, si bailasen de noche, que alguna de sus feligresas se fuese al bosque á bailar á solas con algún castila, sospecha comprobada al siguiente día, que bailaron las mujeres, por la fiscalización rigurosa que ejerció sobre algunas individuos que merecieron á mis compañeros ciertas preferencias..... El buen fraile no les quitaba ojo.

Ya te dije, y repito ahora, que los hombres usan por toda vestimenta el tradicional taparrabo, descendiente de la paradisiaca hoja de parra de nuestro padre Adán, peineta clavada verticalmente en el moño, pendientes, alguno que otro brazalete hechos con caracoles, y las piernas *tatuadas* (1). Pues bien: para bailar, se adornan con las hojas de los cocos (que tienen la figura de las espadañas de nuestra tierra, planta anfibia que nace á orillas de los ríos), poniéndose, además, collares, brazaletes en brazos y tobillos (si á lo que se pone en este sitio puede llamarse así), y muchas hierbas de éstas verticalmente en la cabeza. Para completar el cuadro se pintan á manchones la cara, pecho y brazos de colorado. Encienden grandes hogueras con hojas de coco y cocos enteros, fórmanse en fila, de cara al fuego, los más altos en medio, y disminuyendo en estatura hacia los extremos, y siéntanse á lo moro en el santo suelo. Así empieza el baile, que en realidad no es tal cosa, como verás. Introducción de canto, como los

(1) Andan muy revueltos los Académicos con la palabra *tatuar*, que todas las lenguas han tomado de la francesa, y que en la nuestra debe traducirse por pintarrajeados ó pintados. Este último nombre dieron los españoles del siglo XVI á los salvajes de las islas Visayas. Hácense los indios este adorno pinchándose con unas púas de caña la piel hasta hacerse sangre, y por los agujeros de la piel se inyectan líquidos colorantes. El paciente, después de pasar una regular calentura, se encuentra al ponerse bueno pintarrajeado de distintos colores para el resto de su vida. En *El Liberal* ha escrito algo sobre esto uno que se firma *El Académico de la Lengua*.

aetas de Filipinas; pero una canción más tristona todavía, y que se asemeja mucho al *Miserere*, acompañada por golpearse todos á un tiempo en brazos, piernas y pechos, y moviendo el cuerpo á compás á uno y otro lado. No puedes figurarte nada más pintoresco que aquellos salvajes, á la luz de las hogueras, cantando y golpeándose tan perfectamente á compás; parece que está uno viendo una función de teatro, ó un cosmorama estrambótico. Relumbran sus adornos, que parecen alhajas de gran valor, por la maña con que los menean. El canto dura cierto tiempo, y al final dan tres gritos en tres distintos tonos, tan salvajes, que la primera vez que se oyen estremecen, como nos sucedió á tí y á mí cuando se los oímos á los abisinios y á los aetas. Terminada la primera parte, descansan un minuto y vuelven á empezar otro paso distinto, y distinto es también el orden, compás y sitio en que se golpean. Vuelta á descansar y vuelta á empezar, y así dos horas; pero no hay una figura (démosle este nombre) que sea igual á la anterior, y como lo hacen tan uniformemente, se deduce que, ó se pasan el día bailando, ó son á *nativitate* consumados bailarines. Otros necesitarían muchos años para aprender.

Después de un descanso de media hora, vuelven á formarse en fila, cara á la lumbre, pero esta vez de pie, y traen una faldeta hecha con las hojas de coco (aquí no hay más que cocos), y entonces sí que parecen los salvajes que vemos pintados en los libros. Este es otro baile enteramente nuevo, con nuevas figuras y nuevos cantos, acompañándose siempre con los indispensables golpes en el cuerpo, y terminando cada figura con los tres gritos de reglamento. Así, otras dos horas. Figúrate cuatro horas de baile, en las cuales harán cuarenta figuras distintas, ¡cómo quedarán aquellos cuerpos de mantecosos y descuadernados! Concluído el baile, á las once nos fuimos á descansar. Yo no sé dónde durmieron el Padre y el hermano, que habían cedido sus celdas al Gobernador y al Comandante. Los demás lo hicimos sobre el piso de bonga, con una manta por colchón unos, y otros sobre bastidores de bejuco (el lancape filipino). Ello es que pasamos buena noche. Nos levantamos á las siete y fuimos á dar un vistazo al campo. No hay aquí bosques impenetrables como en las mismas

cercanías de Manila, pues no tienen estos bosques carolinios los bejucos, lianas y malezas que impiden andar por aquéllos. Sin embargo, tampoco en su interior penetra el sol, aunque reina un fresquito muy agradable, porque están llenos de caminos hechos de piedra tosca, muy cómodos en épocas de lluvias, que evitan, además, el extraviarse. Los barrios ó caseríos que tienen estos caminos se distinguen por la limpieza de sus alrededores (limpieza relativa, ¿eh?) y por la perfecta división de las tierras que pertenecen á cada vecino, lo que da idea de una civilización anterior, que pudiéramos llamar prehistórica, algo semejante á la japonesa.

La mujer es aquí un mueble, como lo fué en todo el mundo antes del Cristianismo; no vive generalmente con su marido, sino en una choza no mayor que una perrera, al lado de la casa, y allí duerme y habita. Supongo que entrará en el domicilio conyugal únicamente cuando el marido la necesite. De día, cada uno tira por su lado, á no hacer nada, ni siquiera á buscarse el alimento, porque ése lo tienen siempre al alcance de su mano, pues apagan su sed con el agua de coco y su hambre comiendo uno ó dos al día. No tienen idea del tiempo, ni horas fijas para hacer las comidas, siendo su reloj para ello el estómago, y de aquí que estén á todas horas picoteando como las gallinas, achaque universal de estas razas inferiores. Dada esta alimentación insuficiente y á pesar de su aspecto exterior, que es tan rozagante en los hombres como en las mujeres, no tienen resistencia física y se cansan muy pronto de trabajar, aunque después de todo, ¿para qué trabajar, si el mismo Dios que alimenta á los pájaros los alimenta á ellos? Según noticias, no viven más que á orillas del mar, en donde construyen corrales de pesca; pero no de cañas, como los que conoces de Filipinas, sino de piedras, y recogen el pescado al bajar la marea. Están mascando buyo todo el día, y como no se lavan la boca, se les vuelven negros los dientes desde muy niños, de modo que puedes figurarte el aspecto asqueroso y terrorífico de sus bocas.

Los extranjeros á lo que se dedican aquí exclusivamente es á la compra del coco, que envían á Inglaterra y á Alemania, en donde le dan todas las aplicaciones que ya sabes. El nego-

cio es reproductivo sobremanera, pues viene á costar aquí la tonelada unos 11 \$ y se vende en Europa á 70, por término medio. Pagan á los naturales en armas (de las prohibidas entre nosotros por supuesto) y en ginebra, que les gusta mucho. Cada tarro se vende á peso, de modo que esta gente está deseando tener *salapí* (así le llaman al dinero, por haberlo oído á los soldados indios) para beberse un tarro de ginebra de una sentada. Débiles de complexión, holgazanes y bebedores de ginebra... ¡bonito porvenir de colonial!

Pero como estas cosas te importarán poco, paso á describirte lo que hicimos después del paseo por el bosque. Concluído el almuerzo, fueron llegando las mujeres del pueblo, en número de treinta y cinco. Su traje consiste en una falda hecha con hojas de coco, que las cubre desde el ombligo (algo más abajo) á la rodilla, y pendientes. Lo mismo que los hombres de la noche anterior, traían pintada la cara de colorado; pero casi todas del labio inferior abajo solamente, y por los lados les llegaba la pintura hasta las orejas. El pecho también lo tenían pintado, unas de colorado y otras de amarillo, lo mismo que los brazos. Collares, bandas y pulseras hechas con hojas verdes de coco y en la cabeza coronas de flores silvestres. Bacantes más estrafalarias no las has visto ni en las bambochadas de los pintores flamencos. Las había de todas edades y condiciones, flacas y gordas; las jóvenes, guapas en su mayoría, de pechos altos y bien formados, y lo contrario, como es natural, las más viejas. Aunque la raza es superior á la del indio filipino, y ni en las facciones se parecen á ellos, noté, sin embargo, que las mujeres tienen el pecho algo parecido al de las indias, aunque no tan exagerado, es decir, cónico, en vez de esférico, como la raza caucásica; el pelo, que es un tanto en sortijado, lo llevan hacia atrás, sin raya y con castaña baja. Ni usan peinetas como los hombres, por ser en todo estos países antitéticos á Europa.

Formadas en dos filas frente á frente, con sendos palos en la mano derecha, de un largo poco mayor que su estatura, empezaron un canto más melodioso que el de los hombres, acompañado de una esgrima de palo complicadísima y perfectamente ejecutada, tan perfectamente que, al dar unos palos so-

bre otros, no se oía más que un solo golpe. Esta esgrima se compone lo menos de veinte partes, cuya dificultad va en aumento; y no se limita á esgrimir el palo con la que tiene enfrente, sino con las de los lados y con las que están á mayor distancia, corriéndose en aquella dirección. En algunas figuras el movimiento de caderas y de pies es notable, tan notable, que recuerda el de nuestras bailadoras andaluzas á lo flamenco, y en casi todas el trenzado de los pies parece una especie de vals-polka. Por supuesto, cada figura termina, lo mismo que en el baile de los hombres, con sus correspondientes tres gritos salvajes. Tampoco esto es muy nuevo para un gallego como yo, pues recuerdo el *asturux* grito de las montañas de Galicia al terminar los bailes. Después descansaron un rato, limpiándose el sudor con hojas de coco, lo mismo que pudiéramos limpiárnosle nosotros con un cuchillo, es decir, de canto, á la clásica manera con que se limpiaban el sudor los gladiadores romanos en el circo, y se dividieron en dos filas, quedando unas de otras á regular distancia, y con palos más cortos, que habían cambiado por los largos, en la posición de guardia de la esgrima de fusil, empezaron á representar una especie de simulacro ó pantomima de la guerra.

Una de un bando daba un aullido salvaje y contestaba otra del contrario con otro; avanzaban un pasito para acercarse más, y nuevo grito y nuevo pasito, y después de repetir esta operación seis veces, dieron otro grito diferente de los anteriores, que parecía significar un armisticio, puesto que se sentaron á lo moro en el suelo, dejando los palos á un lado. Corrióse una de las filas hasta quedar enfrente de la otra, y con los palos cortos que llevaban, y sentadas, empezaron otra esgrima de palo menos interesante, aunque no menos difícil que la primera; menos interesante, porque era menos movida. Y después de hacer otras veinte figuras, se acabó el baile, y en su consecuencia, se empezaron á quitar los adornos y á despintarse.

El Gobernador les dió un rancho de arroz y gallo muerto y les repartió hojas de tabaco, todo lo cual tomaron con avidez, principalmente la piluma (reina), que sin duda por su mayor categoría se guardó en su maleta lo menos doce platos de

arroz y dos libras de tabaco en hoja, repitiéndose aquí aquello de «el que parte y reparte se guarda la mejor parte». ¡Oh debilidad humana, que en todo el universo mundo eres la misma! No recuerdo si te he hablado de la dichosa maleta, que aquí, como entre los igorotes, lo mismo á hombres que á mujeres, acompaña doquiera que van, desde que empiezan á mascar buyo, es decir, desde que sueltan la teta de la madre. La maleta es un cesto que hacen con hojas de coco (siempre el coco, porque aquí no hay otra cosa); cesto con dos asas que, al cogerlo por ellas, queda como un pequeño saco de noche. Dentro llevan el betel, el buyo, un canuto con la cal para espolvorear el buyo, un pedazo de lima ú otro pedazo cualquiera de hierro que hace oficio de eslabón, el pedernal y una mecha, hecha supongo yo también del pelo del bonote (corteza del coco, ¿te acuerdas?), y además el tabaco, con el cual se hacen un cigarrillo sumamente delgado; cigarrillo que encienden, chupan dos veces y al saco en seguida para cuando se ocurra. Lo notable es que encienden la mecha antes de liar el cigarrillo.

El buyo lo mascan constantemente y hacen lo que no he visto en Filipinas; y es que, después de haberlo mascado, lo echan fuera, vuelven á espolvorearlo con cal y vuelven á zambullirlo en aquella boca; asquerosidad insoportable.

La organización política de esta gente es por pueblos; cada pueblo tiene tres pilunes ó reyes, á los cuales nosotros designamos por primer pilun, segundo y tercero por orden jerárquico. Ignoro si esa dignidad es hereditaria, aunque tengo entendido que la del primero lo es. En cada pueblo hay lo que se llama una casa grande, bastante grande en realidad, donde deposita cada cual sus cosechas, sus conchas (que es un dinero, como en Marianas y en muchas islas del Archipiélago filipino, donde á estas conchitas-dinero llaman isigays), sin temor á que se las roben; siendo de advertir que en dichas casas no hay nadie durante el día. Por la noche se reúnen allí á cantar y á bailar los hombres solos, quiero decir, sin sus mujeres é hijas, que mujeres tienen cinco ó seis en cada casa grande para recreo de los infieles esposos, que van allí á variar. Estas mujeres, especie de prostitutas, son muy mal miradas por las otras y causa muchas veces de las guerras entre pueblo y pueblo;

pues aunque no roban efectos, lo que es mujeres lo hacen bastante amenudo; honor insigne de que no suelen disfrutar nuestras mujeres de Europa. ¡Cuántas renunciarían á la civilización á trueque de que las robaran de cuando en cuando! ¿Que va uno por un pueblo y ve una prójima en la casa grande que le gusta? Pues se amaña como puede y la roba, y en seguida guerra civil armada, que suele terminar con que el raptor da dinero, y en paz. Todos estos pueblos son dóciles, excepto uno al Norte de la isla, que no es muy manso; pero con el tiempo los misioneros lo catequizarán y los civilizaremos para costar mucho y no producir nada. Caracteriza muy bien nuestra política la frase de un alemán aquí establecido, Mr. O'Kaf: «Los españoles, cuando se mueran, irán al cielo descalzos»; lo cual quiere decir que civilizamos por honra, no por provecho. Cuando éramos ricos podía esto llamarse una virtud..... ahora, llamándolo una locura, me quedo corto. Trabajo te mando para descifrar esta carta; pero con la práctica que de traducirme tienes, no te será imposible, y te entretendrás un poco, que es lo que deseo, contándote estas curiosidades, tan incompletas que todavía me falta decirte que á las cuatro nos embarcamos, y con viento contrario, y bajando la marea, llegamos á bordo á embarcarnos á las nueve y media de la noche, después de haber estado expuestos á varar mil veces en los arrecifes de coral que tanto abundan en estos mares, donde hubiéramos pasado la noche á la luna de Carolinas, que, aunque muy hermosa, no es tan saludable como la de Valencia, sin contar el peligro de vernos visitados por algún monstruo marino, acabando nuestra función en tragedia.

JUAN AZNAR





PARALELO

ENTRE

LA POESÍA Y LA MÚSICA

EN SUS ORÍGENES Y ESTADO ACTUAL

CONCLUSIÓN (I)

VI

LA POESÍA EN LA HISTORIA GRIEGA

Juzguemos ahora la cuestión desde el campo de la Poesía. Alejo Pierron sostiene en su tratado de la Literatura Griega que el canto es contemporáneo de la palabra y de la aparición del hombre en el mundo.

Es cosa probada que los primeros poetas griegos, que fueron sacerdotes á la par, se llamaban *aedas*, ó cantores, y que la primera forma de la Poesía fué el himno ó canto religioso.

La mayor parte y los más antiguos de los citados *aedas* fueron naturales de la Tracia, y de aquella raza poética que, según el mismo Pierron, oía en los cantos del ruiseñor una madre que lloraba la pérdida de un hijo idolatrado, repitiendo:

(1) Véase la pág. 113 de este tomo.

¡Itys, Itys! constantemente; exclamación que nos da nueva prueba del tantas veces citado naturalismo.

Cuéntase entre estos *aedas*, que se han llamado Pierios, á Orfeo y Museo, y no se confunda este último con otro poeta homónimo, autor del poema *Hero y Leandro*, que vivió 1200 años, á lo menos, después de Homero, al cual fueron anteriores todos los *aedas*.

Otra raza de éstos fué la de los Eumolpidas (buenos cantores), familia sacerdotal, derivada de Eumolpo.

Sin embargo, los más notables, demiurgos, como les llama Homero, fueron los siguientes:

El *Lino* (Αλ Αλve), canto quejumbroso entonado en despedida de la estación de las flores.

Según unos, fué su inventor Lino, un apuesto doncel de origen divino, que fué despedazado por unos lobos en la Argolia, donde vivía como pastor. Otros dicen que nació de Apolo y una Musa, que venció á Hércules en la cítara y éste le dió muerte más tarde. De todos modos, conste que fué su género poético un canto que tenía algo de la vaguedad de la balada.

El *Pean* (παίον) es otro canto primitivo de los tiempos heroicos y antehoméricos de la Grecia. Es de índole contraria al anterior, pues es un himno primaveral. Calímaco dice: «La misma Tetis no exhala ya maternas quejas al eco de ¡ié Pean! ¡ié Pean!»

El *Himeneo* puede, por su asunto, compararse al moderno epitalamio, ya que es un género de canto poético dedicado á la celebración de las bodas. En la descripción que hace Homero, en el canto XVIII de su *Iliada*, del escudo de Aquiles, dice: «En una de las dos ciudades, había bodas y festines. Las novias salían de su hogar, acompañadas por la ciudad, á la luz de las antorchas. Sonaba un *himeneo*; jóvenes danzantes cantaban en coro y sonaban en el centro flautas y fornínges. Las dueñas miraban curiosas, en el dintel de sus puertas.»

El *Treno* (Θρήνος). Como dice muy bien el susodicho M. Pierron, la tristeza de la muerte debió de hacer honda mella en un pueblo como el helénico, joven, soñador y poeta por excelencia. Y nada, en verdad, tan sentido y plañidero como los *trenos* de los griegos, poesía propia de todos los países, pues es ex-

presión de un sentimiento universal; en Grecia, como en todas partes, dedicada á la memoria de un difunto. Este género fué quizá el precursor del Elegiaco.

Los *aedas* asistían á los funerales y entonaban alrededor del cadáver el treno. Las mujeres acompañaban su voz, con gritos y lamentos.

Posteriormente á estos *aedas*, que tenían todos un carácter marcadamente religioso, á lo último de los tiempos fabulosos y á raíz de la famosa guerra de Troya, se acentuaron ya un tanto los respectivos caracteres de la Música y de la Poesía, que, aunque continuaron juntas, iban, sin embargo, tomando condiciones y formas peculiares y diferenciales; al propio tiempo que se emancipaban de los templos y rebasaban el círculo religioso en que nacieron y dieron, digámoslo así, sus pasos primeros.

Nótase este hecho con la aparición de los *aedas* épicos, semejantes á los juglares de las edades medias y precursores inmediatos de Homero.

En las obras de éstos se observaron, empero, aún íntimamente unidas la Poesía y la Música.

De Fenio, uno de estos poetas, dícese en el canto I de la *Odisea*: «Para ellos, cantaba un esclarecido *aeda* y le escuchaban sentados y silenciosos. Cantaba la luctuosa vuelta de los Aqueos, cuando regresaron de Troya, arrostrando las iras de Palas Atenea.—El canto celestial llega al piso superior, al oído de la hija de Icarío, de la discreta Penélope, que baja la elevada escalera de su vivienda; en pos de ella van dos de sus doncellas.—Aproximada á sus dependientes, la mujer entre todas divina, se para en el umbral del recinto, con arte fabricado, y cubre el rostro con su luciente velo...—En seguida, bañada en llanto, llega al inspirado *aeda*: *Fenio, tú sabes otras muchas narraciones que pueden deleitar á los mortales; los hechos de los guerreros que encomian los aedas.—Canta alguno á tus oyentes y sorban el vino silenciosos, pero no prosigas este cantar nefasto que tortura mi corazón.*»

Dejaremos á un lado, y para ventilarlo allá en sus contien- das los paleólogos, los arqueólogos y demás anticuarios, si era ó no conocida la escritura en tiempo de los *aedas*; pero

cumple á nuestro propósito ratificar la idea de que, en la época fabulosa de Grecia, el canto fué el medio de transmisión de las composiciones poéticas primitivas, ó sea de los *aedas*.

Primeramente, éstos acompañaban sus cantos con los instrumentos que ya llevamos mencionados. Más tarde, no sucedió así, y vemos á los discípulos de aquéllos, á los que no ponían en la composición artística elemento alguno subjetivo, *zurcir*, *coser* unas á otras las composiciones de los *aedas* y hacer de ello profesión, dando así, y en la ocasión en que hablábamos en otro lugar, un paso bastante decisivo hacia la separación de las dos artes de que tratamos.

Fué esta escuela la de los *rápsodas* ó *costureros*, á quienes compara Sócrates con una serie de eslabones atraídos por la *piedra heraclesa* (imán), que les ha comunicado al propio tiempo su fuerza magnética. El autor atrae á los *rápsodas* por medio del entusiasmo, y el oyente es el último eslabón de la cadena.

Tras los primitivos *cantores* vino Homero, el gran padre de la Epopeya, y con él surge decididamente de las tinieblas de la antigüedad la Poesía, con todo su esplendor y sus caracteres propios.

No intentaremos proseguir nuestro estudio. Creemos que lo dicho basta para fundamentar nuestras aseveraciones, y fuera, seguir adelante, engolfarnos, á la par que en tarea superior á nuestro valimiento, en la plenitud de los tiempos históricos, en los cuales nada hallaríamos terminante, á nuestro propósito.

Sólo, sí, haremos notar á nuestros lectores que, á pesar del nacimiento de otros géneros de poesía distintos del lírico, manifestado especialmente por la oda, cuyo nombre se formó del verbo *aedo* (cantar), se dividieron en cantos las obras épicas, y se ha llamado á una de las especies dramáticas *canto de aldeia*, mientras que modernamente se componen poemas sinfónicos, baladas musicales, etc., etc.

VII

LA POESÍA Y LA MÚSICA MODERNAS, CONSIDERADAS EN
SÍ MISMAS

Hecho el paralelo histórico entre estas dos artes, fáltanos, como coronamiento de nuestra empresa, parangonarlas desde los puntos de vista de su naturaleza respectiva y de sus efectos ó esfera de acción; punto este último que ha de probarnos la superioridad de la Poesía sobre las demás bellas artes.

En sí mismas consideradas, la Poesía y la Música, hemos visto que se distinguen en su actual estado por sus distintos medios, ó sea por valerse la Poesía de formas acústicas articuladas, de valor en gran parte significativo, en tanto que emplea la Música las formas acústicas tonalizadas, de valor en gran parte natural.

De dos modos se usa en la primera de las formas acústicas, articuladas: en prosa y en verso. En el primer caso, sométense á diversas reglas gramaticales y retóricas, que fuera prolijo y ajeno del caso enumerar. En el segundo, se sujeta el lenguaje á combinaciones, llamadas métricas, compuestas de versos de igual ó semejante terminación (rima perfecta é imperfecta), de igual número de sílabas, acentuadas y separadas regularmente por pausas ó cesuras.

En el primer caso, la diferencia entre la Poesía y la Música atendiendo á su medio, es capital, y su relación, la remota que hoy existe entre el lenguaje y la armonía en sentido musical.

Sus analogías son las naturales del tono, el timbre, la duración y el acento.

En el segundo caso, la relación entre las dos artes se estrecha y son más notables las analogías. No obstante, diferénciase la Poesía, así en prosa como en verso, de la Música, en que el movimiento de ésta es perfectamente regular y en que uno

de sus elementos es la melodía, que consiste en una diversidad y simultaneidad de tonos, de que carece la primera.

Además, el ritmo de la Música es incomparablemente rico y de una variedad asombrosa, como lo prueba el diferente valor de las notas en las partes del compás, y que pueden llegar á una división y fraccionamiento imposibles en las sílabas.

No obstante esta diversidad de tonos, melodías, armonías y ritmos, la Música requiere una unidad dominante, y lo propio sucede en la Poesía, que reflejando en su medio, ó sea en el lenguaje, la unidad de pensamiento y de sentimiento, forma el estilo y la armonía de la elocución.

VIII

ESFERA DE ACCIÓN Y EFECTOS DE LA MÚSICA MODERNA

No cabe dudar de que son las artes acústicas más expresivas y de más vasto campo que las ópticas, las cuales deben concretarse á realizar combinaciones de actitudes y de acciones que más se dirigen á la fantasía que á la sensibilidad.

La Música es, como la Poesía, la expresión del sentimiento, pero no tiene, según se verá, ni la precisión ni la energía de la última.

En lo tocante al orden físico-sensible ha querido hacerse modernamente á la música imitativa.

Á dos órdenes de objetos puede dirigirse esta imitación: á los acústicos y á los ópticos.

Á la imitación de los sonidos naturales llegó la Música sin grave esfuerzo, y este hecho corrobora nuevamente que de esta imitación nació.

No ha sucedido, empero, lo propio en cuanto á imitar los objetos ópticos, como se ha pretendido, valiéndose de la relación que pueda caber entre la mayor ó menor intensidad de los sonidos y el tono de los diferentes colores.

La facultad expresiva de la Música es, de todos modos, muy vaga, tanto con relación á los sentimientos como á las sensaciones.

Sus efectos no son otros que los de las expresiones naturales.

Si percibimos los ecos de una conversación lejana, comprenderemos por los diferentes tonos de los interlocutores si altercan, suplican ó amenazan, es decir, los modos generales de sus sentimientos.

Hemos puesto precisamente este ejemplo para evidenciar nuevamente la coincidencia de los efectos de la Música y del lenguaje como sonido.

En el órden sensible, hemos dicho que en la imitación de los objetos acústicos es cuando alcanza la Música más expresión, y sin embargo, difícilmente comprenderá el oyente, si se imita en un pasaje musical el bullicio de una cascada ó el eco de una tempestad.

En la vaguedad de la imitación musical de los objetos ópticos, nos creemos ya relevados de insistir.

Tampoco juzgamos necesario probar á los lectores la impotencia de la Música para la manifestación de las bellezas morales é intelectuales, por la suma evidencia del hecho.

IX

ESFERA DE ACCIÓN Y EFECTOS DE LA POESÍA MODERNA

Conocidos los caracteres y cualidades del lenguaje, medio de la Poesía, poco esfuerzo es necesario para llegar á deducir, que ésta produce en el hombre efectos naturales y simbólicos con una energía y precisión incomparables.

El lenguaje no sólo es la expresión, sino también la fiel y exacta traducción de nuestros juicios, así como de todas cuantas modificaciones puede sufrir nuestro espíritu.

Por esto han afirmado algunos tratadistas que también es la Poesía, atendiendo á su medio, la traducción de todas las demás artes, ya que alcanza los efectos que aquéllas logran.

Estos los extiende la Poesía, tanto al orden físico como al moral y al intelectual, por medio de sus diferentes géneros, determinados en cierto modo por la preponderancia en cada uno de ellos, de distintas cualidades del lenguaje.

Estos diferentes géneros poéticos, por lo mismo que son de común linaje, aunque diversos, nunca pueden presentarse con diferencias definitivamente características. Por lo tanto, una obra poética, sea cual fuere su especie, despierta en el hombre todo cuanto en él existe de sensible, de inteligente y de moral.

Débase gran parte de esta energía de expresión á las *figuras* del lenguaje.

Sin tener en cuenta sus elementos musicales, la Poesía logra muchos de los efectos de la Música, con el auxilio de *figuras de dicción*.

En cambio, las *figuras de pensamiento pintorescas*, las *imágenes* poéticas y muchas de las *figuras trópicas*, que, con la asociación de ideas, excitan grandemente la imaginación, permiten á la Poesía llegar á los efectos de las artes ópticas ó plásticas y esto aun sin atender á las llamadas *imágenes simples*, resultado del carácter significativo del lenguaje actual, que asocia necesariamente á cada vocablo la idea que representa.

Las ya citadas *figuras trópicas* y las de pensamiento *lógicas* y *patéticas*, dirígnese, por otra parte, rectas á la inteligencia y á la voluntad, logrando efectos directos, imposibles á las demás artes, que han menester de la mediación de la fantasía, la cual es su objetivo próximo.

Estos mencionados efectos de la Poesía son aún más enérgicos, directos é inmediatos, como hemos expuesto, en cada uno de los diversos géneros poéticos, aisladamente.

El lírico estereotipa nuestros sentimientos y concepciones intelectuales, y el épico y el dramático son respectivamente la epopeya y la patentización práctica de la voluntad, de la moral y de los actos humanos.

Donde más se observa la mayor esfera de acción de la Poesía, comparada con las demás bellas artes, es en el género didáctico, cuyos resultados nunca podrán éstas lograr, y que ha llegado á confundir en tiempos y países determinados el poeta con el legislador y el moralista.

FRANCISCO JAVIER GARRIGA





EL REGIMEN PARLAMENTARIO

Y

EL SUFRAGIO UNIVERSAL

Continuación (1)

De la ruina de nuestras clases medias y predominio de la democracia

Si en nuestras sociedades, ya democratizadas en su estado social, se impone irresistiblemente la constitución democrática del Estado.

Las clases medias, enriquecidas por la desamortización y vinculadas por ella como elemento político preponderante dentro del régimen parlamentario, aparecen ahora amenazadas del desposeimiento total de sus rentas.

De cómo el Estado, además, por medio de las leyes y servicios oficiales de enseñanza, destruye los privilegios profesionales de las clases medias.

La depreciación del numerario, la baja del interés del capital y las sociedades anónimas resultan también agentes económicos que hoy aceleran la ruina de las clases medias.

Que la universalización del sufragio es síntoma decisivo de que las clases medias abdican al fin la supremacía que ejercieron hasta aquí dentro del régimen parlamentario.

Del propio modo que para cambiar ó mejorar el curso de la vida en la existencia humana son vanas y estériles las recriminaciones ó lamentos contra los inconvenientes y achaques de la edad, de nada sirven tampoco las críticas y con-

(1) Véase la pág. 123 de este tomo.

denaciones lanzadas contra cualquier forma de gobierno que se imponga á las naciones como consecuencia de su estado social y trámite natural de la existencia. Por aciagos que sean los inconvenientes de la democracia y aun cuando resultaran todavía más desastrosos sus efectos en el organismo social, fuera gran insensatez imaginar hoy como posible, no ya sólo su desaparición, sino ni aun siquiera el impedir que influya como factor muy principal en la organización del Estado. Tiempo hace que las naciones europeas constituyen sociedades democráticas en su orden civil y el comercio ordinario de la vida; pero además caminan ahora con vertiginoso impulso á tomar también una organización política democrática. La democracia se nos impone hoy como incontrastable fuerza y realidad social, á todos nos arrastra á modo de impetuosa y desbordada corriente que difícilmente podremos encauzar y que habrá de llevarnos á regiones desconocidas. Con efecto, la gigantesca descomposición social que está produciéndose en torno nuestro y las formidables catástrofes económicas que asoman por el horizonte parecen anunciarnos que estamos en los albores de una de las más profundas y transcendentales mudanzas que conocieron las sociedades humanas, mudanza cuyos principales factores se manifiestan ahora conjurados para producir, en primer término, por medio de la evolución pacífica ó de revoluciones brutales, la total ruina de las clases medias y el predominio avasallador de las democracias.

Hasta aquí la destrucción revolucionaria se había limitado á eliminar ó mutilar en el organismo tradicional de nuestras naciones aquellos elementos que por espacio de largos siglos fueron sus principales fuerzas directoras. Los cataclismos políticos arrancaron tan de raíz en el solar europeo los antiguos señoríos, que hoy, en la mayor parte de nuestras naciones, aquellos escombros de las instituciones seculares ni aun siquiera parecen materiales aprovechables para nuevas construcciones: los que no fueron ya barridos del todo por el huracán revolucionario, parecen sobre nuestro suelo cadáveres insepultos, que sólo sirven para inficionar el ambiente social. Eliminadas las aristocracias antiguas, en su lugar las

clases medias ocuparon los puestos de gobierno. El parlamentarismo, que para tantos fué ruina y desventura, fué, por el contrario, ventura para las clases medias durante todo el presente siglo. Estas clases encontraron en la revolución opimas especulaciones con que negociar su encumbramiento y satisfacer las concupiscencias de fortuna y vanidad. Mediante las convulsiones políticas y el parlamentarismo, los más inteligentes, ambiciosos y audaces asaltaron los altos puestos de gobierno, mientras que la masa inerte y de más cortos vuelos, compuesta de capitalistas, banqueros, industriales y comerciantes, halló amplios caminos de enriquecimiento é influencia en los traspasos de dominio de las desamortizaciones civiles y eclesiásticas, en el tráfico de los nuevos valores públicos y demás factores económicos de la organización moderna. Indiferentes ante el despojo ajeno, y descubriendo con albricias las facilidades de las nuevas artes de hacer fortuna y tomar posturas señoriales, en cada ocasión en que algún estremecimiento revolucionario les descubría nuevos veneros de riqueza, razonaban alegremente el caso como el idiota aquel que, despeñado de lo alto, al sentir la blandura y caricia de los aires, pedía con voces alegres que aquello durara. Mas á su vez sobre las clases medias se levanta ahora formidable amenaza de ruina. Las mismas instituciones que asentaron la supremacía mesocrática se van transformando en máquinas de su propia destrucción; y para más rápido y violento desquiciamiento, contra ellas se conjuran además los factores y elementos nuevos que la revolución económica arroja en medio de las sociedades contemporáneas, cual fuerzas colosales jamás conocidas en el mundo.

La clase media había afianzado su dominación en nuevas formas del derecho de propiedad; había constituido sus principales asientos de riqueza en el traspaso de dominio de aquellas enormes masas de bienes territoriales que las leyes desamortizadoras trajeron á sus manos á modo de donaciones enriqueñas otorgadas por la revolución, á fin de vincular á su causa toda la existencia de esta clase, que era á la

sazón la más poderosa del Estado. Cubriendo en la generalidad de los casos el precio de estas adquisiciones con una parte mínima de la renta de los primeros años, la clase media se improvisó entonces señora de grandes patrimonios; y desenvolvió luego poderío todavía más incontrastable cuando, con el desarrollo económico, estos estados de hacienda acrecentaron vertiginosamente su valor. Pero de pronto, por efecto de la propia evolución económica, los mismos factores que fueron causa del rápido acrecentamiento de las rentas territoriales, amenazan convertirse ahora en agentes de su destrucción. La agricultura de las naciones civilizadas se ha encontrado frente á frente de la terrible competencia de los continentes vírgenes; y así como en la industria manufacturera los pueblos en la infancia no pueden competir con las naciones de más adelantada cultura, así también en la producción agrícola todo, por el contrario, se combina para que las viejas sociedades sucumban necesariamente delante de los pueblos nuevos. De aquí que, cualesquiera que sean los remedios que se apliquen para conjurar nuestra ruina agraria, en definitiva, más tarde ó más temprano, esta crisis sólo puede tener una solución, y es la de que desaparezca la masa principal de los que en nuestra economía rural figuran como simples rentistas. Poco se podrá cercenar ya en el salario del proletariado agrícola; antes que trabajar á menor precio, desertará de los campos. Sobre el propietario rentista, es decir, sobre la cuantía del censo que anualmente percibe de la tierra, tendrá que recaer forzosamente el mayor quebranto para que el coste de la producción se nivele con el precio ruinoso que el mercado impone á los frutos de la tierra, nivelación que habrá de hacerse sin remedio aun cuando para ello se hubiera de sacrificar toda la renta. Y si el rentista arruinado abandona ó malvende su dominio, vendrá á sustituirlo otro nuevo propietario, quizás sus propios colonos, que por lo mismo que adquirieron la tierra sin precio, y no les abruma ya el censo de la renta, podrán continuar el cultivo con la baratura que imponga el nuevo nivel económico. De suerte que las clases medias, enriquecidas por la desamortización, y por ella vinculadas á nuestro suelo como

elemento político preponderante dentro del régimen parlamentario, aparecen ahora condenadas al desposeimiento de sus rentas por la evolución económica que se inicia en la evolución agrícola.

De otro asiento principal de influencia dispusieron también hasta aquí las clases medias. Aun bajo la dominación de las aristocracias más prepotentes, el monopolio de la instrucción afianzaba al hijo de la clase media privilegios de verdadera supremacía en los beneficios de las carreras liberales, en las funciones del gobierno, en los empleos de las empresas particulares, en la industria y hasta en el comercio. Pero ahora el Estado, derramando gratuitamente la enseñanza primaria y la profesional, funciona en el seno de las sociedades contemporáneas como terrible agente desorganizador de las clases medias y como la máquina más potente para arrebatarse todos los privilegios de la instrucción. Estimula la desertión de los oficios, acumulando, en cambio, pretendientes sin empleo en las profesiones intelectuales. Así nos envuelve una depreciación gigantesca y aterradora de todo servicio intelectual, mientras que, en razón inversa de la rebaja de los sueldos y beneficios profesionales, se manifiesta con proporciones inversas el fenómeno social de la elevación de los salarios. Contraste que si, como todo parece indicarlo, prosigue en desarrollo, bastará para convertir á la clase media en el más miserable de los proletariados. Porque, ó estos enjambres de médicos y abogados han de tener enfermos que curar y pleitos que defender, lo que supondría harta plaga y mala ventura, ó ellos se han de morir de hambre por haberles sacado de la llaneza el diploma, y no poder satisfacer á su ambición, con la cual rara ó ninguna vez se cumple que no sea en perjuicio de tercero.

Esta pérdida de su principal monopolio se agrava además en términos pavorosos para las clases medias por combinarse actualmente con un factor económico de tanta trascendencia como lo es el de la depreciación de la moneda. Propietarios y colonos, capitalistas y rentistas, industriales y

obreros, empleados y agentes de las profesiones liberales, jerárquicamente clasificados por la tradición y la equidad secular de las necesidades sociales, se distribuían por medio del numerario en proporciones diversas los beneficios de la fortuna nacional. Pero desde el momento en que con la depreciación monetaria, originada por causas económicas incontrastables, el dinero pierde su fuerza mercantil de adquisición, aparece desquiciada la condición de cuantos perciben en metálico su participación en el haber social, y las relaciones de la vida económica tienen que ajustarse sobre nuevas bases. Basta tener en cuenta la enorme depreciación que en breve tiempo se ha acentuado en el numerario, y continúa en aumento, principalmente sobre la plata, para formar alguna idea de las repercusiones que este fenómeno produce en toda la vida económica. Las consecuencias más inmediatas de esto han sido que el Estado tuviera que recargar las cifras de su presupuesto; y el coste general de la vida ha debido elevarse también á mayor cifra de metálico, por el mero hecho de que este signo de la riqueza representaba menor valor. Ninguna otra causa ha contribuído tanto como ésta al aumento del salario del jornalero, que en la generalidad de los oficios subió rápidamente un 80 por 100. Pero si el obrero pudo compensar en parte este quebranto con la subida de su salario, las profesiones liberales, por el contrario, salvo muy contada excepción, lejos de haber conseguido aumento en sus retribuciones, ven su honorario deprimido y menospreciados sus servicios intelectuales en razón á los ejércitos de pretendientes necesitados que asaltan todas las carreras.

Será innecesario añadir á esto nuevas consideraciones acerca de otro factor económico que guarda gran analogía e íntima conexión con el menosprecio de los metales preciosos, y que también contribuye enérgicamente á acelerar la ruina de las clases medias. Nos referimos á la baja constante y progresiva del interés del capital, que camina á nivelarse por las viejas sociedades europeas, á los tipos del 2 ó del 1 por 100 que ha alcanzado ya en alguna nación de privilegiado desarrollo económico. Esta baja del interés, po-

drá en definitiva contribuir en algo á la mejora de condición del proletariado, porque la depreciación del capital acrecentará los salarios; podrá hacer también más inexpugnable, excepcional y privilegiada la posesión de los grandes patrimonios; pero su efecto más seguro y positivo tiene que traducirse en dificultar los medios de ahorro de las clases medias, y en un desposeimiento más ó menos gradual pero seguro de las ventajas que disfrutaban sus rentistas.

Por último, fuera de las profesiones liberales, la industria y el comercio y todo género de especulación sobre la riqueza móvil, ofrecían á los hijos de las clases medias caminos de enriquecimiento que si sólo los encumbraban excepcionalmente á gran fortuna, les proporcionaban por lo general modesto y desahogado bienestar que les permitía lentas acumulaciones de ahorro, base fecunda de la riqueza pública. Pero también la evolución económica, después de haber mermado por la competencia individual estos provechos del industrial y del comerciante, levanta ahora formidables rivales contra su tráfico aislado. La sociedad anónima acaparando en especulaciones colosales los servicios de todos los ramos de la vida, destruye á los factores intermediarios, centraliza y burocratiza á la sociedad entera con organismos tan potentes y á las veces más amplios que los de la burocracia administrativa del cuerpo político, de modo que todos los intereses y todas las fortunas y aun la independencia personal, vienen á quedar sometidos á discreción de los potentados de la riqueza que gobiernan las grandes compañías. Así sobre los organismos de la sociedad anónima, se levanta para todos los tráficos y explotaciones la extraña plutocracia que extiende su dominación sobre los pueblos á manera de un nuevo feudalismo comercial é industrial. Unas veces constituyen grandes bancos que desbaratan la especulación de los pequeños banqueros, ó grandes almacenes que arruinan á la clase media comercial; otras se conciertan para la gran especulación de la riqueza móvil; otras, en fin, organizan poderosas compañías de arrastres, que desplegando medios de acción irresistibles, con sólo poner en juego sus tarifas diferenciales, pueden levantar ó deprimir á capricho

todo ramo de producción, abrir ó cerrar corrientes mercantiles, encumbrar en la opulencia al industrial á quien otorguen sus favores, y precipitar en irremisible ruina á sus rivales. Pero bajo una ú otra forma, y persiguiendo en sus empresas los fines más diversos, la sociedad anónima resulta de todas suertes un agente nivelador de las clases medias con el proletariado, mientras que levanta, en cambio, á la más extremada opulencia á los potentados que disponiendo de medios de información inaccesibles al público, pueden sin riesgos llevar sus capitales por entre el tráfico de los negocios y de los valores revueltos en alza ó baja á discreción de los dioses Mercurios que monopolizan la contratación bursátil. La sociedad anónima ha puesto, en efecto, en manos de unos pocos personajes que la monopolizan toda suerte de facilidades para enriquecerse á expensas del público y endosarle sus malos negocios personales. Con la sociedad anónima desenvuelven ellos misteriosas estrategias financieras, mediante las cuales se acumulan en breves instantes fortunas colosales y zozobran miserablemente millares de patrimonios reunidos á costa de largos años de ímproba labor y economía. Con la sociedad anónima, en fin, surge, como en su natural elemento, esa aristocracia en cuyas manos omnipotentes descansa el supremo arbitrio para la dirección de los intereses materiales. Aristocracia cosmopolita, hasta hoy desconocida en la historia; clase directora sin vínculos permanentes de arraigo con la sociedad en que vive, dedicada sin sentimientos patrios, sin responsabilidades ni funciones en el Estado, al agio de la fortuna nacional; transfiriendo indiferente según la conveniencia del momento de unas á otras fronteras todo el peso de su crédito, influencia y riqueza; sin embargo, con medios de acción jamás igualados en poderío, dispone en cada nación del crédito público, de la hacienda del Estado y del patrimonio ahorrado por las demás clases. Por medio de participaciones en sindicatos, préstamos, hipotecas, emisiones, primas y sueldos, tendiendo sus redadas de alza y baja de los valores, influye como soberana en los destinos de las naciones, y se impone de tal manera á los gobernantes, que no existe hoy parlamento en el mundo en el cual una tercera

parte, quizás la mitad de sus miembros, y por de contado la casi totalidad de las eminencias más influyentes, no figure como clientela de estos monstruos del capital, señores de las grandes compañías.

Pero fuera al propio tiempo insigne aberración rebelarse contra estos hechos y aun condenarlos, sin las salvedades debidas, como confabulaciones inmorales del agio y de la política. Han surgido en las sociedades cual necesaria consecuencia del estado social y económico; instrumentos de grandeza ó de ruina y estafa, según se empleen, con ellos tiene que vivir hoy toda nación que no quiera perecer. Lo que ante todo conviene es depurarlos en lo posible de elementos de corrupción, y nacionalizar los inmensos capitales que ponen en movimiento. Y para tal empeño, lejos de buscar que la influencia del político quede eliminada de estos centros económicos, nada, por el contrario, puede ser tan eficaz y provechoso como el que en ellos se hermanen la dirección financiera y la dirección política, y aun, á ser posible, que el estadista lleve allí también su primacía. Mas de todas suertes, cualquiera que sea el criterio con que se considere á estos factores económicos de la sociedad contemporánea, lo que por de pronto resulta incuestionable es que constituyen máquinas potentes para concentrar grandes fortunas junto á grandes indigencias, á la par que crean una situación más precaria para las clases medias. Bajo su influencia, la clase media, entretanto, ó se confunde del todo con el proletariado, ó queda reducida á servidumbre sometida y encerrada y asalariada en oficinas. La sociedad anónima le va cerrando hasta los más modestos caminos de la fortuna, y puesta en condiciones cada vez más difíciles, si no de todo punto imposibles para conservar la adquirida, se ve precipitada hacia una condición social en la cual los pobres sean más numerosos y de más irredimible pobreza, y los ricos menos en número, pero más ricos y omnipotentes.

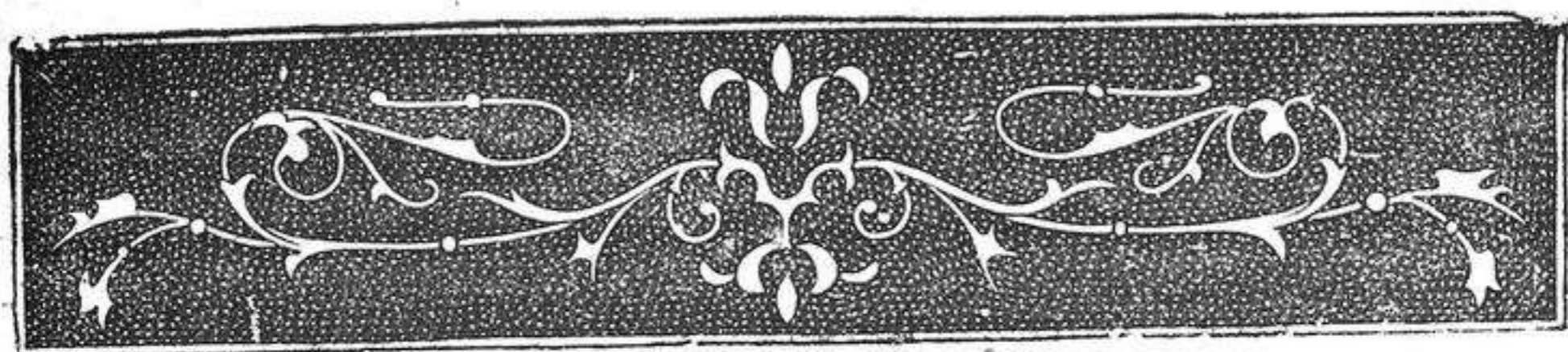
Quedábales finalmente á las clases medias la ocupación de la fortaleza parlamentaria como supremo baluarte de defensa. Desde estas trincheras, una clase de sibaritas, carac-

teres sin entereza, afeminados y corrompidos por los goces de la existencia y la relajación de las costumbres, podía rechazar todavía los asaltos de la fuerza y aun tratar á las naciones á modo de pueblos explotados por una raza conquistadora. Había murallas para que los vicios cobardes pudieran contener á los vicios feroces, y para que la clase afeminada se resguardara de una lucha cuerpo á cuerpo con las pasiones enérgicas y brutales de las muchedumbres. Mas con la extensión del sufragio las mismas clases medias han abierto la brecha en su alcázar. Sin duda por instinto de la propia flaqueza, ante el crecimiento de la corriente democrática, y temerosas de que rompan todas las presas y diques legales, consideran que es más conveniente abrir cuanto antes ancho cauce á estas aguas, que dejarlas correr desbordadas como torrente asolador. Pero, de todos modos, la proclamación del sufragio universal equivale á la partida de defunción de la mesocracia.

JOAQUÍN S. DE TOCA

(Continuará)





REVISTA DE TEATROS

Por donde quiera que fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
á la justicia burlé
y á las mujeres vendí.

(DON JUAN TENORIO, *acto 1.º, escena 12.*)



ON solo fijarse, siquiera sea levemente, en la cita con que comienza hoy nuestra Revista, habrán comprendido nuestros lectores que *Don Juan Tenorio* va á ocupar en ella el lugar preferente, no sólo porque así lo exige la época, ó por mejor decir, el momento dramático actual, sino porque, á falta de otro asunto de más importancia, éste siempre la tiene, si no perdemos «de vista» el entusiasmo que siempre acompaña á tan enamorado doncel cuando en Noviembre de cada año reaparece en todos los teatros de la Península.

Poco ó nada se puede añadir á lo que con referencia á tan fantástico personaje se ha dicho desde Tirso, que le engendrò, hasta Junqueiro, que ha pretendido transformarle en un bohemio de estos tiempos; pero no sabemos qué tiene el *Don Juan*, que siempre se presta á consideraciones más ó menos filosóficas, que no carecen, sin embargo, de razón y están basadas en motivos que justifican la predilección de que es objeto.

Ya hemos dicho, en otras ocasiones no lejanas, que el tipo del *Don Juan* era eminentemente español, y que resumía no sólo una época determinada de nuestra historia, sino que expresaba un carácter, ó si se quiere, un tipo genuinamente nacional, en el que se han estrellado todos los escritores nacionales y extranjeros antiguos y modernos que han pretendido desnaturalizarle; empresa vana que acometieron infructuosamente Villers, Dorimond, Rossimond, Molière, Goldoni, Byron, Dumas, Campoamor, Hurtado y cuantos han pretendido que el héroe de Tirso, Cervantes, Zamora y Zorrilla fuese el Señor de Albarrán de Granada, ni el Conde de Marana, ni el Juan Salar de Díaz del Castillo, ni el Juan de Salamanca del historiador Gomara, ni ninguno de los muchos Juanes á los que, según el señor Picatoste, cuya obra hemos consultado, han pensado compararle. No; el *Don Juan Tenorio* que excita la admiración y le el entusiasmo de todas las clases y que se presenta erguido y provocador ante el inmenso público que anualmente le celebra y ensalza, es hijo de la época en que el valor, la galantería y cierta irreligiosidad, que no traspasa los límites de la incredulidad, era su condición inherente. *Don Juan* es valiente, porque el valor era el carácter distintivo de aquélla, en la que aún se escuchaban aquellas frases características del Cid:

Con quince lidié en Zamora,
y á los quince los vencí.

Es galante, porque el amor constituía el elemento primordial de aquella raza, que lo mismo blandía una lanza contra el moro que asestaba un golpe de maza sobre el caballero que entraba en la liza amorosa llevando en su escudo por lema: «Por mi Rey y por mi dama.» Era irreligioso, porque el valor entonces tendía á creer en Dios, en los premios y castigos de la otra vida, en mirarlos frente á frente, con respeto y sin temor; en creer en lo sobrenatural, afrontarlo sin espanto y luchar contra lo que se creía, sin que el miedo invadiera el alma, y sin que los trasgos y fantasmas, instrumentos creados por una religión fanática, era, como dice el escritor antes citado, dentro de la conciencia un arma, y dentro de la vida una lucha; sin que amenguaran su arrojo, ni humillasen

su arrogancia. Eran irrespetuosos, porque en aquella etapa de nuestra nación y de la Europa entera se respetaba al Rey en tanto que éste respetaba sus fueros, y por el mismo camino que iban á la infidelidad, caminaban á la transgresión del deber, y con la misma facilidad que convertían al Rey en un ídolo, le destronaban en estatua, y poca distancia mediaba en rendir culto de santidad al Papa, como saquearle el palacio y arrojarle de sus lares, uniendo en un mismo centro á los Guzmanes con los Haros y los Enriques de Castilla.

Estos eran los hombres de aquella época, y de ellos nacieron los Tenorios, á los que, tanto en la leyenda como en el drama, dieron vida todos los poetas y dramaturgos desde Lope hasta Zorrilla, desenvueltos en todas las comedias que brotaron de su fecunda pluma, y llevarán el sello de aquella raza, que á más de los caracteres enunciados y que les eran peculiares y propios, el distinguirse por la idea heterogénea y absurda que del honor se habían formado, del que hacían un arma poderosa, que tan pronto dirigían en defensa de la ley, de la virtud y de la patria, como la asestaban al corazón del deber, de la hidalguía y del heroísmo, que caía sin vida á los pies de sus desafueros y traiciones.

Con tan marcadas tintas han llegado hasta nosotros, y si no olvidamos que el carácter distintivo de una nación, como hemos dicho otras veces, podrá modificarse con el transcurso del tiempo, pero sus gérmenes y sus raíces no se desarraigan mientras el mundo permanezca y las generaciones se sucedan, tendremos la razón clara y evidente de por qué impresiona tan vivamente, y del mismo modo hoy como ayer y ayer como hoy, el legendario personaje que cupo en la rica fantasía de Lope, Calderón, Tirso, Moreto, Espronceda, Campoamor, Hurtado y Zorrilla, que sin darse cuenta, y sobre todo el ilustre vate vallisoletano, de ese germen á que antes nos referíamos, y combinando, ó por mejor decir, adaptando sin poderlo evitar su carácter al de la época, convirtió el célebre *Burlador*, de Tirso, en un ser tan inverosímil como monstruoso, síntesis y compendio de todo cuanto la literatura extranjera ha escrito, lo que ha dado pie para que el público, que, en su indómita imaginación, ve siempre lo que quiere ver,

vea en un Don Juan una mixtificación clara á sus ojos del galante actor de aquellos tiempos, y el Tenorio de hoy, con todos sus defectos y exageraciones, y al repetir la cita que hacemos en los comienzos de este artículo, se fije y advierta que hoy no se da un paso en cualquiera de las esferas sociales en que no se vivifique lo que reza la décima de nuestra referencia, lo que, si bien constituye el fiel retrato del afortunado competidor de Mejía, es también una pintura, si no exacta, aproximada por lo menos de nuestra época, exactitud ó semejanza que no comprobamos, no sólo por el temor natural de inmiscuir en un artículo esencialmente de crítica teatral reminiscencias político-sociales ajenas al asunto, sino porque si resultaban las tintas demasiado recargadas, ya por su paridad, ya por su exageración, nos expondríamos á pasar por extremadamente pesimistas ó exageradamente duros.

El lector podrá hacer la comparación á su antojo, y según su criterio, y á la vez caerá en la cuenta que, así como el autor y el público al ocuparse del *Don Juan Tenorio* no han podido prescindir de la manera de verle y retratarle, el actor cae en el mismo defecto al interpretarle, y de esto diremos algo antes de ocuparnos de los estrenos de la semana.

Muchas son las dificultades que se oponen y con que lucha el actor para cumplir su misión en la escena, y éstas constituyen verdaderamente el arte, ó sea el conjunto de reglas que dirigen el entendimiento para llegar al perfecto conocimiento de la verdad, dejando al crítico la razón de las mismas, que son la base constitutiva de la ciencia.

No expresa el actor un momento determinado de la vida, sino que, siguiendo las huellas que el autor marca, se identifica con el personaje que representa, amoldando á sus condiciones genuinas y especial carácter el suyo, del que he de hacer completa abstracción, sometiendo la imaginación y el sentimiento á tan difícil labor, porque los preceptos de la lógica y de la estética son dos fuertes baluartes que le encierran y le dominan hasta el punto de que el desposeimiento de sus afectos y de sus pasiones sea imprescindible para lograr que su ser se funda en otro ser, ya contemporáneo, ya histórico, y de esta mediata unión resulte el personaje que interpreta con

los mismos colores y la misma verdad que constituye su esencia, para que de este modo se establezca entre él y el espectador una corriente magnética que los una de un modo imaginativo y sensible.

Si esto es difícil en los dramas de perfecta forma y artística factura, es casi imposible en los que no reúnen estos requisitos, y que por lo mismo tienen ser y vida, gracias al actor que los creó, y que, como éste, al desaparecer deja escasas huellas que se pierden á través de las generaciones que se suceden; resulta que cada actor, llevado de las corrientes de la época, que son las mismas que envuelven al público, éste y aquél se adaptan, y el personaje cambia de aspecto y pierde su primitiva forma y carácter.

Esto ha sucedido con el Tenorio, que siendo, como hemos dicho, una síntesis de todos los Tenorios conocidos, ó por mejor decir, escritos ó presentados en la escena, carece de fijeza, y cada actor le interpreta según su criterio, que no siempre se armoniza con el de la época en que se desarrolla la acción, advirtiéndose en unos excesiva fuerza de pulmones y en otros marcada indiferencia ó frialdad; defecto característico que hace tiempo se viene observando en las representaciones de tan popular drama, y sensible desigualdad que este año, como en los anteriores, hemos advertido en los señores Vico, Mata, González y otros que le han interpretado en los teatros Español, Comedia, Príncipe Alfonso, Price y Martín, notándose el inmenso vacío que en este drama, como en todos los comprendidos en el género histórico, ha dejado el inolvidable Calvo, que sabía decir los pensamientos propios de aquellas épocas, que él como ningún contemporáneo ha sabido sentir y expresar.

*
* *

La vuelta al mundo, en Price, desfigurado por completo; *La farsa de amor*, no muy aceptable, estrenada en la Comedia; *El verdadero zaragozano*, que escribió Gascón, estrenó Lara y miró con indiferencia el público, y *Los presupuestos*, que siguieron el mismo camino, reasumen las novedades de la quincena, en cuanto á estrenos, constituyendo lo más digno de llamar la atención de nuestros lectores la función que en el

teatro Español se verificó en honor de Calvo, y la apertura del regio coliseo.

Del primero poco diremos, no por escasez de ideas, sino por faltarnos palabras que expresen ese sentimiento sincero, desinteresado y grande, que suspende el ánimo y deja que la imaginación corra, divagando entre diversos afectos, que hicieron brotar sus raíces en la infancia y fueron creciendo y desarrollándose al calor de una amistad pura, que deja imperecederas huellas cuando el ser querido deja un vacío en el alma, que apenas puede llenar ese recuerdo eterno, que muere cuando el hombre abandona este caduco y reducido espacio para cumplir el fin escrito en las primeras páginas de su existencia.

Nacer y morir, ésa es la ley de todos los mortales y escrita con caracteres indelebles apareció anoche en el escenario del Teatro Español, donde vivía la muerte, enmedio de atronadores aplausos, expresión fiel del pesar y de la admiración de cuantos ocupaban aquél, que era reducido espacio, que difícilmente contenía desde la egregia dama que regenta el trono de los Alfonsos hasta el más humilde literato.

Cuando el Sr. Echegaray terminó su discurso, la pena y el entusiasmo se pintó en todos los semblantes, y desde aquel templo del arte se elevó un recuerdo á la mansión de la verdad.

*
* *

Suprimiendo enfadosos ditirambos, diremos que el regio coliseo inauguró sus tareas, iluminado por la inconstante luz eléctrica, y en derredor de sus constantes favorecedores, que saludaron con verdadero cariño á la Sra. Theodorini y al tenor De Lucía, y acogieron con reserva á la nueva contralto Sra. Leonardi y al barítono Sr. Capri, que debutaron anoche, y los que, al través de su natural emoción, hacen presumir que llenarán muy bien su lugar. La ópera *Gioconda* tuvo esmerada interpretación.

Con sentimiento consignamos que, entrando en prensa este número antes del estreno de la comedia que con el título de *La segunda esposa* se ha estrenado en el Teatro de la Comedia, nada podemos decir de ella.

RAMIRO



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Algaradas.—Hechos relatados.—Opinión de la prensa nacional y extranjera acerca de lo sucedido.—Porvenir nebuloso.—Juicio nuestro.



UIDOSA—*tapageuse* dicen los franceses—fué siempre esa libertad que en diversas épocas y circunstancias hemos disfrutado ya los españoles. Las manifestaciones *inocentes* que vienen sucediéndose, entre las que debemos citar por lo monumental la que principió en Madrid el memorable día 11 del corriente, vienen una vez más á comprobarlo.

La opinión nuestra significa muy poca cosa ante la incontestable elocuencia de los hechos, y por esta razón queremos limitarnos á ser hoy simples cronistas.

Hé aquí lo más notable de las noticias que encontramos en la prensa, todas relativas á la llegada á Madrid del Sr. Cánovas del Castillo, personaje político caído del poder hace más de tres años.

Según *El Correo*, á las nueve de la mañana los grupos que había en las inmediaciones de la calle de Atocha y paseos del Botánico y Prado no bajaban de 5.000 personas. En aquel momento podía desde luego apreciarse quiénes eran los estudiantes y quiénes los que pertenecían á otras clases sociales.

Estos se hallaban colocados á los lados del Paseo del Prado, y era el grupo más numeroso; los otros, que no pasarían de 200, estaban situados á la entrada de la calle de Atocha: eran estudiantes de medicina y veterinaria, algunos republicanos conocidos en aquel barrio, y trabajadores desocupados, por ser día festivo.

Más tarde, cuando recorrieron las calles, las turbas, según el mismo periódico y *El Imparcial*, llegaban ya á más de 10.000 personas. Si en Madrid no hay 3.000 estudiantes entre todas las Facultades, y no concurrieron todos, resulta demostrado, por evidente manera, que el resto de los manifestantes pertenecía á los elementos revolucionarios.

Los manifestantes—dice *El Día*—no se han limitado á silbar; algunos de ellos han arrojado lodo, huevos y piedras al carruaje, dando gritos de ¡muera Cánovas! ¡abajo los conservadores! y ¡viva la República! Las respuestas que daba el señor Cánovas eran propias del hombre que siente herida y maltratada su dignidad, no sólo política, sino personal. Una piedra rompió el cristal del landó en que iba con los Sres. Torreno y Silvela.

En otro carruaje particular iban los Sres. Fernández Villaverde y Silvela (D. Luis). La misma gritería, los mismos silbidos, las mismas protestas y las mismas agresiones al carruaje, al cual se acercaron algunos sujetos insultando al exministro de la Gobernación, que ha oído muchas frases poco cultas. Al ponerse en movimiento los coches, en las inmediaciones de la estación, de entre el grupo allí formado salió un joven elegantemente vestido y se adelantó hasta cerca del coche, dando un ¡viva D. Antonio Cánovas del Castillo! Seguidamente se escuchó, sin duda en nombre de la libertad, un ¡fuera! que repitieron unos veinte estudiantes.

El lacayo del coche que conducía al Sr. Cánovas resultó todo manchado de lodo, que le arrojaban los alborotadores.

El Imparcial observa que los dos grupos más numerosos no eran de estudiantes, sino de gente difícil de clasificar, y que ni por su traje ni por su edad tenían nada de común con aquéllos. Y añade que una parte debía ser de procedencia republicana, á juzgar por los gritos que en el momento del

alboroto lanzaron. Los que formaban los grupos más próximos á la estación eran en su mayoría republicanos. También confirma que se oyeron vivas á la República y á Ruiz Zorrilla, y otros más expresivos.

Un grupo llegó hasta la portezuela del coche en que iban los Sres. Cánovas y Conde de Toreno, cuyo cristal había roto una pedrada, y logró meter por ella una bandera roja.

Luego que los Sres. de Cánovas llegaron al hotel de sus padres, un numeroso grupo de manifestantes, de más de 400, se situó frente al hotel. La señora de Cánovas bajó un momento al jardín, en cuyo sitio la vieron los manifestantes. Del grupo salió un clamoreo compuesto de gritos destemplados; la señora de Cánovas escuchó impasible y con no común entereza los gritos de los grupos, y no se retiró del jardín. El grupo persistió hasta la una de la tarde en su actitud. Tan pronto llegaba hasta las puertas y verja del jardín como retrocedía, se disgregaba y fraccionaba en momento determinado, y volvía á recomponerse poco después para comenzar de nuevo el escándalo.

Un diario ministerial atestigua también que entre la apiñada multitud se vieron tres pedazos de percalina roja atados á extremos de bastones á modo de banderas.

El decano de la prensa madrileña, *La Época*, ha dicho:

«Hace días se susurraba y conocía la Autoridad que, tomando pretexto de hechos olvidados y que no produjeron los regueros de sangre de los asesinatos de Mirasol, Velarde y otros, ni de la matanza de Riotinto, se producía agitación entre las clases escolares, siempre dispuestas á toda clase de divertimientos. Se había tomado por pretexto la resolución de los conservadores de recibir á su jefe, como le han recibido siempre á su regreso á Madrid, y D. Antonio Cánovas del Castillo se apresuró á separar aquel pretexto, ordenando que ninguno de sus amigos bajase á recibirle.

»Solo con su señora ha llegado á la estación del Mediodía, y aunque esta hidalga conducta obligaba al Gobierno á que cumpliese sus más elementales deberes, tenemos que declarar que el Gobierno se ha manifestado tal como es, eminentemente revolucionario y profundamente imprevisor.

»Tiempo y medios sobrados ha tenido para conservar el orden público y garantizar la seguridad personal; mas no se desatan los vientos sin producir tempestades y no se estimulan motines para contenerlos cuando conviene. Á la vista de la fuerza pública, tendida durante el tránsito del Sr. Cánovas, han comenzado las manifestaciones tumultuosas, donde los silbidos era lo de menos y los insultos lo más; y consentidas esas demostraciones, el motín ha apedreado el coche de la señora de Cánovas, se ha dirigido á la morada del ilustre republicano, después á la redacción de *La Época*, luego al hotel de los Marqueses de la Puente y Sotomayor, más tarde al Círculo del partido y, por último, á las casas del Sr. Villaverde, del Sr. Pidal, del Sr. Conde de Casa-Miranda, rompiendo las turbas los cristales al grito de ¡Viva la República! ¡Viva Ruiz Zorrilla! ¡Muera la Monarquía! ¡Muera la Reina!»

En el relato esencial de los hechos convienen los periódicos de más distintos matices. Hé aquí otras declaraciones ahora de *La Correspondencia de España*, órgano oficioso del Gobierno:

«Los manifestantes, formando un numeroso grupo y en continuada gritería, abandonaron la calle de Fuencarral cuando se cansaron de hacer demostraciones de desagrado, y se dirigieron por la calle del Caballero de Gracia á la de la Libertad, llevando *banderitas rojas* y agitando pañuelos con cuadros azules, enseñas cuyo significado desconocemos.

»El Sr. Moret no ha excusado su presencia ni su palabra persuasiva para exhortar á las masas en el sentido de *limitar su protesta en todo lo posible*.

»La manifestación de anoche—la que se hizo frente á la casa del Sr. Cánovas y de la redacción de *La Época*—fué de diez minutos, y el grupo, subiendo por la calle del Arco de Santa María, llegó, cruzando por otras vías, á la calle de San Bernardo. *Las gentes que le componían ni por su edad ni por su aspecto eran en su mayoría estudiantes*. Situados frente á la Universidad, dieron *vivas á la República*; y el Gobernador civil, Sr. Aguilera, los alcanzó al frente de algunas parejas de la Guardia civil de á caballo y los disolvió. Hubo sablazos de plano, pero no heridos ni contusos que no pudiesen huir. Tam-

bién fueron detenidos los que parecían capitanear el grupo.

»El Sr. Gobernador mandó detener anoche, del grupo que alcanzó en la calle de San Bernardo y que antes estuvo en la redacción de la *La Época* á 16 individuos que figuraban como jefes de los manifestantes, *no siendo estudiante ninguno de ellos.*»

Por otra parte, en *La República*, órgano de los federales que capitanea el Sr. Pí y Margall, han podido leerse los sueltos que siguen:

«Á las once de la mañana oímos decir á la gente por la Ronda de Recoletos:

— » ¡Un sacamuelas! ¡Un sacamuelas!

»En efecto: veíamos desde lejos á un caballero subido en un coche y rodeado de numeroso público. Creímos que vendería algún específico, y por si éste servía para el dolor de muelas, nos acercamos á fin de adquirir un frasco y remitírsele á algún conservador despechado.

»Pero ¡oh decepción! Vimos ya cerca al Sr. Aguilera hablando á un nutridísimo grupo de más de 4.000 personas. *Ejercía de lacayo Segismundito Moret.*»

«Desde la casa del Sr. Marqués de Santa Marta se trasladó la manifestación á la casa de nuestro ilustre amigo Sr. Pí, á quien vitorearon calurosamente, repitiendo los vivas á «*La República*» y los mueras al partido conservador y al traidor de las Carolinas.»

«Á las diez de la noche, un grupo numerosísimo se situó frente á la redacción de *La República*, dando vivas atronadores á nuestro periódico y contestando con entusiasmo los vivas á la prensa liberal y al pueblo con que respondimos nosotros á los manifestantes, que continuaron su marcha repitiendo los vivas á *La República*, á su propietario el Marqués de Santa Marta y á sus redactores.»

«Los manifestantes se dirigieron de la calle de Fernando el Santo, por las de Génova, Hortaleza y San Opropio, á la redacción de *El Motín*, en donde se dieron gritos de ¡viva *El Motín!* y ¡muera Cánovas! Momentos después veíamos á los manifestantes delante de los balcones de nuestra redacción, donde se dieron entusiastas vivas á la democracia y á *La República*. También visitaron otras redacciones.»

Justo es consignar igualmente en esta Crónica que el Gobernador, Sr. Aguilera, mandó fijar un bando á las veinte horas de desatada la tormenta, en el que decía:

«Hago saber: Que, decidido á mantener el orden público y á evitar *todo hecho que pueda perturbarle*, he acordado, utilizando las facultades que la ley me concede:

1.º Se prohíbe la formación de grupos y corrillos que interrumpen el tránsito público y *toda manifestación que no se halle autorizada previamente.*»

Sin embargo, después de publicado el bando, turbas han recorrido las calles, dando vivas y mueras tranquilamente, y como la cosa más lícita y natural del mundo. Por esta razón *La Época* increpa al Sr. Gobernador, y añade:

«Un falso alarde de tardío pudor le ha impulsado á entregar á los Tribunales á unos cuantos detenidos; pero como sus agentes son los únicos que han de deponer y testimoniar de la verdad de los hechos que se les imputan, y saben lo que el Gobierno quiere y el criterio que vienen defendiendo ante manifestaciones como las de anteayer y ayer, los detenidos serán puestos inmediatamente en libertad, y de tan triste jornada no quedará más que los mueras á la Monarquía y los vivas á la República, que por sentencia de los Tribunales, basada en la declaración de los agentes de la Autoridad, nadie habrá proferido, aunque los haya oído todo Madrid.

»Y no es que desconfiemos de la acción de la justicia, ni supongamos á los Tribunales obrando bajo la influencia y la presión del Gobierno, no; es que, por virtud de los hechos mismos, de la forma en que se han desarrollado y de las peregrinas teorías que vienen practicando las Autoridades en cuestiones de orden público, teorías cuya aplicación exige el concurso de sus representantes y agentes, llegaremos indefectiblemente á estos negativos resultados.

»No se moleste el Gobierno; descanse en la tranquilidad que le da el hecho de entregar unos cuantos á los Tribunales no tema que perturbe el reposo de su alma el fantasma del orden escarnecido y de la autoridad desprestigiada, puesto que, fiel á las tradiciones de escuela y á la historia de los suyos, ha dejado que el acto punible se realice, como el principio demo-

crático penal reclama, y ningún republicano tendrá que sufrir condena alguna, respondiendo así á la benevolencia del señor Castelar, y ayudándole á hacer la evolución pacífica por la que éste tanto trabaja y predica.»

Y basta por el momento de esas noticias, capaces de reseñar y orientar suficientemente á los lectores.

*
* *

Veamos ahora qué juicio forma la prensa apartada de las esferas oficiales acerca de los gravísimos sucesos que se desarrollan en la política española. Leemos en *El País*, órgano del Sr. Ruiz Zorrilla:

«Es obra meritoria la emprendida por el país, de Norte á Sur, y quizá en el Centro, á estas horas en que salimos á luz, de demoler al partido conservador. No debe quedar piedra sobre piedra, ni hombre conservador que no sea silbado y proscrito de la política española; porque, en honor á la verdad, debemos convenir con Cánovas en que representa genuinamente ese partido á la Monarquía, es decir, á sus más caros intereses, á sus más vehementes simpatías.

»Porque en el partido conservador están cifradas las que sus amigos llaman glorias de la restauración. Toda la tarea desmoralizadora y liberticida de este afrentoso período pertenece por entero á los conservadores. Sagasta no ha hecho otra cosa que refrendar los atropellos y ampliar las irregularidades.

»Por eso Cánovas es el *puntal de esta situación*, y todo golpe que se da *en ese puntal* es útil para el progreso, la honra y la libertad de la Nación. Afortunadamente, aquí donde la influencia oficial es tan decisiva, el Gobierno colabora con nosotros.

»Á cada silba de provincias, el regocijo centelleaba en los rostros ministeriales. Dícese que Moret estaba contento como unas Pascuas.—Tenemos poder para un año—se decían frotándose las manos;—porque aun cuando ahora surgiese la crisis más laboriosa, difícil y más honda, ¿cómo habrá de llamar la prerrogativa al hombre silbado de Zaragoza y de Sevilla? Y

no siendo los conservadores, ¿quiénes pueden formar Gobierno en las actuales circunstancias?

»Es verdad; perdió una de sus cartas la Restauración, y ahora no le queda otro juego que Sagasta; pero si éste gana, ¿ganará la Restauración con esta penuria de recursos? Y para que aparezcan más impopulares, el Gobierno afecta proteger á los conservadores contra las iras del pueblo. Y un Ministro, aparentando gran celo por el orden público, y en realidad deseando que se vea la protectora mano que la fusión tiende, se dirige á los jóvenes generosos, á los estudiantes madrileños, y les suplica, con lágrimas de cocodrilo en los ojos, que perdonen al pobre Cánovas.

»Jamás fué tratado con mayor perfidia un enemigo que tratan hoy los fusionistas al partido conservador. Su protección, visible en todas partes, es un insulto. ¿Qué dirán los hombres que eligieron para sucederles en el poder á aquellos mendigos, prontos á la rebelión y que hoy se permiten la insolencia de protegerles? Ser protegidos por D. Alfonso, todavía podía tolerarse; pero ser protegidos por un Sagasta, un Moret, un Canalejas, es el colmo de la ignominia. ¡Ellos, los amos, tolerar semejante insulto de gentecillas que ayer apenas recibían el poder con manos temblorosas de codicial!

»Pero hay justicia en el cielo y en la tierra. Cuando hayan caído á silbidos los conservadores, será preciso pensar en si conviene aplicar esas trompetas de Jericó á los muros fusionistas. Y es casi seguro que todos convendremos en la utilidad de esa empresa. El gasto principal, el de los pitos, ya está hecho.»

El mismo periódico republicano se confirma luego en lo dicho, y añade:

«Las protestas de Zaragoza, de Sevilla, de Barcelona, de Madrid, aparentemente van dirigidas contra un partido; en realidad constituyen la condenación más enérgica contra toda la política restauradora. Y hay razón para silbar, no sólo á Cánovas y á su partido, sino á todos los monárquicos, que han reducido al país al triste estado en que se ve.

»Para apropiarse la silba tienen los fusionistas razón igual que los conservadores. Si no hay más diferencia entre canovistas

y fusionistas que la ligerísima de ciertos detalles, ¿por qué no disfrutar á la vez de los silbidos? No es cosa de partidos contra partidos; es cosa nacional. Ya lo saben, pues, lo monárquicos. Se trata de una nueva forma de expresión de la voluntad nacional. En 1854, en 1866, en 1868 dijo á tiros lo que ahora dice á silbidos.

»¡Y lo que dirá! Porque las silbas continuarán en tanto que duren los males presentes y en tanto que los silbatos duren, cosa esta última que será larga. Porque hay muchos silbatos de hierro.»

Viene luego la prensa conservadora, y por medio de su caracterizado órgano *La Época*, nos advierte en esta forma:

«El motín de ayer, la vergüenza de que seis ú ocho mil alborotadores se impusieran en la capital de la Monarquía, residencia del Gobierno, donde los elementos de represión son tan grandes, pasará á la historia para decorar los éxitos del partido fusionista. Este motín, instigado por no sabemos quién, ha recogido todas las secreciones políticas, todos los odios contra los poderes irresponsables, todas las protestas contra el único partido que no pacta con los enemigos del Trono, que no acepta benevolencias de los posibilistas, que no cede ante ninguna presión, que no se desvía de su camino por temores que no es capaz de sentir, ni por desmayos que no es capaz de tener.

»Los republicanos—sentimos reconocerlo—no consideran al Sr. Sagasta ni á su partido como un valladar para sus propósitos; confían en él; saben, y el Sr. Castelar lo ha dicho recientemente, que el día que les conceda el sufragio universal, como les ha concedido la licencia para escribir contra el Trono, para reunirse en tumulto, para insultar á las personas reales y al jefe de la agrupación conservadora, se llegará sin ruido al triunfo de la República. El Sr. Sagasta oye á su Ninfa Egeria, y cree que porque la Regente del Reino puede aún salir á la calle, está la Monarquía bien escudada y están todas nuestras instituciones bien garantidas.

»¿Pero es esto posible? Nosotros hemos oído á más de un republicano expresar su esperanza de que podría con este sistema de mimar á los revolucionarios y adular á las muche-

dumbres llegarse al fin sin sacudidas, sin sangre, ni más ni menos que se llegó el 11 de Febrero del 73, y aun usando el mismo procedimiento; teniendo para la Reina en la hora de la catástrofe un mensaje fervoroso, como el que el Sr. Castelar puso en labios de una Asamblea facciosa; guardándole todas las consideraciones y respetos que por sus virtudes merece, como se tuvieron con D. Amadeo I y D.^a María Victoria; exponiéndole su gratitud por haber mantenido en el poder á un Gobierno que tanto ha hecho por la República, y hasta jubilandando á S. M. la Reina con el haber que por clasificación le corresponda.....

»Un Gobierno que tolera quince horas de tumulto en la corte; un Gobernador que publica un bando á las veinte horas de estallar el motín; unas Autoridades que piden que no se den mueras á la Reina, y se limiten á darlos á Cánovas; un poder responsable, en fin, que ordena á sus agentes que no opongán la fuerza á la agresión, y que convierte á la Guardia civil en escolta de los sediciosos, está juzgado irremisiblemente ante la conciencia pública y ante el honor de sus juramentos.»

Y ratificando la idea de que cuanto sucede es producto de una comedia con tramoya oculta y consignas mañosas, prosigue hablando de la siguiente manera:

«Era natural que después de los dolorosos acontecimientos de que quiere hacerse víctima propiciatoria al partido conservador, viniera la prensa á pedir, como ya pide, que se descarte del juego de la política á ese factor importantísimo en la vida de nuestras instituciones y en el conjunto de nuestros organismos. Y es natural también que, para demostrar que el más poderoso elemento de orden y de gobierno sobra ya, se empiece por discurrir sobre lo que puede acontecer á la caída del Sr. Sagasta, que *El Imparcial* ve próxima, pues se preocupa de quién recogerá la herencia, y *La República* asegura, pues que, dándonos por muertos, lisonjéase con el triunfo de su causa.....

»Llegará la comedia liberal hasta donde sus autores quieran que llegue; pero, digámoslo de una vez por todas: el partido conservador ni desmaya, ni vacila, ni amortigua su fe, ni desconoce su misión pacificadora en estos días de fiebre

y de lucha y en esta sociedad perturbada y descreída.»

Veamos ahora la opinión de la prensa extranjera. Los periódicos franceses empiezan ya á hablar de los sucesos que en nuestro país ocurren. El importante diario republicano *Le Temps* estudia nuestra actual situación política, y escribe:

«Las ruidosas manifestaciones de que el Sr. Cánovas del Castillo ha sido objeto en Sevilla, como poco antes en Zaragoza, son un indicio de las preocupaciones que la entrada en campaña del jefe conservador y la movilización de su partido han suscitado entre el elemento liberal de la juventud española.

»Hasta el presente, desde la muerte de Alfonso XII y el advenimiento de la Regencia, el Sr. Cánovas había guardado con el partido liberal y el Ministerio Sagasta una actitud de neutralidad un poco desdeñosa. Al presente, alentado por los disentimientos que han amenazado la existencia misma del Gobierno, y que sólo han sido aplazados por un compromiso insostenible, el *leader* de la derecha presenta francamente su candidatura para una herencia que no se halla abierta todavía.

»Preciso es confesar que la juventud liberal ha adoptado procedimientos demasiado fuertes para oponerse al triunfo del partido conservador. Los desórdenes en las calles sólo pueden anticipar la vuelta de los conservadores al poder, asustando á la opinión é inclinando á la Regente á escuchar los consejos de cierta fracción de la corte, que nunca ha disimulado su escasa confianza en los ensayos liberales, así como sus simpatías por los principios y procedimientos del Gobierno de la derecha.

»El Sr. Sagasta, á quien no puede negarse un buen golpe de vista, no puede hacerse ilusiones sobre el mantenimiento de la unidad, que sólo ha restablecido aparentemente entre las fracciones de su partido á costa de una transacción, en la que ni los unos ni los otros ven en realidad más que «una transacción». La opinión en la Península parece prepararse á presenciar en un plazo más ó menos inmediato la caída del Ministerio, que, á costa de grandes faltas, ha pretendido hacer el ensayo de una alianza entre las instituciones monárquicas y las conquistas de la democracia liberal.

»Se afirma que los elementos más avanzados de la situación, que sacrificaron una parte de sus ideales para confundirse con la mayoría del Sr. Sagasta, piensan ya en recabar su libertad de acción, para no caer entre las ruinas del régimen actual.

»No es aventurado prever que la caída del Gabinete Sagasta sería la señal para la reaparición en escena de los partidos revolucionarios, cuya acción había sido casi enteramente paralizada por las esperanzas que el advenimiento del liberalismo despertó. Bajo este punto de vista, conviene hacer notar la aproximación que se ha operado, contra todas las previsiones, entre los republicanos progresistas y los federales, bajo los auspicios de los Sres. Pí y Margall, Ruiz Zorrilla y Salmerón.

»Puede sospecharse que esta concentración de las fuerzas revolucionarias no es, en el pensamiento de sus autores, más que el prefacio de una movilización que apresuraría seguramente la vuelta del partido conservador al poder.»

De los demás periódicos, el *Gaulois* considera lo sucedido como presagio de una pronta subida al poder del partido conservador; el *Figaro* califica la manifestación de revolucionaria, y la *France* no se para en barras y atribuye al Sr. Cánovas la paternidad de una algarada hecha en contra de sus propios ideales. En la prensa de París domina la convicción de que el partido fusionista está deshecho y es incapaz de dominar las circunstancias.

*
* *

Veamos ahora las consecuencias probables, si es que algo probable puede entreverse en medio de las nebulosidades que nos rodean.

Hace muy pocos días que hablaba el Sr. Cánovas del Castiilo entre sus amigos de Sevilla, á raíz de los famosos disturbios atribuídos á los estudiantes de aquella ciudad. Recordamos algunas de sus palabras. Hé aquí los párrafos en que más queremos fijarnos:

«Os había yo dicho, y venía diciendo al país, que, ante todo y sobre todo interés de partido, y mucho más sobre todo in-

terés personal, sobre toda sugestión de amor propio, aunque fuera legítima, debía ponerse la conservación y el robustecimiento de la Monarquía, llamando á su defensa con igual ardor á todos cuantos profesaran los principios monárquicos. No he de repetir aquí, ni tendría para qué, en qué ocasión ni en qué circunstancias hice alarde de estos sentimientos, que luego defendí delante de vosotros, y ni un momento siquiera he dejado de defender; pero de algún tiempo á esta parte observanse en lo política fenómenos sobre los cuales no puedo menos de llamar solemnemente la atención de los que me han escuchado antes; porque, de no hacerlo, resultaría para mí una grave responsabilidad.

»Os dije que era preciso que todos los monárquicos de buena fe nos uniéramos alrededor del trono ocupado por la Regencia y por niño augusto, para darle mayor fuerza contra nuestros adversarios políticos; os dije que, á este fin, era necesario que sacrificáramos nuestros propios intereses de partido; pero ¿he podido yo querer, ni dar á entender nunca, que en esta agrupación de partidos políticos, necesaria, á mi juicio, para el sostenimiento de la Monarquía, que en esta agrupación de fuerzas alrededor del Trono constitucional pudiera marcharse en una dirección tal que supusiera nada menos que la supresión del partido conservador? Al predicar la idea de que la Monarquía se ostentara igual para todos, comenzando por elegir para ocupar el poder al partido monárquico que es nuestro adversario, ¿ha podido entenderse que yo llevara con paciencia que osadamente se manifestara con toda publicidad y con toda solemnidad el programa de suprimirlo para las contingencias del porvenir? ¿Cómo, en quien no pensaba más que en el robustecimiento de la Monarquía constitucional, podía haber, ni de cerca ni de lejos, la idea de que, ya que sus adversarios políticos se antepusieran en el poder, tuvieran la triste osadía de imaginar que el partido conservador había acabado sus destinos? Ante este programa, audazmente manifestado, yo he debido levantarme á protestar de la vida y del porvenir del partido conservador; yo he debido contestar á ese programa insensato que el partido conservador es el más fuerte de todos los partidos españoles, y que, aunque ac-

cidentalmente pueda compartir el poder y aun preferir el poder para sus adversarios, es el más capaz, por lo que ha demostrado la experiencia, para mantener la Monarquía con toda la robustez, con toda la eficacia, con todo el progreso y con toda la gloria que necesita la patria. (*Grandes aplausos.*)

»Así, pues, lo que hay en mis afirmaciones no es más que el complemento natural de lo que yo había dicho hasta ahora. No; el partido conservador no se dejará anular, no se dejará suprimir oscura ni impunemente; el partido conservador luchará sin cesar, y si algún día hubiera de ceder el campo, caerá con honra, pero no sin haber llevado hasta todos los límites posibles su legítima defensa.»

Por su parte, el decano de la prensa conservadora, tomando una entonación seria y apropiada á la solemnidad de estos momentos realmente históricos, añade:

«Cuarenta años hace que *La Época* viene trabajando por los intereses conservadores, y la misma fecha tiene nuestra historia monárquica, que ni un solo día ha desmayado.

»Durante este largo período nos ha sido dable presenciar muchos sucesos, registrar grandes inconsecuencias, y asusta la movilidad de partidos y de hombres que, frecuentemente y más de una vez, han condenado lo que ayer defendieron. Todas esas transformaciones y otras muchas hemos conocido, y en esta experiencia y en esta tradición fundamos nuestro juicio.

»Los sucesos del domingo son gravísimos para la Monarquía y para el Gobierno, y el Gobierno y el partido liberal han cometido un pecado mortal, que purgarán amargamente.

»En cuanto al partido conservador, la dignidad exige hablar con viril franqueza, y por lo mismo que suma y representa lo más importante y numeroso de las fuerzas sociales de España, y en la esfera de las ideas es elemento el más respetable y más preciso para el desenvolvimiento de la política parlamentaria y constitucional, se siente más apegado á su dignidad, y entiende que se pretende, decimos mal, que se trabaja por hacer el vacío á su alrededor.

»La natural ligereza de este Gobierno, ó su ineptitud, ó su absoluta carencia de patriotismo, ha colocado la política es-

pañola en unos términos y la ha conducido á unos extremos lindantes con los más graves períodos que registra la historia, y sólo al partido liberal y al Gobierno podrá la posteridad exigir las tremendas responsabilidades que para ellos puede guardar el porvenir.»

En la conciencia de todos está que las circunstancias actuales son efectivamente gravísimas.

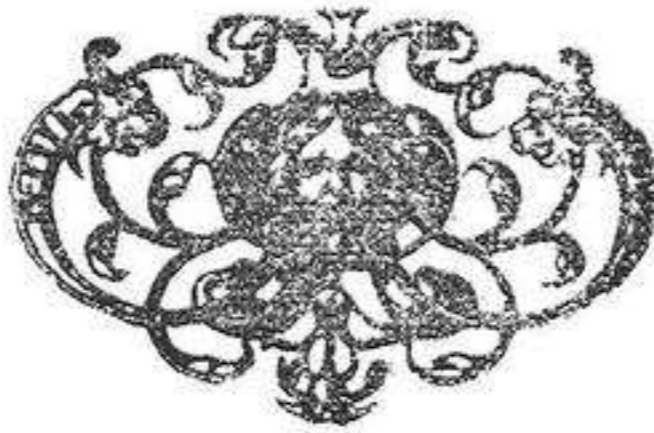
*
* *

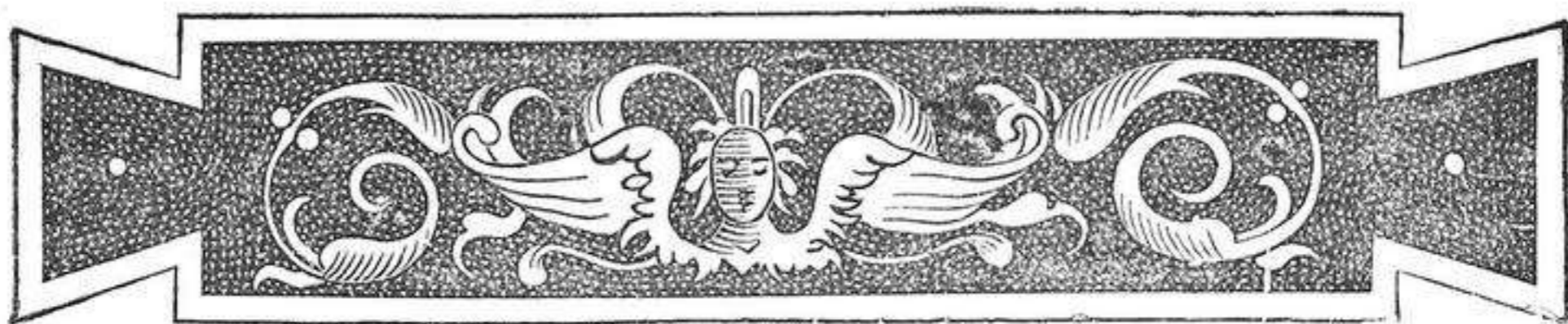
Es triste, pero los remedios son pocos y muy difíciles en el caso de heridas hondas y fatales.

En nuestro concepto, el Gabinete del Sr. Sagasta ha cometido un error insigne al creer que podía empujar temerariamente fuera de la legalidad al partido conservador entero. Las entidades políticas de arraigo, como la que dirige con alta inteligencia el Sr. Cánovas, son siempre sufridas mientras sea decoroso serlo, pero también saben luchar y triunfar de los que más empeño tienen en negarles las condiciones de vida.

Es triste, muy triste lo sucedido.

A.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Del Natural (*copias varias*), por el P. LUIS COLOMA, de la Compañía de Jesús.—En 8.º, 196 páginas.—Bilbao, 1888. Precio, una peseta.

Hace cuatro años tuvimos el gusto de leer y admirar una pequeña colección de novelas contenidas en un precioso volumen, escritas por el P. Coloma y ya publicadas en *El Mensajero del Corazón de Jesús*, que seguía incluyendo en cada uno de sus fascículos nuevas *Lecturas recreativas*, hasta reunir material bastante para formar el año pasado un grueso tomo. El P. Coloma continuó y continúa surtiendo de amenísimas lecturas la notable Revista de Bilbao, y mientras prepara la edición especial de su novela más extensa (*Juan Miseria*), nos ofrece otra obra que contiene cuatro *historias* rotuladas con estos títulos: *Era un Santo*, *El cazador de venados*, *Mal-alma*, ¿*Qué sería?*

Conocida la profesión del autor, y sabiendo para qué clase de publicación fueron escritas estas obras, parecenos inútil y aun importuno discutir acerca de sus tendencias y del *fin* á que van dirigidas. El P. Coloma, de la Compañía de Jesús, escribiendo novelas ó historias, disertando sobre cualquier asunto y en cualquiera forma, no puede manifestar más que una tendencia, ni dirigirse más que á un solo fin; la *crítica* imparcial y severa deberá, pues, limitarse á un examen puramente literario, sin deducir ningún género de argumentaciones para probar lo que de antemano y francamente se confiesa.

Era un Santo, estudio de costumbres sociales que abarca la mayor parte del tomo, responde á una observación directa *del natural*, y pinta con delicada precisión personajes y pasiones que contribuyen á desarro-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

llar un drama interesante. Una ciudad de Andalucía sirve de escenario, como en la mayor parte de las obras de este autor, que lleva en el alma el sol y la dulzura de su bello país, y un cuadro descriptivo de feria y paseos nos alegra al principio, tal vez para compensación á las tristezas que en los capítulos siguientes encontramos. Delicioso y simpático sobre toda ponderación es el carácter de Sancho; la escena *del chocolate* nos encanta, y el cariño de aquel feliz matrimonio, enamora. En cambio parécenos poco marcado otro tipo interesante, Lorenzo. No comprendemos cómo el estudio de matemáticas le arrastró al materialismo, ni cómo siendo un *sabio ingeniero* se nos presenta siempre en actitud de vulgar mundano. Su conversión nos parece más razonada que su vida hasta entonces, aunque al final, en vez de *reír amargamente* cuando escucha decir que su padre jera un santo!, preferiríamos verle restituyendo apresurado lo que D. Benito robó. Los demás personajes son, como pintura, inmejorables. El viejo, su dulzona y pegajosa mujer, la hija, los nietos, todos se agitan y se muestran á la imaginación como si en realidad fueran seres vivientes, y no *cadenas de palabras*. ¡Y qué engarces hace con éstas el P. Coloma! ¡Qué sutileza para eslabonarlas y abrillantarlas y formar con ellas mil giros y ramilletes, soldaduras de oro finísimo, expresiones que brillan y se coloran como la esmeralda y el rubí, frases tan bien labradas que parecen costósísimas joyas!

No negaremos, á pesar de lo apuntado, que alguna vez lo falso quita realce á lo verdadero, y que entre las piedras preciosas encuéntranse algunas de mal tallado vidrio, y al lado

del collar de finísimas perlas el vulgar abalorio. Así, por ejemplo, frases como éstas:

.....*el arranque de una peligrosa trayectoria.....*

.....*pulverizando entre sus dedos, sin notarlo, las figuritas de marfil.....*

.....*la caja..... que ocultaba y defendía doradas entrañas.....*

no deberían encontrarse en un libro tan bien escrito.

Las tres novelas que no detallamos narran sucesos extraordinarios producidos por causas sobrenaturales. *El cazador de venados* nos parece admirable por su sencillez.

Elogios merece por tales publicaciones el P. Luis Coloma, y muy sinceros los encontrará siempre en nuestros juicios, que, sin regatearle méritos, le advertirán alguna vez pequeños y fácilmente corregibles errores. ¡Errores! ¿quién deja de cometerlos? y ¿hasta qué punto perjudican? En literatura, se ha hecho de ellos una teoría especial, aunque bastante paradójica. La obra perfecta no es propia del hombre; y aun hay quien juzga más hermoso el sol *porque tiene manchas*.

*
*
*

La pasión de los celos.—*Cuadros de la vida íntima, por T. GUERRERO.*—Habana, 1888.—En 8.º, 300 páginas. Precio, 3 pesetas.

La falta de espacio nos impide ocuparnos detenidamente de esta obra, por varios conceptos digna de aplauso. Contiene cuatro novelitas y dos poesías. Entre las primeras resalta *El retrato de una muerta* por su novedad, por el interés que despierta y la delicadeza con que fué escrita. El estilo de Guerrero, el popular inventor de *Los cuentos de salón* y *El pleito del matri-*

monio, es de todos conocido, y después de hacer durante veinte años las delicias del público, no hemos de ser, ciertamente, nosotros quienes pregonen sus bellezas ó apunten sus defectos. Recomendamos eficazmente *La pasión de los celos*, de cuyas páginas se desprende un suave aroma de distinción y galanura que hace el encanto de los lectores.

L. R.-A.

* * *

Universidad de Zaragoza.—*Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1888 á 1889, por el DR. D. MARIANO RIPOLLÉS Y BARANDA.*—Zaragoza, 1888.—En 4.º mayor, 77 páginas.

El derecho regional y la codificación civil es el asunto de que trata en su erudito trabajo el inteligente catedrático Sr. Ripollés, quien, fundándose en atinadas consideraciones, se muestra partidario de que no se prescinda de la *costumbre*; que no se suprima ni merme el axioma *libertad del pacto*; que no se modifique el principio de la *libertad de testar*; y, por último, que no se ponga en la «bella institución, síntesis de nuestro derecho, alma de nuestra familia, lazo de unión dichosa en el hogar doméstico, *la viudedad*,» todo esto, como ya se ha comprendido, refiriéndose al antiguo reino de Aragón.

Este discurso, como el del Sr. Calvo y Martín, evidencian una vez más la altura científica y extraordinaria ilustración del Profesorado español.

* * *

Psychologie de l'attention, por TH. RIBOT.—París.—Félix Alcan, editor, 1888.—En 8.º 182 páginas. Precio, 2,50 pesetas.

Es la primera monografía que se publica sobre este asunto, continuación de los notables trabajos de psicología fisiológica, que han valido gran reputación al autor. Distingue dos formas de atención: una espontánea, natural; otra voluntaria, artificial. La primera, según él, es la forma primitiva, verdadera, fundamental de la atención; la segunda no es más que una imitación, resultado de la educación y producto de la civilización.

Estudia también detalladamente las formas morbíficas (ideas fijas, éxtasis, etc.). El objeto principal del libro es estudiar el mecanismo de la atención y establecer que, siempre y en donde quiera, se reduce al poder de producir ó impedir movimientos.

* * *

Essai sur la liberté morale, por E. JOYAU, profesor de la Facultad de Letras de Aix.—París.—Félix Alcan, editor, 1888.—En 8.º 246 páginas. Precio, 3,50 pesetas.

Empieza examinando el autor las diversas formas de fatalismo, las teorías deterministas, tan generalizadas hoy, y el sistema de la libertad de indiferencia, que considera como inconciliable con toda moral. Cree el sabio catedrático en la libertad del hombre apoyada en la noción del *Bien*. Dice que éste es lo que la razón impone. Ahora bien: la naturaleza nos inclina, si no la detiene ningún obstáculo, á obrar de una manera racional. En este caso, nuestra conducta es libre y buena, y depende de nosotros el que triunfe esta tendencia de las inclinaciones antagónicas.

Mr. Joyau no cree que el hombre posee el libre albedrío, es decir, la facultad de elegir entre el bien y el

mal. Nadie hace el mal conscientemente. Cuando lo hacemos es porque nos dejamos dominar por alguna influencia exterior. ¡Falta tanto para que los hombres sean libres! No lo somos sino cuando queremos serlo, y el primero de nuestros deberes es conseguirlo.

* *

Etudes sur la raison, por FÉLIX CELLARIER.— *París*.— Félix Alcan, editor, 1888.— *En 8.º*, 279 páginas. Precio, 3 pesetas.

Esta obra se compone de dos partes. La primera se refiere á las ideas racionales, que clasifica el autor en tres categorías: 1.ª, las ideas de realidades; 2.ª, las ideas de atributos; y 3.ª, las ideas de relaciones. En la primera categoría coloca las ideas de ser, de sustancia, de causa; en la segunda, las de infinito, unidad, identidad, inmutabilidad, bien, verdadero y bello; y por último, en la tercera, las de tiempo y espacio.

La segunda parte está dedicada al estudio de los principios de razón. Después de determinar los caracteres generales, trata el autor de su objeto. Insiste en la distinción entre la esencia y la existencia. Llevado por la serie de sus ideas á la teoría de Kant respecto á los juicios sintéticos *à priori*, la refuta, y concluye que todos nuestros juicios *à priori* son analíticos. Divide luego los juicios analíticos en tres clases: 1.ª, absolutamente necesarios; 2.ª, simplemente necesarios; 3.ª, necesarios hipotéticos, y refiere á estas tres categorías los principios que se relacionan con ellas. Resume en una interesante conclusión final los principios expuestos.

* *

Crítica y síntesis del Álgebra, por D. ZOOLO G. DE GALDEANO.— *Toledo*, 1888.— *En 4.º*, 126 páginas. Precio, 6 pesetas.

Pocos escritores científicos conocemos tan fecundos é incansables como el sabio catedrático del Instituto de Toledo Sr. Galdeano. Su último trabajo demuestra la vasta erudición que atesora, el clarísimo entendimiento que tiene y la serenidad de juicio con que examina la matemática, y muy particularmente el Álgebra. Quizás haya quien disienta del autor en alguna de las opiniones que emite, pero todos elogiarán su talento y su alteza de miras.

* *

Publicaciones de Cortezo.— *Barcelona*, 1888.

Con los cuadernos 87 y 88 ha dado término esta importante casa editorial á la obra *Las Grandes Capitales*, la cual forma cuatro hermosos volúmenes en folio—París, Roma, Londres y Berlín—llenos de excelentes grabados. También ha repartido los cuadernos 190 y 191 de la obra *España*, referentes á la descripción que de Burgos hace D. Rodrigo Amador de los Ríos, y con los cuales concluye.

No satisfecha la actividad de don Daniel Cortezo con las muchas y notables publicaciones que viene dando á luz, ha comenzado una *Biblioteca Católica contemporánea de autores extranjeros*, en elegantes tomos en 8.º, á dos pesetas cada uno. Inaugura la nueva *Biblioteca* el eminente Obispo de Laval, Monseñor Bougaud, con el libro *Religión é irreligión*, cuidadosamente traducido al castellano por el ilustrado sacerdote D. Emilio A. Villelga Rodríguez. El Cardenal Payá

ha escrito al Sr. Villelga felicitándole porque cree muy laudable la idea de publicar la mencionada *Biblioteca*, en la cual «encontrarán, seguramente, riquísimo arsenal para instruirse en las múltiples é interesantes cuestiones que hoy se agitan,» especialmente los sacerdotes y la juventud estudiosa de los seminarios.

* *

Folletos.

Hemos recibido un opúsculo titulado *First annual report of the agricultural adviser to the lords of the Committee of Council for Agriculture*, escrito por el afamado entomólogo M. Charles Whitehead, en el que se exponen las observaciones que ha hecho el autor acerca de varios insectos y hongos perjudiciales á las plantas agrícolas.

También ha llegado á nuestro poder un folleto que se intitula *Don Álvaro de Bazán y el Almirante Jurien de la Gravière*, apuntes para la historia de la Marina militar de España, por D. Luis Vidart y D. Ramiro Blanco. Se compone de seis cartas: las dos primeras escritas por el incansable propagador de las glorias españolas y erudisísimo literato Sr. Vidart, y en ellas trata, con su alteza de juicio y claro talento, de las vicisitudes por que pasó el proyecto de celebrar el Centenario del heroico vencedor de Novarino, y examina la obra recientemente publicada por el Vicealmirante M. Jurien de la Gravière bajo el epígrafe *La guerra de Chipre y la batalla de Lepanto*. Las cuatro cartas del Sr. D. Ramiro Blanco se leen con especial complacencia.

Á este propósito recordaremos que

está abierto el concurso para premiar al autor del mejor estudio biográfico del primer Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

* *

Précis de Chimie théorique se intitula un librito (127 páginas en 8.º, precio 2 pesetas) del Dr. Alfredo Polis, traducido del alemán por el Dr. Lecrenier; excelente resumen de la química teórica y complemento de las lecciones de química orgánica, con lo cual se facilita mucho á los estudiantes el que comprendan los principios teóricos que sirven de base á dicha ciencia. Véndese este útil opúsculo en la acreditadísima librería de Gauthier-Villars et Fils. En la misma se halla también otro impreso (76 páginas en 4.º, con dos láminas, precio 2,50 pesetas) denominado *L'augmentation économique de la production agricole par l'emploi rationnel des engrais azotés*, debido al profesor Dr. Pablo Wagner, traducido del alemán por M. C. P. Giesecker. Son muy curiosas y de provechosísima enseñanza las observaciones que refiere con tanta sencillez y claridad que pueden entenderlas sin esfuerzo aun las personas menos familiarizadas con el lenguaje científico.

* *

Además hemos recibido:

La Germania en Ibiza, interesante estudio histórico por D. Enrique Fajarnés y Tur.

Sociedad colombina onubense. Memoria correspondiente al año de 1887, en la cual se incluyen excelentes composiciones en verso y prosa.

R. A.